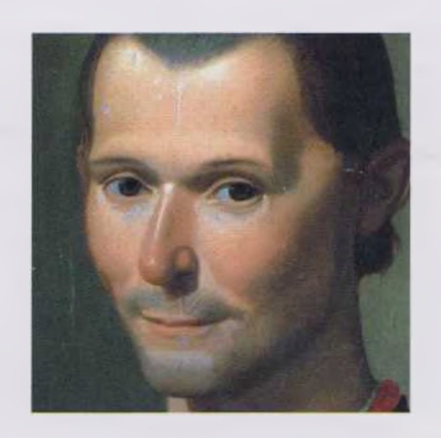


Maquiavelo

La política es independiente de la moral y solo persigue el poder

APRENDER A PENSAR

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior e infografías: tactilestudio
Fotografías: Album

ISBN (O.C.): 978-84-473-8198-2
ISBN: 978-84-473-8398-6
Depósito legal: B-24972-2015

Impreso en Unigraf

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción

Nicolás Maquiavelo vivió el cambio entre los siglos XV y XVI, cuando el Renacimiento había ya desbordado las fronteras de Italia, su origen geográfico y espiritual, y se extendía por toda Europa. Este florentino, amante de su patria pero escéptico en todo lo demás, alcanzaría tal mala fama después de su muerte, particularmente a partir de la Contrarreforma, que su nombre llegaría a producir un adjetivo utilizado para calificar la perfidia y las intenciones retorcidas. Aún hoy, lo «maquiavélico» sigue vivo en el léxico común aplicado a quien utiliza la hipocresía y la manipulación para lograr sus fines.

Gran parte del vilipendio que sufrió el nombre del filósofo se debió a su actitud crítica hacia la Iglesia y a la franqueza de su pensamiento. La filosofía política de Maquiavelo se basó en su experiencia directa como secretario de la República de Florencia y se centró en identificar los medios para alcanzar determinados fines, dejando en suspenso la cuestión sobre si esos fines debían ser considerados buenos o malos. Ahora bien, en aquellos fragmentos de sus escritos en

los que se permite mencionar los fines que desea alcanzar, es difícil para la mentalidad actual no estar de acuerdo con él.

La obra maquiaveliana (por usar un adjetivo menos connotado y que es el más común entre los estudios contemporáneos) es una esclarecedora expresión de su época que contiene, al mismo tiempo, la descripción de las cosas tal como son (la *verità effetuale*) y las condiciones para hacerlas mejor (lograr el *ordine* o el buen ordenamiento). Esa dolorosa honestidad intelectual es exactamente el reverso de la hipocresía política de la que se le ha acusado. Una actitud semejante no hubiera sido posible en ningún otro tiempo o en ningún otro país. Fue un producto de la élite de italianos cultivados y laicos de aquel momento heterogéneo y contradictorio, que debían su formación teórica y práctica a las guerras permanentes entre pequeños Estados que desgarraban la península, en las cuales el papa a menudo actuaba como un mero señor temporal.

El punto de vista moderno comenzó en Italia con el Renacimiento, un movimiento que no fue popular, sino propio de un pequeño número de eruditos y artistas, alentado por mecenas generosos. Hoy no se entiende este período como una ruptura, sino como el proceso de transformación que llevó de la Edad Media a la Edad Moderna. En este lento tránsito se fue erosionando el rígido sistema escolástico y se promovió un conocimiento empírico y científico. La actividad intelectual comenzó a considerarse una aventura social y no una prerrogativa propia de los claustros. Con todo, pocos italianos del siglo XV se hubieran atrevido a sostener una opinión que no tuviera el respaldo de alguna autoridad. Aunque el suyo fue un paso decidido hacia la emancipación intelectual, los renacentistas sentían la misma reverencia por la tradición que los medievales, pero sustituyeron la Iglesia por los antiguos clásicos.

En aquel momento, Florencia era una de las ciudades más civilizadas del mundo y uno de los principales focos de aquella sensibilidad, gracias en parte a la familia de mercaderes ennoblecidos que la gobernaba con carácter oficiosamente hereditario, los Medici. Muchos de los grandes nombres de la literatura y el arte renacentistas están relacionados con la ciudad que el río Arno parte en dos. El Renacimiento florentino fue excelente también en el campo de los filósofos teóricos, donde produjo la máxima eminencia de la filosofía política: Nicolás Maquiavelo.

El florentino Niccolò Machiavelli, según su nombre original italiano, era hijo de un jurista de formación que nunca ejerció ni podía ostentar cargos públicos. Ni rico ni pobre, pertenecía a una clase urbana y educada en el humanismo que quizá podría identificarse con la actual clase media. Aunque los primeros años de su vida transcurrieron en una calma insólita en Italia, esta se truncó hacia su mayoría de edad, cuando los Medici fueron expulsados durante un periodo de enorme agitación que impresionó profundamente al joven Nicolás. El muchacho comenzaba a observar la realidad con ojos de analista y comprendía que la cuestión política era en última instancia una cuestión de fuerza. Para lograr un fin político es necesaria la fuerza, de una clase o de otra, más o menos sofisticada o transfigurada en otro elemento que la esconda. Cuando el lado que uno cree justo prevalece es porque tiene una fuerza superior, no por la justicia de su posición, lamentablemente.

Al poco de instaurarse el nuevo gobierno de la República de Florencia, Maquiavelo obtuvo un puesto no demasiado relevante. Fue en 1498. Su servicio público se prolongaría en misiones diplomáticas de importancia creciente hasta la restauración de los Medici en 1512. Su desempeño lo llevó a conocer a grandes personajes del momento: Caterina Sforza, los

Borgia, el rey de Francia, el emperador de Alemania, los papas que desfilaban por los Estados Pontificios... Del ejemplo de todos ellos, algunos osados, otros dubitativos, extrajo el convencimiento de que el primer objetivo de la política debía ser la eficiencia. Si el fin es subsistir, hay que escoger medios adecuados para lograrlo, sin más consideraciones. Por lo tanto, no es posible plantearse la cuestión de los medios en función de la bondad o maldad de los fines, sino de un modo puramente científico. La ciencia del éxito político tiene que estudiar tanto los triunfos de los malvados como de los buenos.

Cuando los Medici regresaron a Florencia, como Maquiavelo siempre se había opuesto a ellos, se le relacionó con conspiradores y fue detenido y torturado. No se le pudo incriminar y recuperó la libertad, pero solo se le permitió vivir retirado en el campo. Se hizo escritor a falta de la ocupación que le obsesionaba: la práctica política. En esas condiciones escribió su obra más famosa, *El príncipe*, en 1513, dedicada a los Medici con la esperanza de ganar su favor, una pretensión que resultó infundada.

El príncipe versa sobre el principado, que es el tipo de gobierno en el que todos los poderes del Estado se concentran en manos de una sola persona, que no tiene por qué ser un tirano. La obra se propone descubrir, a través del análisis cruzado de la historia y los sucesos contemporáneos, cómo se ganan los principados, cómo se conservan y cómo se pierden. La Italia del siglo XV proporcionaba multitud de ejemplos al respecto. Pocos gobernantes de la península eran legítimos, e incluso los papas en muchos casos aseguraban su elección por medios corruptos. Nadie se asustaba demasiado entonces ante las crueldades y traiciones que hubieran descalificado a un gobierno a partir del siglo XIX.

César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, fue para Maquiavelo uno de los ejemplos más claros del ideal de príncipe,

aunque fue un modelo incompleto, como atestigua su fracaso final. Empujado por la ambición dinástica de su padre, conquistó de modo fulgurante territorios estratégicos para los Estados Pontificios por la fuerza de las armas, logrando imponerse a conjuras y reveses varios. De la habilidad de César Borgia para encontrar soluciones de modo incansable —dice Maquiavelo—, debe un príncipe obtener normas. Su fracaso final se debió «a la extraordinaria malignidad de la fortuna». Este es el primer concepto esencial del pensamiento maquiaveliano. En vez de una diosa clásica o de la Providencia medieval, la fortuna maquiaveliana es la configuración de las circunstancias, la coyuntura, es decir, la estructura de las cosas en el tiempo. He aquí el antagonista de la acción humana. La virtud del príncipe, de la que hizo gala César Borgia salvo en su final, consiste en identificar la posibilidad de acción en esa coyuntura y emprenderla sin vacilaciones hasta lograr el éxito por encima de cualquier otra consideración. Es, por tanto, una cuestión técnica, no moral. Esta es la *virtù* maquiaveliana.

Aunque ha existido siempre, la admiración por la habilidad y por las acciones que conducen a la gloria es algo muy renacentista. En la Italia maquiaveliana se sentía una admiración casi artística por la destreza, que —en el pensamiento del florentino— coexistía junto a sus consideraciones políticas más amplias sin confundirse en ningún momento. *El príncipe* ideal sería, pues, un hombre tan inteligente y sin prejuicios políticos como César Borgia, pero también capaz de reflexionar sobre los medios y de encaminarse a un fin diferente, mayor que sí mismo. El pensador lo elogiaba por su *virtù* pero lo censuraba por mantener desunida a Italia. *El príncipe* termina con un elocuente llamamiento a los Medici para que liberen a Italia de los «bárbaros», es decir, los franceses y los españoles, los cuales la usaban como campo de batalla para dirimir sus conflictos.

La obra más larga del filósofo, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, es marcadamente más republicana y liberal. En ella se ocupó de las repúblicas y expresó con claridad su preferencia por ellas. Quienes no se introduzcan en los *Discursos* obtendrán solo la visión unilateral e injusta de su doctrina que se ha arrastrado a lo largo de los siglos. El tono de los *Discursos* es tan distinto a *El príncipe* que algunos capítulos parecen escritos por Montesquieu, el ilustrado francés precursor del liberalismo a quien a menudo se le ha querido enfrentar.

En los *Discursos*, Maquiavelo identifica tres bienes políticos especialmente importantes: la independencia nacional, la seguridad y una constitución política bien ordenada. A continuación, formula la doctrina que puede llevar a conservarlos: la teoría de los frenos y los equilibrios, base de la república popular que propone como modelo ideal de gobierno. Los príncipes, los nobles y el pueblo deben tener su parte en la constitución, «así, estos tres poderes se mantendrían en jaque recíprocamente». Aunque no se trata de una parte proporcional, dice Maquiavelo. Podría parecer que la mejor constitución sería la que reparte los derechos legales en proporción al poder real de cada uno de los estamentos, pues bajo tal constitución son difíciles las revoluciones con probabilidades de triunfo; sin embargo, para mantener la estabilidad, lo más prudente es dar más poder al pueblo.

En opinión del pensador, solo la república es el espacio de la libertad. Como tantos otros elementos de su esquema de pensamiento, la libertad política requiere cierto tipo de virtud personal, y para él está claro que, en general, el pueblo es más sensato y constante que los príncipes. Frente a Esparta y Atenas, el ejemplo perfecto de esta idea es la constitución de la Roma republicana, que equilibraba las instancias del Senado y el pueblo a la vez que hacía de su an-

tagonismo la fuerza motriz del Estado. Ahora bien, esta virtud ciudadana, como factor político, no se basa tampoco en razonamientos morales. Maquiavelo considera que el poder es para los que tienen la habilidad de alcanzarlo en una competición libre. Su preferencia por el gobierno popular no deriva de ninguna idea de derechos, sino de la observación de que estos gobiernos son menos crueles, más escrupulosos y menos inconstantes que las tiranías; en suma, más eficientes.

Para suerte de las generaciones posteriores, Maquiavelo jamás recuperó su posición perdida en el gobierno florentino y se vio forzado a seguir escribiendo. Logró popularidad gracias a algunos éxitos teatrales, como el de la comedia *La mandrágora*, considerada una de las mejores obras renacentistas, donde presentaba su pensamiento en forma dramática. También se labró prestigio entre la intelectualidad florentina como teórico político y en general como experto militar, sobre todo a resultas de su tercera gran obra, *Del arte de la guerra*. Con el tiempo su relación con los Medici fue mejorando, de modo que consiguió algunos encargos literarios oficiales y misiones para defender los intereses de Florencia. Paradójicamente, cuando la familia en el poder cayó de nuevo y se reinstauró la república en la ciudad que tanto amaba, fue marginado porque se le consideraba sospechoso de filomediceo. Murió con esa pequeña amargura en su interior en 1527, el año del saco de Roma por las tropas del emperador Carlos V.

Los escritos de Maquiavelo fueron objeto de intensas y prolongadas controversias desde su más temprana recepción. Durante siglos se comprendieron solo parcialmente y se utilizaron de modo instrumental, como un recurso para descalificar al adversario. A ello contribuía el desconocimiento de su verdadero contenido, ya que el conjunto carecía de un aspecto sistemático y no estaba exento de

ambigüedades terminológicas, lagunas e inconsistencias. Él nunca se preocupó realmente por elaborar ninguna teoría política, porque estaba interesado más que nada por la escena italiana contemporánea. Los suyos son los escritos de un apasionado patriota, no de un filósofo desinteresado. La consideración negativa de su obra se fue enfriando desde mediados del siglo XIX, cuando el «maquiavelismo» se liberó de su carga peyorativa para convertirse meramente en el sistema de pensamiento de su autor.

El filósofo florentino manifestó una consciencia teórica muy avanzada y una extrema modernidad en el énfasis que puso en el Estado como cuerpo soberano que mantiene su vigor y unidad mediante una política de fuerza hacia el exterior y de equilibrio de antagonismos en el interior. Con ello adivinó el curso de la evolución política en Europa. Tuvieron que pasar muchos siglos desde su muerte para que al fin se le empezara a entender. Hoy su pensamiento sigue despertando asombro por las certezas inmutables que recoge y las reflexiones todavía reveladoras, impactantes y tremendamente útiles que presenta. La filosofía maquiaveliana sirve en la actualidad tanto como hace cinco siglos para interpretar y decidir el curso de la acción a emprender en los juegos de poder que son la clave de las relaciones humanas y la esencia de esa construcción nuestra que llamamos «sociedad».

OBRA

- **Escritos políticos menores.** Esta primera etapa de la obra de Maquiavelo comienza en 1498, año de su entrada en la función pública.
    - *Discurso sobre Pisa* (1499)
    - *Discurso sobre la paz entre el emperador y el rey* (1501)
    - *Modo que tuvo el duque Valentino para matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, el señor Paolo y al duque de Gravina Orsini* (1503)
    - *Discurso sobre la provisión de dinero* (1503)
    - *Cómo tratar a los pueblos rebeldes de la Valdichiana* (1503)
    - *Fantasías escritas a Soderini* (1506)
    - *Capítulo de la fortuna* (1506)
    - *Capítulo de la ambición* (1509)
- **Obras de madurez.** El segundo período comienza en 1512, momento en que regresan los Medici a Florencia y Maquiavelo cae en desgracia.
    - *El príncipe* (escrito en 1513 y publicado en 1532)
    - *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (3 volúmenes escritos entre 1513 y 1519 y publicados en 1531)
    - *El asno de oro* (1517)
    - *Capítulo de la ocasión* (1518)
    - *La mandrágora* (escrita en 1519 y estrenada en 1520)
    - *Del arte de la guerra* (escrito entre 1519 y 1520 y publicado en 1521)
    - *Vida de Castruccio Castracani* (1520)
    - *Discursos sobre la situación de Florencia tras la muerte del pobre Lorenzo de Medici* (1520)
    - *Historia de Florencia* (8 libros redactados entre 1521 y 1525)

V 1469
Maquiavelo nace en Florencia el 3 de mayo.

V 1495
Transcribe *De rerum natura* de Lucrecio y el *Eunuchus* de Terencio.

V 1497
Es nombrado secretario de la Segunda Cancillería de la República.

V 1498
Es nombrado secretario de la Segunda Cancillería de la República y, poco después, de los Diez de Libertad y Paz.

V 1499
Primera misión diplomático-militar en Pionbino ante Caterina Sforza, condesa de Forlì, y después en Pisa para seguir las operaciones de las tropas florentinas.

1465 1475 1485 1495

H 1469
Leonardo da Vinci entra a trabajar como aprendiz en el taller de Verrocchio, protegido de Lorenzo de Medici.

A 1481-1484
Sandro Botticelli pinta *La primavera* y *El nacimiento de Venus*, iconos de la renovación del Renacimiento florentino.

A 1492
Cristóbal Colón desembarca en las costas de la isla de San Salvador.

H 1494-1498
Primera de las guerras italianas, que enfrenta a Francia con la Liga de Venecia.

V 1512-1513
Es depuesto de todos sus cargos a causa del regreso de los Medici. Acusado de conspiración, es arrestado y torturado. Escribe *El príncipe* retirado en su casa de campo.

V 1516-1518
Todos sus acercamientos a los Medici fracasan. Frecuenta las reuniones de los huertos Oricellari, donde expone fragmentos de los *Discursos*.

V 1519-1525
Vuelve a recibir encargos menores y tareas literarias. Su rehabilitación culmina cuando es llamado a colaborar en propuestas de reforma constitucional.

V 1526
Recibe el encargo de supervisar las defensas florentinas.

V 1527
Muere el 21 de junio, al poco de la restauración de la república.

1505 1515 1525 1535

A 1508-1512
Miguel Ángel pinta los frescos de la Capilla Sixtina por encargo del papa Julio II.

A 1511
Erasmo de Rotterdam publica *Elogio de la locura*.

A 1516
Tomás Moro publica su obra capital, *Utopía*.

H 1521-1526
El emperador Carlos I de España y V de Alemania vence a los franceses en Italia. El papa Clemente VII forma la Liga de Cognac para contrarrestar el poder imperial.

H 1527
Las tropas imperiales llevan a cabo el célebre saco de Roma. Nueva expulsión de los Medici de Florencia.

CAPÍTULO 1

SOLO CONQUISTAN LOS PROFETAS ARMADOS: LA FUERZA

Maquiavelo creció en la exuberancia del gobierno de Lorenzo de Medici y asistió a la oposición del predicador Savonarola, una pugna entre dos ideas de autoridad que alimentó el conflicto en toda la península, pero Maquiavelo extraería de ella la semilla de su reflexión política.

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 en una casa del barrio de Santa Felicità, a medio camino entre Palazzo Pitti y el Ponte Vecchio, en el Oltrarno, la ribera sur del río Arno. Su padre, Bernardo Machiavelli (1432-1500), según el apellido italiano, era un doctor en jurisprudencia perteneciente a una familia noble venida a menos, un hombre muy versado en los estudios de humanidades. Su madre, Bartolomea di Stefano Nelli (1441-1496), era una mujer de familia culta y origen nobiliario de la que se sabe muy poco, excepto que se casó en segundas nupcias con Bernardo después de haber enviudado.

El papel secundario de esta familia en los asuntos de su tiempo no auguraba la importancia que tendría su primer hijo varón para su ciudad y para la filosofía política. La historia de Florencia entre los siglos XV y XVI es la historia de Nicolás Maquiavelo. El político y pensador no solo sería testigo directo y actor de muchos de los hechos florentinos, sino sobre todo su intérprete. Su vida ejemplifica los vaivenes históricos de la ciudad, los mismos que su obra comenta. La suya

fue una época de equilibrios inestables y crisis continuas, en la que cada gobernante pretendía articular una construcción política perdurable que pocas veces le sobrevivía, un momento ideal para estudiar los movimientos de la sociedad y la política, y extraer de ellos enseñanzas fundamentales.

Durante el siglo XV, Italia no era una unidad social o cultural. Aunque existía el término Italia, era solo una expresión geográfica. Ahora bien, la geografía tenía una influencia decisiva en la sociedad y la cultura. Fue el medio geográfico el que alentó a los italianos a prestar más atención que sus vecinos al comercio y a la industria. Su posición central en Europa y el fácil acceso al mar dio a sus mercaderes la oportunidad de convertirse en intermediarios entre Oriente y Occidente, mientras que su montañosa tierra no alentaba en exceso a la agricultura.

Las cruzadas habían abierto las puertas del Mediterráneo e inaugurado el sistema de transferencias y depósitos que afirmó la economía monetaria. Nacía la sociedad de mercado, que consideraba que el factor primordial de riqueza era la moneda en sí. El mercantilismo dio lugar al ascenso paulatino de una clase urbana, la burguesía, que no se basaba en un origen familiar determinado sino en la simple condición económica. La necesidad de capital reunió a los grandes mercaderes en compañías privadas. Estas sociedades mercantiles desarrollaron el transporte terrestre y la construcción naval. La acumulación de capital permitió la aparición de bancos y la figura del banquero comerciante, que promovía empresas propias.

Las ciudades del norte y el centro de Italia encabezaron esta revolución comercial. La forma de organización política dominante en la península era la ciudad-estado, cuya población urbana era bastante numerosa y tenía un alto grado de autonomía. Los laicos cultos tenían allí una importancia del

todo inusual en otros lugares del mundo. Aun así, la mayoría de la población era campesina, en gran parte analfabeta, una masa que vivía en la pobreza extrema y sometida a poderes superiores incontestables, a la que no afectó para nada lo que los historiadores han dado en llamar el Renacimiento.

Cuando el primer hijo de los Maquiavelo vino al mundo, el territorio italiano estaba dominado por varias entidades políticas organizadas sobre las ciudades-estado: el Reino de Nápoles, los Estados Pontificios, la República de Florencia, la de Venecia, la de Génova y el Ducado de Milán. Alrededor de ellas danzaba un gran número de Estados más pequeños que gozaban teóricamente de soberanía, aunque en realidad dependían de los movimientos de sus hermanos mayores para mantener su precaria independencia. Más rivales que buenos vecinos, estos Estados estaban en manos de las grandes familias de origen banquero, comerciante o militar cuyos nombres resuenan con ecos míticos en todo el período: los Visconti, los Sforza, los Borgia...

Florencia estaba ligada al apellido Medici, una dinastía enriquecida por el comercio con Oriente y la producción de tejidos de lana. Su fundador, Juan de Medici (1360-1429), había abierto una de las primeras bancas de Europa. La casa comercial de la familia era la más grande de Europa y tenía filiales en todo el continente, con más de diez mil trabajadores en trescientas empresas solo en el sector textil. Su proyección internacional y su inmenso poder económico permitieron al hijo de Juan, Cosme de Medici (1389-1464), introducirse en el tejido político de la ciudad. No es que los florentinos se sometieran a él, sino que muchos consideraron que los logros mediceos eran logros de la ciudad. Aunque nunca faltaron las voces en contra, la sociedad florentina creyó encontrar en esta familia un motor para la prosperidad común.

UN TIEMPO SUBLIME Y BRUTAL

Mientras que en Francia, España e Inglaterra el sistema feudal estaba estructurado de tal forma que con el tiempo se transformaría de modo natural en una monarquía unificada, en Italia el feudalismo desapareció casi por completo como resultado de las luchas entre los papas y la dinastía alemana de los Hohenstaufen en los siglos XII y XIII. Allí, poco a poco, la palabra que se usaba para definir el conjunto del señor y sus nobles, *stato*, se fue trasladando al propio territorio, y los emperadores europeos se consideraron poco más que caudillos a quienes recurrir como aliados. En tiempos de Maquiavelo no existía la tradición de lealtad incondicional al soberano que se otorgaba automáticamente a las casas principescas. Los tiranos italianos podían contar con una especie de popularidad metropolitana, pero dependían más bien de su talento y la frialdad de sus cálculos. El problema era que los cimientos de sus Estados eran ilegítimos, lo que llevaba aparejada la indiferencia ante la legitimidad.

Vecinos mal avenidos

Las ciudades italianas habían dado sobradas evidencias de disponer del impulso necesario para convertirse en Estados y solo faltaba que se unieran en una gran federación, idea que aparecía una y otra vez. Sin embargo, las ciudades poderosas habían desarrollado rasgos tan individuales que resultaba imposible mantenerlas unidas. En el comercio no dejaban de recurrir a medidas extremas para perjudicar a sus competidores y en lo político no dudaban en manipular y oprimir a sus vecinos más débiles. Las luchas internas entre los partidos de la nobleza o entre estos y la burguesía preparaban el terreno para alguna nueva usurpación del poder. Cuando se expulsaba a los tiranos aquí o allá, solo era por poco tiempo, porque volvían en cuanto la agitación interna dejaba exhaustos a sus oponentes. En el mismo período en que las grandes familias de oligarcas destruyeron la libertad en los Estados italianos, se fue forjando en ellos el Estado como creación consciente calculada y el moderno espíritu político de Europa. Fue un momento de excelencia y ruindad que es difícil de juzgar según parámetros morales. Esa mezcla ambigua es la que Maquiavelo estudió y reflejó en sus obras.


Austria
Suiza
Reino de Hungría
Rep. de Venecia
Ducado de Saboya
Milán
Mantua
Venecia
Ducado de Milán
Turín
Saluzzo
Módena
Ferrara
Génova
Rep. de Génova
Rep. de Florencia
Florencia
Imperio otomano
Estados Pontificios
Siena
Rep. de Siena
Mar Adriático
Ragusa
Rep. de Ragusa
Córcega
Roma
Reino de Nápoles
Cerdeña
Nápoles
Mar Tirreno
Mar Jónico
Palermo
Mar Mediterráneo
Reino de Sicilia
Imperio otomano
Repúblicas
Reinos
Otros Estados

Florencia había logrado imponerse a ciudades cercanas y menores, y se había situado junto a potencias superiores a ella. Algunos académicos han calificado su moneda, el florín de oro, como «el dólar de la Edad Media». El florín de oro rivalizaba con las monedas de los ducados veneciano y genovés, y en ocasiones llegó a superarlas. La consolidación financiera fue paralela al crecimiento demográfico de estas ciudades, en tiempos de Maquiavelo la población de Venecia, Génova y Florencia estaba a la altura de las grandes capitales europeas del momento, como París. En el período que nos ocupa, la República florentina vivía una bonanza económica y un esplendor cultural admirables, y al mismo tiempo una situación sociopolítica cada vez más crispada. A pesar de ello, la agitación política no obstaculizó la prosperidad, porque la estructura económica era lo suficientemente sólida como para resistir los constantes conflictos de las distintas facciones políticas. Fue lo que se ha dado en llamar «la paradoja de Florencia», el tiempo en que vivió Maquiavelo.

UN MUNDO EN PEDAZOS

No se puede entender la realidad social y política de la Florencia de Maquiavelo sin inscribirla en el pleno Renacimiento, una época de transición, de evolución de la Edad Media hacia la Edad Moderna. Es muy difícil hacer una caracterización precisa de este período, ya que comprende múltiples tendencias muy variadas en intensidad y duración, y a menudo contradictorias. Los historiadores han intentado estudiarla como un conjunto de actitudes, las «actitudes renacentistas», cuyo hilo conductor parece ser el afán de renovación. Aunque esto no quiere decir que lo nuevo sustituyera a lo viejo, sino que en realidad ambos se superpusieron.

Los tres rasgos que se atribuyen al Renacimiento son el realismo, el secularismo y el individualismo, pero en la actualidad se han matizado estas ideas. En su imitación de lo «natural», los renacentistas pretendieron ser realistas, pero usaron sus propios sistemas de convenciones. Aunque los temas seculares aumentaron su proporción, continuamente se santificaba lo profano y se profanaba lo sagrado. Los dioses y diosas clásicos no expulsaron a los santos medievales del arte, sino que coexistieron y se influyeron mutuamente. Por último, si bien es cierto que había gran interés en lo individual, existía mucha más imitación, lo que probablemente era la norma. La cuestión importante no es que esos rasgos fueran dominantes, sino que fueran nuevos. Esto es lo que distingue al Renacimiento de la Edad Media.

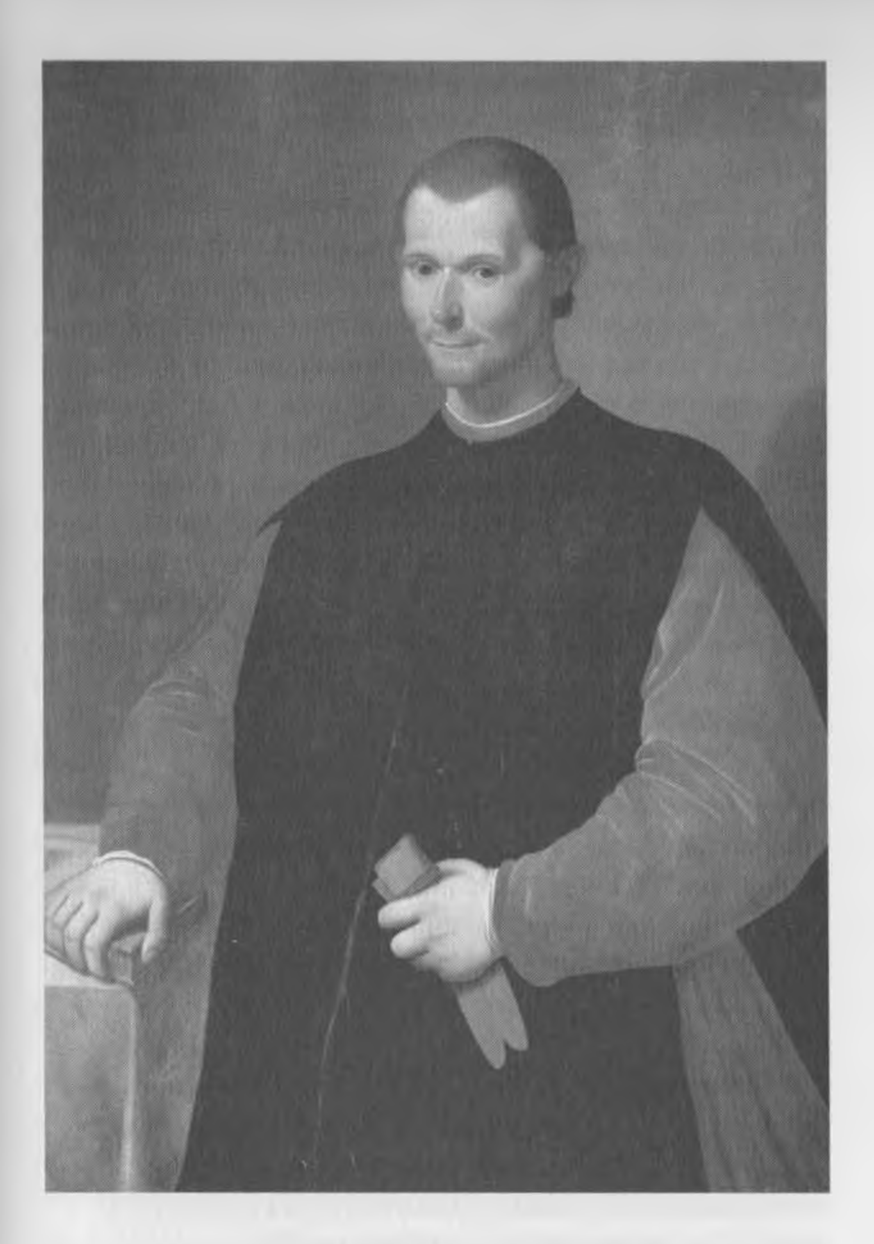
Aunque no es posible fijar con exactitud los límites del Renacimiento, se puede decir que comenzó en Italia —en Florencia, fundamentalmente— durante el siglo XIV y se extendió por toda Europa en los dos siglos siguientes. En la península itálica, el debilitamiento alternado de la autoridad imperial y papal había favorecido el encumbramiento sucesivo de güelfos (partidarios de la casa de Baviera) y gibelinos (seguidores de los Hohenstaufen de Suabia), así como la lucha entre los estamentos sociales (artesanos, patricios y nobles). Esta inestabilidad urbana había propiciado la toma del poder por parte de una nueva clase de señores enriquecidos por la banca y el comercio, una nueva aristocracia cuyo carácter autoritario se afianzaba en compañías mercenarias. El jefe mercenario, el condotiero, dirigía las guerras en su nombre, intervenía en las decisiones políticas y a menudo cambiaba de bando por dinero. Los gobiernos de las ciudades se hicieron pronto hereditarios, lo que hizo crónica la fragmentación política y el estado de conflicto. Ese puzle de Estados fue la Italia de Maquiavelo.

En el mismo año en que Lorenzo de Medici (1449-1492), a quien llamarían el Magnífico, sucedió en el gobierno de Florencia a su padre Pedro de Cosme de Medici, apodado el Gotoso (1416-1469), nació el primer varón de los Maquiavelo. Sus padres habían criado a dos hijas, Primavera y Margarita, y aún les nacería otro varón, Totto.

Los Maquiavelo habían sido seguidores del partido güelfo, los defensores del papa contra el emperador del Sacro Imperio Romano. Antes de caer en desgracia por ello, habían poseído un señorío en el Val di Pesa, un paraje del Chianti vinícola, a unos quince kilómetros al sur de Florencia. Cuando al fin lograron rehabilitarse y regresar a su ciudad, lo hicieron convertidos en funcionarios de la administración.

El lustre de la familia se había ido agotando y la rama de Bernardo, hijo único y huérfano, carecía de un nombre de los que en Florencia se denominaban de *dignità e prestigio*. Según el *Libro di ricordi*, su diario personal, nunca llegó a ejercer públicamente, sino que trabajó como consejero privado, viviendo de las rentas de sus propiedades heredadas. Sus datos fiscales muestran un patrimonio modesto y bastantes deudas. De hecho, estaba excluido del derecho pleno de ciudadanía en Florencia, tal vez por el impago de impuestos o porque se rumoreaba que era hijo ilegítimo. Ni él ni su hijo lograron jamás ser un *uomo da bene* ni uno de los *uomini principali*.

Nicolás recibió una formación humanística correcta, aunque discreta, probablemente a causa de las estrecheces económicas de la familia. Según el *Libro di ricordi*, empezó a estudiar gramática y latín con ocho años. Al año siguiente aprendió el *donatello*, una serie de ejercicios de latín clásico. Con once años se introdujo en la aritmética y a los doce conoció a los clásicos latinos. La notable biblioteca de su padre,



Maquiavelo fue sin duda una de las figuras más relevantes del Renacimiento italiano. La influencia de su pensamiento ha sido tan grande que su huella se puede rastrear hoy en día en ámbitos como la política e incluso en el lenguaje y las costumbres sociales. Arriba, retrato de Maquiavelo, obra del pintor manierista italiano Santi di Tito, conservado en el Palazzo Vecchio de Florencia.

que tenía una gran afición por los libros, le dio ocasión de leer a edad temprana algunas de las grandes obras clásicas, como la *Historia de Roma* de Tito Livio y las obras de Cicerón y Lucrecio, así como traducciones latinas de los historiadores griegos más importantes, Tucídides, Polibio y Plutarco.

A pesar de que la cultura clásica resuena en toda la obra de Maquiavelo, nunca sería un humanista modélico. Su admiración por el mundo grecolatino tenía motivos puramente políticos y no tenía nada que ver con el proyecto humanístico de la transformación del hombre a través de la educación y la cultura. Maquiavelo entró en escena cuando el humanismo atravesaba su tercera fase, la de la crisis. El primer paso había sido el regreso a los clásicos para hacerse con una cultura útil, el segundo supuso la difusión y puesta en práctica de ese saber. El tercer momento llegó cuando se descubrió que el mundo antiguo era insuficiente para responder a las preguntas planteadas por el presente.

Una vez finalizados sus estudios reglados, como no deseaba ser una carga para su familia, Nicolás empezó a ganarse la vida realizando pequeños trabajos mal remunerados, como traducciones y copias. Así pudo ganar algo de dinero mientras proseguía su formación en bibliotecas y plazas públicas, y buscaba la manera de entrar en la administración.

Florencia magnífica

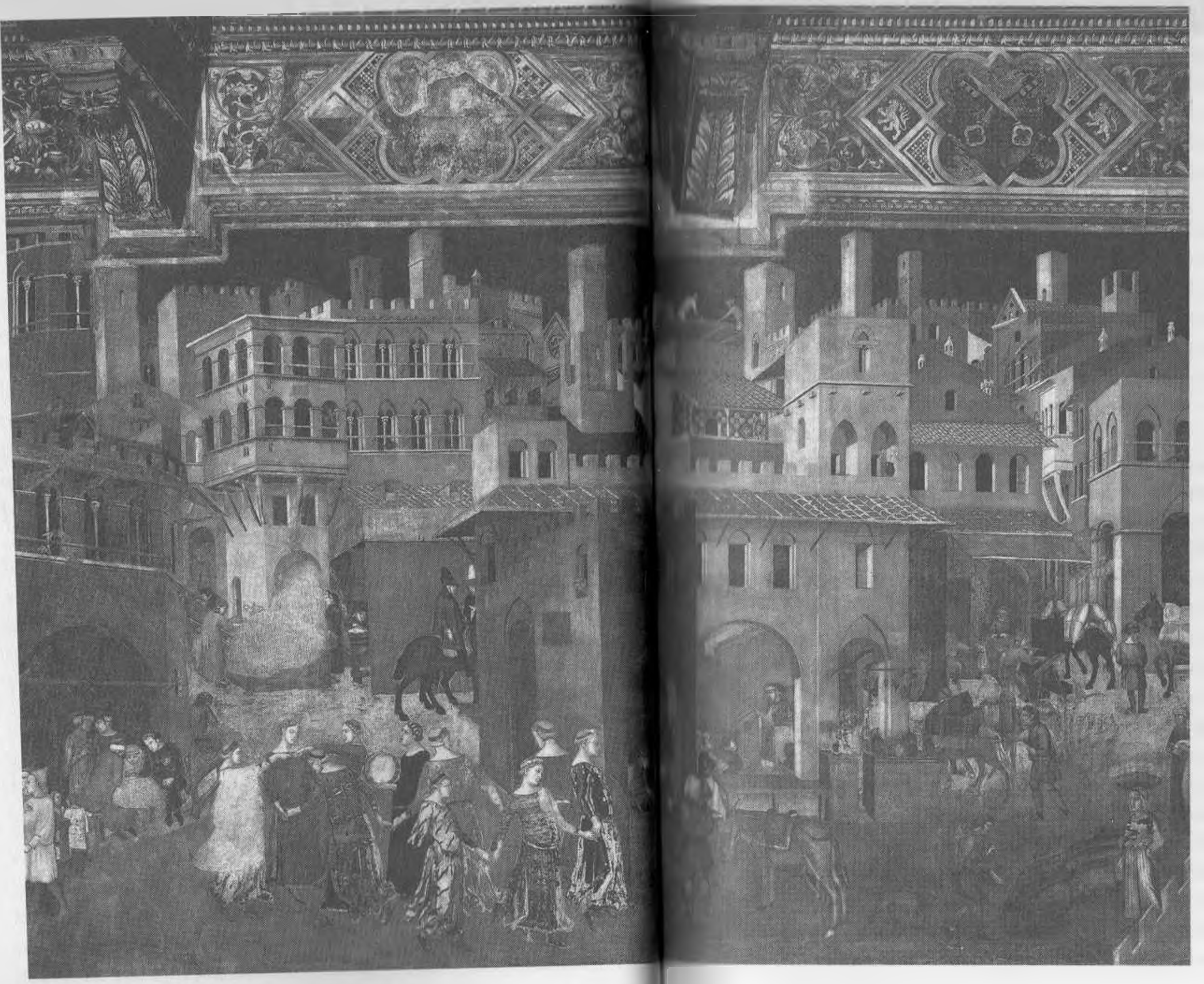
Como el mismo Maquiavelo explicaría en su *Historia de Florencia*, durante los primeros años de su vida Italia gozó de un período de paz insólito en aquella tierra disgregada en repúblicas y principados. La ocupación primordial de los gobernantes era observarse mutuamente y asegurar su poder por medio de ligas y alianzas. Pero esa situación extraordinaria

no podía durar mucho. Las guerras eran una empresa tan lucrativa como el comercio o la industria. En un mundo de militares profesionales y familias ávidas de poder, una Italia articulada y en armonía era un negocio ruinoso. El desorden generaba oportunidades y permitía que los audaces probaran fortuna. En cuanto se establecía el equilibrio entre los Estados, siempre había algún lugar donde empezaba a cocerse un nuevo conflicto que no tardaría en ponerlo todo patas arriba.

Con veinte años, Lorenzo el Magnífico heredó no tanto un Estado como un entramado de colaboradores y una manera de hacer política que garantizaba su supremacía. Su excelente formación cultural y su buen criterio hacían que su gusto y opiniones fueran muy valorados. Él mismo era un hombre de letras cuya sensibilidad demuestran sus poemas. Como gustaba del contacto con la inteligencia y el talento, se rodeó de artistas, filósofos y científicos. Tuvo ayudantes de valor inapreciable, como el escritor y mecenas Bernardo Rucellai (1448-1514), quien abrió los jardines de su palacio, los Orti Oricellari, a las mentes más ilustres de la época, integrados en la Academia florentina. Fue en estos jardines donde Maquiavelo leyó por primera vez sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio.*

Su vida coincidió con la cúspide del Renacimiento italiano temprano. Fue protector de artistas de la talla de Sandro Botticelli (1445-1510), Leonardo da Vinci (1452-1519) y Miguel Ángel Buonarroti (1475-1564), y aprovechó sus excelentes relaciones internacionales para extender la obra renacentista italiana por el resto de las cortes europeas. Sus enviados viajaron por el continente para recuperar gran cantidad de obras clásicas y montaron talleres para copiar libros y difundir su contenido.

Continuó también la tradición familiar de mecenazgo de la Academia Platónica florentina, fundada por su abuelo Cosme



La Florencia de Maquiavelo, una de las cunas mundiales del arte y de la arquitectura, fue sin duda el paradigma de la ciudad renacentista. De hecho, fue entre sus calles y palacios donde se originó en la segunda mitad del siglo XIV el movimiento artístico y cultural conocido como Renacimiento. En la imagen, detalle del fresco *Alegoría de los efectos del buen gobierno en la ciudad* (1338-1339), de Ambrogio Lorenzetti.

el Viejo. Algunos de los eruditos miembros de este círculo fueron también sus amigos más cercanos. Fue el caso de los destacados filósofos Marsilio Ficino (1433-1499), traductor de las obras completas de Platón y Plotino, y Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), la figura más importante de la Academia y el hombre más docto de su tiempo, cuyo pensamiento integraba influencias de Aristóteles y Averroes, la cábala y la magia.

> Ah, mi Florencia [...] semejante te ves a aquella enferma / que no encuentra reposo sobre plumas / mas dando vueltas calma sus dolores.
>
> DANTE

El matrimonio de Lorenzo con una de las mujeres más nobles de la aristocracia italiana, Clarice Orsini, le convertía también en un modelo ejemplar de la política de alianzas de la época. Su carácter conciliador y diplomático le permitió reforzar la presencia de la familia en Roma, donde su segundo hijo llegaría a ser papa. Al mismo tiempo, sostenía con habilidad el complejo equilibrio de fuerzas entre los distintos Estados italianos, llegando a hacer de intermediario entre Nápoles, bajo dominio español, y el papado.

Sin embargo, este período dorado fue llegando a su fin. Mientras Lorenzo se ocupaba en la política internacional, los enfrentamientos entre los jefes de familia de la República florentina ponían la ciudad en tensión. Para mantener su posición, el mediceo no tuvo reparos en ejercer el poder con toda la fuerza que exigieran las circunstancias. Por ese motivo algunos de sus conciudadanos lo consideraban un déspota y otros un salvador, un mantenedor del orden. Es difícil saber si el joven Nicolás Maquiavelo, que no había conocido más que su dominio, se contaba entre sus admiradores o sus detractores. La contraposición entre su exuberancia vital y sensibilidad artística, por un lado, y su energía y autoridad, por el otro, impresionaron siempre al muchacho.

Repúblicas y principados

Aunque el Renacimiento registró su mayor esplendor en el campo artístico, su afán de renovación afectó a todos los campos. Por un lado, cada disciplina se alejaba cada vez más de las otras: la música dejaba de depender de las palabras, la escultura se independizaba de la arquitectura, la política reflexionaba en abstracto sobre la acción a emprender. Por otra parte, se salvaba la separación entre la teoría y la práctica para ayudarse de ambas esferas: los arquitectos construían sobre proporciones matemáticas y los estudiosos aprendían observando a los artesanos en su trabajo. La ciencia de la época combinó observación y experimentación con el uso de las matemáticas para argumentar las hipótesis, lo cual ejerció un efecto profundo en las mentes de los hombres y abrió nuevas perspectivas de conocimiento.

Un capítulo original, puramente renacentista, de este florecimiento fue el desarrollo de la teoría política en el sentido moderno, estrechamente vinculado a los cambios políticos y sociales. Cuando el humanismo puso al hombre en el centro del mundo, se interesó por su naturaleza y por el ambiente en el que se desarrollaba: la ciudad, el Estado. Aunque en aquel momento el concepto de «sociedad» todavía no existía, se dijo y se escribió mucho sobre las diferentes formas de gobierno, los diferentes grupos sociales y las diferencias entre el pasado y el presente. La política se convirtió en la nueva ciencia natural.

A inicios del período, el pensamiento político se movía aún dentro de la teoría política medieval, pero los siglos XV y XVI vieron el desarrollo del absolutismo político. A finales del siglo XV, la mayoría de ciudades-estado de Italia habían perdido su independencia, pero no las ciudades renacentistas por excelencia, Florencia y Venecia. Venecia era elogia-

da por su estabilidad y equilibrio, conseguidos gracias a la mezcla de elementos procedentes de los tres tipos de gobierno: el dux o dogo representaba a la monarquía, el Senado a la aristocracia y el Gran Consejo a la democracia. En la práctica, el elemento monárquico era el más débil. A pesar de todos los honores que se concedían al dux, cuya imagen aparece en las monedas, su poder real era escaso. Los venecianos ya habían creado la distinción entre la parte «dignificada» y la «eficiente» del sistema político. Por el contrario, el Gran Consejo, formado por nobles, participaba en la toma de decisiones, aunque no era exactamente democrático. En realidad, los conflictos estaban ocultos tras la ficción del consenso. La idea de la constitución mixta y de la armonía venecianas formaba parte de una ideología, el «mito de Venecia», una visión idealizada sostenida por los miembros de la clase dirigente.

A diferencia de Venecia, Florencia tenía un sistema político inestable. Los florentinos nunca parecían contentos con su constitución y siempre buscaban un cambio, por lo que ninguna forma particular de gobierno duraba demasiado en la ciudad. Los cargos rotaban con rapidez. La Signoria, el principal órgano de gobierno, formado por nueve miembros (*priori*) elegidos al azar entre los diferentes gremios y encabezados por el gonfaloniero, solo permanecían en el cargo durante dos meses.

Los otros tres poderes importantes en la Italia de la época eran monarquías, dos hereditarias, Milán y Nápoles, y la otra electiva, los Estados Pontificios. Igual que en otros pequeños Estados, la institución clave en ellos era la corte, que cumplía dos funciones: la privada y la pública; era la casa del príncipe y comprendía la administración del Estado. Estas dos funciones divergían cada vez más entre sí, porque los Estados renacentistas estaban realizando una

transición entre dos sistemas políticos: el patrimonial y el burocrático.

EL PROFETA DESARMADO

Desde su juventud Maquiavelo fue testigo de cambios radicales en su ciudad natal. A causa de las dificultades crecientes, el gobierno de Lorenzo de Medici ganaría en autoritarismo en sus últimos años. Entre las voces en su contra, que no habían faltado nunca, destacó la de su crítico más acérrimo: Girolamo Savonarola (1452-1498).

Savonarola era un fraile dominico que predicaba por toda Italia contra la maldad del mundo con el ardor de los monjes de siglos pasados. Causaba agitación allá donde aparecía y se enfrentaba a las autoridades eclesiásticas y civiles sin miedo a nada ni a nadie, a pesar de haber sufrido varios atentados contra su vida. Acusaba a la Iglesia de todos los pecados y comparaba la Roma papal, siempre disputada por las grandes familias, con la corrupta Babilonia. En aquellos tiempos brutales, sus llamadas a la vida sencilla lograron remover a grandes masas de personas, que se congregaban por miles a escuchar sus sermones. Sus palabras de condena contra los poderosos de este mundo, cuyas acciones cegadas por la egolatría habían acabado con la fe, resonaban con fuerza en los oídos del pueblo llano. Para él, los peores de todos eran los sacerdotes, pues actuaban exactamente del modo contrario a como debían. No se le podía acusar de hipocresía. En su vida en el convento se distinguía por su máxima austeridad y las penitencias rigurosas, comenzando por el maltrato con el cilicio.

Cuando visitó Florencia por segunda vez en 1489 encontró la ciudad presa de la agitación. Desde el convento de San Marco y los púlpitos de las iglesias comenzó a predicar de

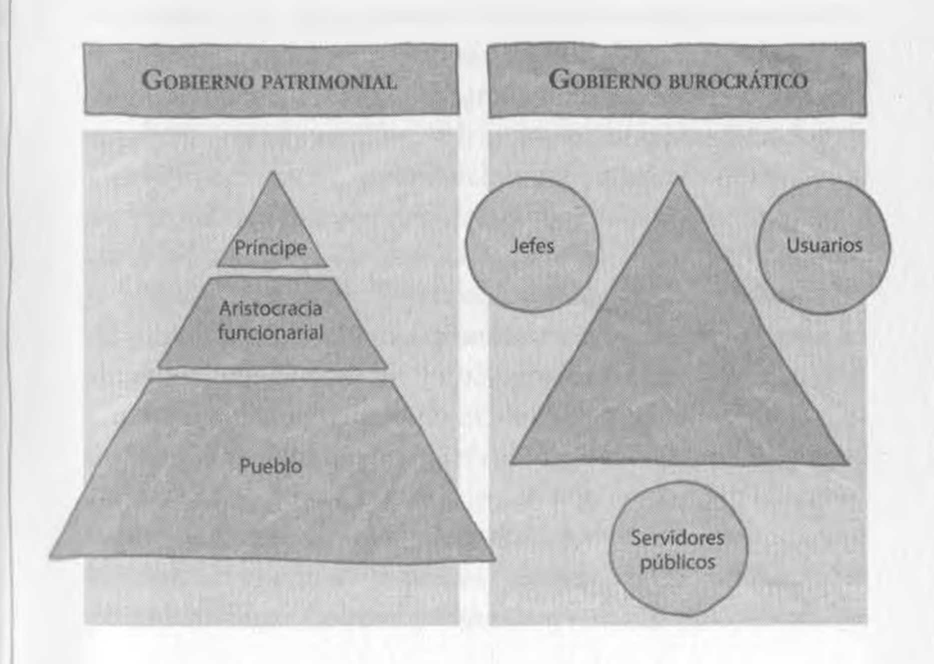
modo exaltado contra los Medici, el papa y la vida excesiva de los florentinos acomodados, quienes vivían rodeados de obras de arte mientras otros se hundían en la miseria. Arremetió contra los vicios de los gobernantes, la avaricia de los grandes burgueses, la brutalidad de los condotieros, la elegancia de las mujeres y el abandono en las buenas maneras de los artistas. Pero sobre todo se ensañó con Lorenzo el Magnífico, a quien hizo responsable de que los florentinos viviesen como paganos en lugar de practicar la virtud.

Las visiones de un apocalipsis inminente parecían muy posibles en aquella Florencia donde siempre había epidemias en los barrios pobres, las facciones se agitaban amenazando con la guerra civil y se conspiraba como ejercicio cotidiano. El mensaje sobre un mundo nuevo en el que los valores heroicos volverían a primar impregnó la opinión pública y se extendió en el neoplatonismo florentino, de modo que incluso la élite de la inteligencia se sintió atraída por él. Por su parte, las familias de la aristocracia lo veían como un medio para derrocar a los Medici. La ciudad estaba cansada del autoritarismo de la familia en el poder.

Entre quienes se acercaron a escucharle se encontraba el joven Nicolás Maquiavelo. Savonarola le interesó, pero no le convenció. El futuro pensador actuaba ya como un observador de su tiempo, crítico de los hombres y de los hechos que estudiaba, y al mismo tiempo se sentía inclinado a la acción. Pretendía entrar en la vida pública. Se han conservado dos poemas de su autoría fechados en esta época que están dirigidos a Giuliano de Medici (1479-1516), hijo de Lorenzo el Magnífico. Estos textos indican la vocación poética que Maquiavelo seguiría cultivando a lo largo de su vida, pero sobre todo le muestran ofreciendo sus servicios al mediceo, todavía un adolescente, con el propósito de introducirse en su círculo.

LA TRANSICIÓN AL GOBIERNO BUROCRÁTICO

El gobierno patrimonial es un tipo de gobierno personal, en el que se obedece a un individuo particular, mientras que el gobierno burocrático es impersonal, es decir, que la esfera pública está separada de la privada y se obedece al titular de un cargo. Uno se basa en aficionados nombrados a modo de favor, mientras que el otro está compuesto de profesionales formados en distintos oficios, nombrados en base al mérito, con un salario fijo y un carácter distintivo como colectividad. El gobierno patrimonial es informal y no está especializado, mientras que los burócratas registran todo por escrito, practican la división del trabajo y marcan las fronteras de su territorio. El gobierno patrimonial es la tradición, el burocrático es el derecho. Los Estados renacentistas más desarrollados gozaban de una burocracia precoz, gracias a su alto grado de desarrollo urbano, que trajo la difusión de la alfabetización y formación matemática. Pero el gobierno estrictamente impersonal y eficiente todavía estaba lejos. Aunque el sistema legal intentara promover la igualdad y el mérito, existía el *sottogoverno*, la actuación fuera del control de la administración.



Lorenzo de Medici murió en 1492. Le sucedió en el gobierno de Florencia su hijo Piero (1472-1503), quien fue más déspota que su padre, pero no mostró su misma audacia, visión e inteligencia. En aquel momento tan delicado, cuando la presión arreciaba sobre la familia, actuó de modo arrogante e indisciplinado y gestionó pésimamente las finanzas. Cuando quedó claro que no era un hombre adecuado para el puesto, muchos volvieron sus ojos hacia Savonarola como posible salvador de la ciudad.

La situación degeneró durante dos años, al cabo de los cuales los acontecimientos se precipitaron. En 1494, las tropas de Carlos VIII de Francia (1470-1498) entraron en la península itálica con el apoyo de Ludovico Sforza, apodado el Moro, señor de Milán. El monarca francés reivindicaba el reino de Nápoles, en poder de la Corona de Aragón. Ludovico le permitió establecerse en Milán para que lo ayudara a derrotar a su sobrino, que lo había derrocado. Para llegar a Nápoles, el enorme ejército francés tenía que pasar por Florencia y controlar la Toscana para asegurar las líneas de comunicación y abastecimiento con Milán. Los florentinos se veían en una posición muy delicada porque en aquel momento eran aliados de los españoles.

Savonarola había augurado la llegada del rey francés un par de años atrás. Ahora salió a su paso para pedirle que librara a Florencia de los Medici. Piero intentó organizar la resistencia, pero, por influencia del fraile dominico, los florentinos lo abandonaron. Entonces razonó erróneamente que podría aliarse con Francia en contra de sus opositores internos. Permitió la entrada de las tropas francesas y aceptó todas las exigencias de Carlos, como el pago regular de una importante suma a la Corona francesa. Florencia asistió al espectáculo vergonzoso de la ocupación mientras Savonarola insistía en que se estaba cumpliendo lo que había pro-

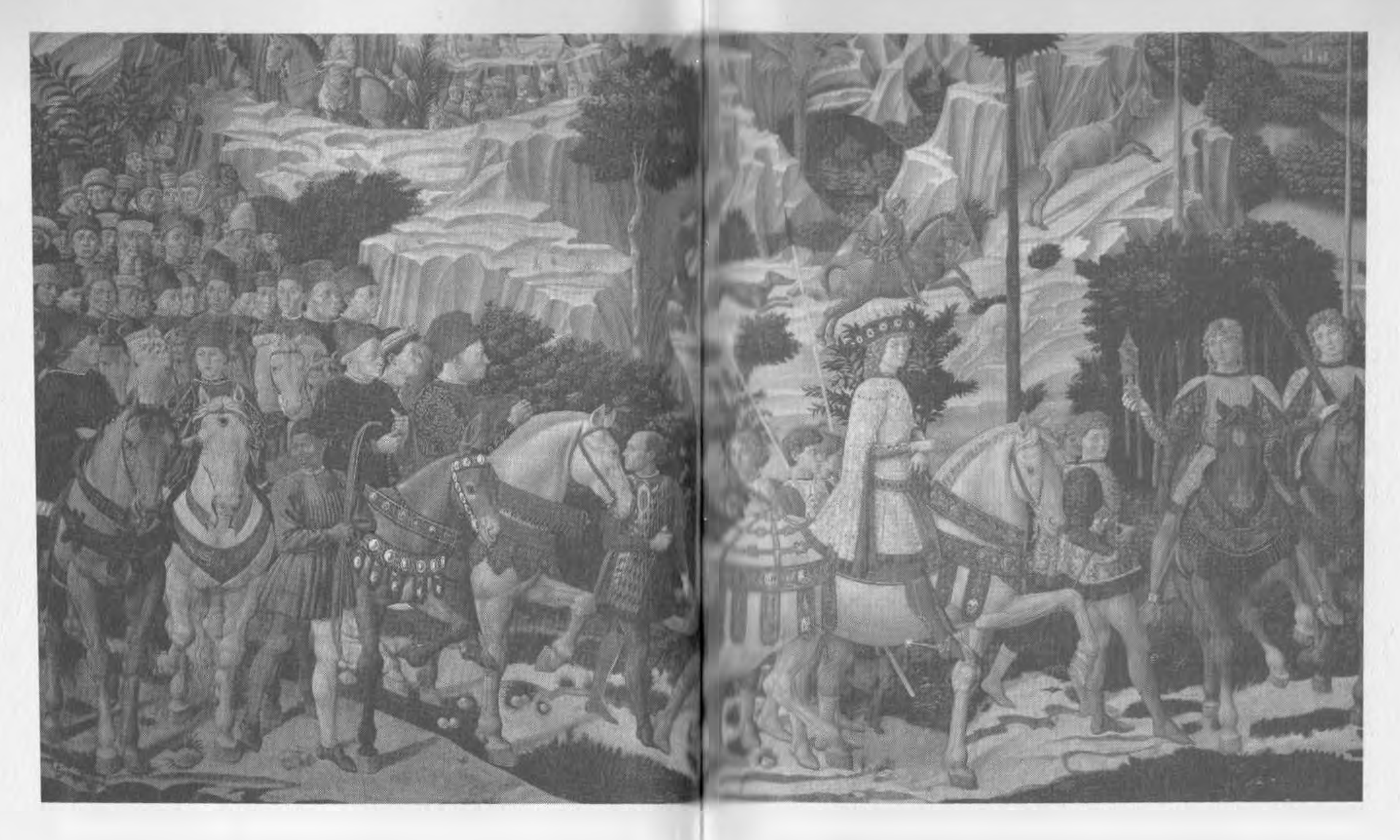
fetizado, ocultando obviamente su papel en que se hiciera realidad.

El año 1494 acabó con una rebelión. Los florentinos estaban furiosos. Echaron a los Medici y saquearon su palacio. La familia fue oficialmente proscrita en la ciudad y quedaría vagando por los Estados italianos y europeos durante años. Savonarola emergió como líder natural. Rápidamente constituyó un modelo de gobierno republicano de carácter fuertemente religioso, una suerte de teocracia democrática.

Desde el poder, el fraile se propuso emprender reformas morales de hondo calado y olvidó apremiantes temas de gobierno que reclamaban mucho más celo. Sería el inicio de una de las etapas más agitadas de la historia italiana. El equilibrio en que habían vivido los Estados de la península, aunque precario, se desbarató por completo. Francia codiciaba Italia como potencia mediterránea y España no estaba dispuesta a retirarse de ella. La península italiana se convirtió en el teatro de operaciones donde los Estados circundantes discutían su hegemonía. Comenzaría el período de las Guerras Italianas, que se prolongaría hasta mediados del siglo siguiente, con la implicación de los principales Estados de Europa occidental. Maquiavelo percibiría el advenimiento de esta crisis como una caída, y esta percepción pondría la semilla de su reflexión teórica, centrada en encontrar las maneras más eficaces de evitar la decadencia de la civilización, tal y como él la había experimentado en su propia carne.

El martillo de Dios

Después de expulsar a los Medici, la administración republicana disolvió los órganos de control del gobierno anterior y tomó medidas de puro revanchismo, como ejecuciones su-



EL ESPLENDOR DE LOS MEDICI

Lorenzo el Magnífico (1449-1492) dirigió los asuntos de Florencia desde la muerte de su padre en 1469 hasta la suya, durante la época de máximo esplendor de la ciudad. Se le tiene como excelente ejemplo de príncipe renacentista, cuyo gobierno solo se puede considerar despótico, pero que no careció de notables aptitudes artísticas y fue mecenas de personajes muy destacados del momento. En este fresco de 1459, titulado *Viaje de los Magos*, que puede verse aún hoy en la capilla de los Reyes Magos, del Palazzo Medici Riccardi de Florencia, el pintor Benozzo Gozzoli (1420-1497) lo representó montado en un caballo blanco y rodeado de escuderos; detrás de él aparecen, también montados, su padre Pedro el Gotoso en un caballo blanco y su abuelo Cosme el Viejo, el fundador de la dinastía, en un humilde burro.

marias de ciudadanos ilustres. Aunque la República quisiera autodenominarse «democrática», no hubo ningún traspaso de poderes al pueblo. A tenor de la descripción que haría de ella el propio Maquiavelo, aquella República no puede entenderse según la concepción actual. La democratización tuvo un alcance muy modesto. Apenas el tres por ciento de los ciudadanos tenía derecho a cargos administrativos, los cargos vacantes quedaron en manos de miembros de la aristocracia. Solo la clase media de artesanos y comerciantes logró obtener cierto grado de participación en el gobierno. Los trabajadores quedaron excluidos, ya que en aquel tiempo estaba difundida la convicción de que las clases inferiores carecían de las dotes necesarias para la cosa pública, lo que significaba que no se los consideraba auténticos ciudadanos.

Cuando sintió el poder en sus manos, Savonarola dio rienda suelta a sus obsesiones. Persiguió ferozmente a los homosexuales, las bebidas alcohólicas, el juego, la ropa indecente y los cosméticos. Echó mano de todos los recursos posibles para la purificación, como la famosa «hoguera de las vanidades», un fuego inmenso que ardía en la plaza principal de la ciudad, al que ordenó arrojar objetos que se consideraban pecaminosos, incluyendo cuadros y obras maestras del período, libros de Petrarca y Bocaccio, y de los clásicos grecolatinos.

En 1497, los partidarios de Savonarola ocupaban la mayor parte de los cargos administrativos. Pero la violencia con que pretendía obligar a los ciudadanos a que retornasen a unas costumbres sencillas había formado ya grupos contrarios a su gobierno. Él mismo precipitaría su caída con sus ataques cada vez más desafiantes contra la familia española del papa, los Borgia, y todos sus allegados. Desde el púlpito los denunciaba como pecadores, incestuosos y mentirosos, algo que, sin ser del todo desacertado, tampoco diferenciaba mucho a esta familia de las demás poderosas dinastías renacentistas.

Rodrigo Borgia (1431-1503), que era papa con el nombre de Alejandro VI, intentó desactivar su influencia prohibiéndole predicar bajo la acusación de herejía. Como el dominico no obedeció, el papa firmó su excomunión. El contrataque de Savonarola fue poner en marcha la organización de un concilio para destituirlo. Entonces el pontífice lanzó contra Florencia la amenaza de un interdicto, un decreto papal por el que se privaba a las personas de sus derechos religiosos, como la asistencia a los cultos, la recepción de los sacramentos o la sepultura eclesiástica. Cuando se lanzaba sobre una ciudad o un Estado, los muertos tenían que enterrarse sin ceremonia religiosa, los templos se cerraban, los recién nacidos no recibían el bautismo y los ciudadanos eran tratados como proscritos. Suponía también pérdidas económicas inmensas para comerciantes y banqueros por la situación de ostracismo y aislamiento en que colocaba a la población.

La amenaza papal hizo cundir el terror entre los florentinos y reforzó la oposición de los adversarios de Savonarola. El dominico subió al púlpito de Santa Maria del Fiore, la catedral de Florencia, y, alzando el dedo bajo la sobrecogedora cúpula de Brunelleschi, arremetió por última vez contra el papa y la corte pontificia. Alejandro VI envió a su ejército para arrestarlo y ejecutarlo. Los florentinos no opusieron ninguna resistencia. El rey Carlos VIII de Francia, el único defensor que le quedaba al fraile, acababa de fallecer. Acusado de herejía, rebelión y errores religiosos, Girolamo Savonarola fue detenido, torturado y ejecutado.

La esencia del poder

Unos meses antes, Maquiavelo había intentado ingresar en los órganos de gobierno de la República de Florencia por

la vía regular. En febrero se hallaba entre los siete candidatos presentados por el Consejo de los Ochenta para ocupar uno de los dos puestos de secretario de la Señoría. Fue derrotado ante el Gran Consejo por un candidato cercano al partido savonaroliano. Por esas fechas Ricciardo Becchi, el legado florentino en Roma hasta un año antes, se dirigió a él en solicitud de noticias sobre los movimientos políticos del fraile. La respuesta de Maquiavelo fue una célebre carta fechada el 9 de marzo que se considera su entrada en la historia. El joven Nicolás informa sobre los últimos sermones de Savonarola con hostilidad manifiesta. Lo presenta como un hombre que intenta mantenerse en el poder manipulando con astucia las esperanzas de sus seguidores. Se muestra en contra de sus argumentaciones basadas en el pensamiento trascendente, pero intuye el valor de la religión en el control de la ciudadanía. En cierto sentido, valora su actitud política. Antes ya de haber empezado su vida pública, Maquiavelo estaba inmerso en el análisis de la sociedad.

La caída inminente del dominico precipitaría la salida de los funcionarios más próximos a su partido. La administración florentina renovó su personal reclutándolo entre los anti-savonarolianos mejor preparados. Fue entonces cuando el nombre de Maquiavelo volvió a ser propuesto junto a cuatro candidatos para un puesto diferente y más relevante. Ahora sí resultó elegido como *secretarius* o *cancellarius* de la Segunda Cancillería.

Aquello era a lo que podía aspirar por el momento. Ni él ni su padre podían postularse para las magistraturas del gobierno florentino. Para ser idóneo para el Gran Consejo se requería estar al día del pago de impuestos y tener un antepasado de las últimas tres generaciones por línea directa que hubiera pertenecido a alguna de las tres magistraturas

más importantes de la ciudad: la Señoría, los dieciséis *gonfalonieri* o los doce *buoni uomini*.

Ahora bien, a pesar de su modesta condición, Bernardo Maquiavelo seguía teniendo importantes amistades entre los humanistas destacados, como Bartolomeo Scala (1430-1497), un político de origen humilde que había ascendido en la administración. Se ha identificado a este personaje como posible valedor de Nicolás y de Marcelo Virgilio, que fue nombrado secretario de la Primera Cancillería en las mismas fechas. Nicolás y Marcelo tenían una edad y estatus parecidos y sus respectivos padres eran amigos y colaboradores de Scala. Es probable, asimismo, que en la elección de Nicolás jugara un buen papel su desacuerdo con los postulados de Savonarola.

Entre privados, las leyes [, los documentos y los textos...] obligan a observar la palabra, pero entre los señores, solo las armas obligan a cumplirla.

Discurso sobre la provisión de dinero

El terrible fin del dominico fue el segundo gran impacto que encendería la chispa de su reflexión sobre la política. El ejemplo contrapuesto de Lorenzo el Magnífico y el predicador Savonarola lo llevaría a sostener que «solo conquistan los profetas armados, los profetas inermes no pueden más que fracasar». Savonarola, el profeta inerme, había querido ser justo, pero resultó incapaz de comprender lo que Maquiavelo veía claro, que la moral y la política no forman buena pareja. La política del fraile sufrió las consecuencias. Para consolidar su posición hubiera sido mejor no contar demasiado con el prestigio moral, con la fidelidad de sus partidarios o con la bondad del pueblo, sino actuar como todos los hombres de Estado que pretenden mantenerse en el poder: constituir un buen ejército. Lorenzo de Medici, el profeta armado, jamás había abandonado este principio,

porque comprendía claramente la noción más básica del gobierno poderoso: la política es la ley del más fuerte.

Un gobierno o es fuerte o es moral. O se funda en el ideal o tiene en cuenta las sórdidas realidades. En más de una ocasión han de emplearse medios injustos para garantizar la justicia. ¿Hay que renunciar a utilizarlos porque no están de acuerdo con el estricto ideal de la justicia teórica, o hay que consentir de manera deliberada que la justicia práctica se salve a costa de la justicia teórica? En política, hay que transigir de forma continuada, con uno mismo y con los demás, con el propio ideal y las propias convicciones. Desde el día en que Nicolás Maquiavelo adquirió esta certeza, quizá trágica para él, murió como el joven y observador estudiante que había sido y renació como el político y pensador que pasaría a la posteridad. Con todo, aún le aguardaba un largo camino de aprendizaje y amargas experiencias.

Los acontecimientos políticos que acababa de presenciar hacían dudar a Maquiavelo de las ideas defendidas por los humanistas. A partir de aquel momento asumía la separación radical de las relaciones entre ciudadanos y las relaciones entre Estados. El «arte del Estado» postulaba una dimensión independiente de la política internacional y las relaciones jurídicas y sociales entre individuos. La diferencia entre una dimensión y otra no ofrece duda: las relaciones entre individuos están sometidas a una estructura normativa sostenida por una fuerza autorizada a la que es posible apelar; las relaciones entre Estados carecen de esa estructura normativa y, por tanto, el elemento decisivo en ellas es la fuerza.

La fuerza, la capacidad organizada y sistemática de generar violencia, permite no solo defenderse de los enemigos, sino conservar a los amigos, aliados y súbditos. Se trata del elemento originario donde reposa la seguridad, pero también el derecho mismo del Estado, pues allí donde la vida

está en peligro, el derecho carece de todo sentido. Desde la lógica específica del Estado, hay que considerar como enemigo a todo aquel que pueda albergar la esperanza de arrebatarle lo que le pertenece sin resistencia posible. Esta equivalencia funciona también a la inversa: no hay ni puede haber obligación donde no se cuenta con fuerzas que aseguren la protección y el castigo de la desobediencia. Los hombres no pueden ni deben ser fieles siervos de aquel señor que ni puede defenderlos ni corregirlos.

Al identificar la fuerza como el lugar en que reside el poder, y que no es el ámbito de la ley ni la moral, la reflexión de Maquiavelo le otorgaba a la política un espacio de autonomía separado de la dimensión jurídica y ética. En ese espacio propio, la lógica que regía era la de la supervivencia y la realidad existencial del Estado. Maquiavelo estaba pensando lo político desde la lógica de la eficacia, y esta sería su brújula para siempre. La pregunta ahora era: ¿cómo puede hacerse la política eficaz?

Capítulo 2

CÓMO HACER EFICIENTE LA POLÍTICA: LA VIRTUD

A las órdenes del gobierno florentino, Maquiavelo conoció los Estados más poderosos de Europa y los más rutilantes gobernantes italianos. El contacto con la realidad del Estado moderno en formación le enseñó que la política eficiente es posible a través de lo que llamó *virtù*.

Para el joven de veintinueve años Nicolás Maquiavelo, perteneciente a una familia social y políticamente mal situada, pasar del anonimato al puesto de secretario de la Segunda Cancillería de Florencia —un cargo de gran relevancia que requería un buen manejo del arte epistolar y reservado para los hombres de letras— debió de significar haber franqueado el gran pórtico hacia el éxito y poder devolver el orgullo a los suyos. Aun así, era más una cuestión de prestigio que de riqueza efectiva. Su sueldo de 192 florines, del que había que deducir casi la mitad en impuestos, no era gran cosa. Lo importante era que el puesto le ofrecía la oportunidad de subir más alto y acceder a posiciones eminentes en la República.

La Primera Cancillería era la más importante, ya que se ocupaba de los asuntos y la correspondencia en latín con las potencias exteriores. La Segunda Cancillería trataba principalmente con los funcionarios y autoridades de las ciudades y territorios bajo dominio florentino. Su lengua de trabajo era el toscano e implicaba la redacción de informes descriptivos o valorativos sobre sucesos y estrategias de acción. Este

cargo sirvió a Maquiavelo para hacerse una idea de cuáles eran los problemas más acuciantes de Florencia.

A los pocos meses de desempeño, en julio de 1498, fue nombrado secretario del Consejo de los Diez de la Libertad y de la Paz, la magistratura que se ocupaba de las cuestiones militares. El nuevo cargo no le reportó más emolumentos, pero sí nuevos jefes y tareas. La República distinguía entre *oratori*, embajadores formalmente designados, y *mandatarii* (mandatarios), legados para misiones extraordinarias en ausencia de embajadores, cuyos mecanismos de elección eran muy lentos. Maquiavelo fue un mandatario al que le encomendaron continuas embajadas y comisiones. Aunque debía actuar agregado a un embajador, fue adquiriendo mayor libertad de acción, algo que no todos sus colegas vieron con buenos ojos.

Fue confirmado en su puesto en enero de 1500 y a partir de ahí fue reelegido año tras año hasta el regreso de los Medici en 1512. La ingente correspondencia oficial entre Maquiavelo y sus colaboradores, políticos y subordinados dan testimonio de catorce años de actividad incesante, a menudo en medio de fuertes tensiones. En un panorama de equilibrios políticos continuamente en entredicho, el secretario participó en una veintena de misiones que le reportaron una experiencia de la situación europea de primera mano y que afrontaría desde una perspectiva creativa. En seguida intuyó con lucidez que el hecho histórico no se agota en su entorno inmediato, sino que es motivo de reflexión mediante la comparación con el pasado y otros hechos del presente. En sus misivas no hacía solo una simple relación de los hechos, sino un análisis detallado.

En estos años, su obra se limitaría a unas pocas composiciones en verso y a los escritos oficiales de la Cancillería, entre los que destaca una serie de informes, los llamados «escri-

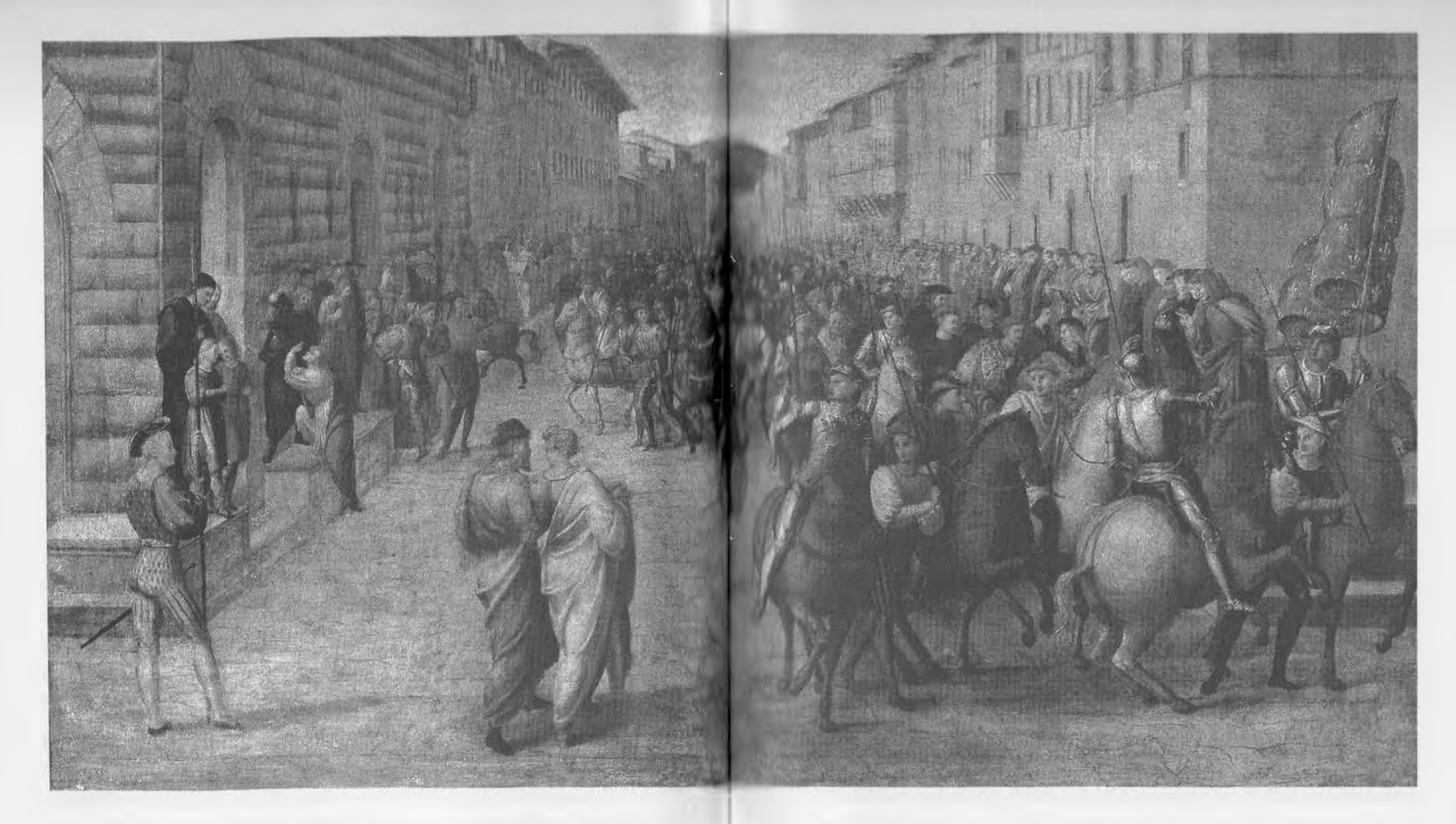
tos políticos menores», de resultas de sus embajadas. Estos textos tenían escasa ambición literaria, pero son de enorme interés, pues en ellos van perfilándose el paradigma político y el estilo típicamente maquiavelianos. El florentino tenía grandes dotes para descubrir la trascendencia política de cualquier fenómeno o acción humana, individual o colectiva.

LA ENSEÑANZA DE LAS COSAS

Cuando Maquiavelo accedió a la cancillería el problema fundamental de la política florentina era la recuperación de Pisa. Esta ciudad, de enorme importancia por su tamaño y su posición estratégica, se había rebelado en 1494 con ocasión de la invasión de Carlos VIII. La desaparición de Savonarola permitió concentrar las energías en recuperarla. No obstante, tras una serie de esfuerzos diplomáticos y militares, los florentinos no consiguieron su objetivo y comenzaron a generarse importantes disensiones en la ciudad.

Fue en este contexto en el que Maquiavelo redactó el primero de sus escritos políticos en prosa que se conservan: el *Discurso sobre Pisa*, en el que señala la inevitabilidad de la guerra. En él están ausentes todavía sus principios teóricos articulados, pero asoman varias de sus nociones: la voluntad de conseguir una percepción clara de la realidad, el estudio de las diferentes posibilidades teóricamente existentes y la defensa de la vía que ofrece la realidad de hecho. El uso de un esquema argumentativo basado en las alternativas disyuntivas, con exclusión de vías intermedias e intentos inútiles, será constante en el florentino.

Sobre Pisa, Maquiavelo opinaba que, ya que existía una situación de guerra entre ambos Estados, de la misma manera que hubiera podido existir la paz o incluso una alianza



LA DEBILIDAD DE FLORENCIA

En la correspondencia oficial con motivo del gran esfuerzo militar que realizó Florencia para recuperar Pisa, Maquiavelo expuso su opinión sobre la política de neutralidad tradicional en su ciudad. La política florentina, escribió, estaba basada en un desconocimiento del papel decisivo de la fuerza y de los riesgos que comporta la propia debilidad. Desde el primer momento aborreció este planteamiento, que llamaba la *via del mezzo*. En su opinión, lo que el gobierno florentino consideraba cautela no era más que la postergación de las decisiones hasta el límite de lo posible, mientras que la obsesión por permanecer al margen de los problemas para jugar a todas las bandas era simplemente contemporizar. El resultado era patente y doble: debilidad militar y desunión política. En la imagen, las tropas de Carlos VIII de Francia entrando en Florencia (1518), óleo de Francesco Granacci.

contra otra república, lo que importaba era hacer la guerra y ganarla. Pero no había que mezclar en ello los sentimientos, algo que solo reflejaba necedad o hipocresía. No compartía el odio popular por la ciudad enemiga, pues este es un sentimiento primitivo, rudimentario y grosero, indigno de una mente sutil y aguda. Consideraba que cada pueblo tiene sus particularidades, sus defectos, sus cualidades. La nación hoy aliada puede que mañana sea enemiga y que un adversario común nos ayude a vencerla. No había que permitir que las pasiones intervinieran en cuestiones tan complejas como las relaciones internacionales. La suprema inteligencia debía alejarse de ellas y combatirlas cada vez que se las encontrase.

La cuestión de Pisa ocupó a Maquiavelo con diferentes misiones de poca importancia, hasta que llegó su primera legación relevante: una embajada ante Caterina Sforza, condesa de Forlì, para negociar la renovación del contrato de su hijo como condotiero al servicio de Florencia. En su primera misión diplomática importante se enfrentó cara a cara con uno de los personajes más notables de la época, una mujer de gran coraje y belleza. Pero, después de varios días de regateo, la condesa se decantó por ofrecer sus servicios a Milán. La posición de Maquiavelo era débil porque su gobierno también lo era. ¿Por qué debería Caterina Sforza depositar su fe en un Estado que no tenía ningún triunfo militar o diplomático reciente del que pudiera jactarse? El gobierno de la República no estaba actuando con seriedad si solo le enviaba a un burócrata de nivel medio. Maquiavelo regresó a Florencia frustrado y humillado, pero más sabio acerca de los manejos del mundo. La dura realidad de la impotencia florentina, que se repitió muchas veces a lo largo de sus años de embajadas, marcó a fuego el desarrollo de sus teorías.

La guerra contra Pisa fue un desastre total. Las tropas mercenarias del condotiero Paolo Vitelli no se decidieron

a entrar en la ciudad, aunque estaba prácticamente rendida. Luego, las costosísimas tropas francesas y los mercenarios suizos cedidos por Luis XII de Francia protagonizaron un espectáculo de cobardía, indisciplina y amotinamiento del que Maquiavelo fue testigo presencial en el campo de operaciones. No solo no se recuperó Pisa, sino que el honor del rey y el prestigio de Francia quedaron en entredicho. Los florentinos pusieron término a la empresa de Pisa y se negaron a pagar a los mercenarios suizos.

El que ayuda a otro a tornarse poderoso se arruina a sí mismo.

El príncipe

Para defender sus razones, la República envió una embajada ante el rey francés, con Maquiavelo como adjunto. Durante seis meses, la legación siguió a la corte itinerante del monarca en su periplo por varias ciudades francesas. Aquella experiencia se plasmó en diferentes escritos del secretario, en los que afirmaba que las relaciones y alianzas entre Estados son papel mojado si detrás no hay un poder militar, político o económico que las respalde, porque todo lo demás son solo palabras. Cualquier apelación a la conciencia o a la justicia está condenada a fracasar cuando una de las partes tiene las manos alrededor de la garganta de la otra. Florencia ocupaba un lugar secundario en la política contemporánea por carecer de armas y de cohesión política.

Ahora bien, fue la comprensión de este hecho básico lo que sirvió a Maquiavelo para transformar en un éxito su difícil misión en Francia. No tenía sentido, advirtió, alegar que su caso era justo: debía demostrar que la débil ciudad-estado de Florencia y la poderosa nación-estado de Francia compartían necesariamente su destino. La debilidad de Florencia la convertía en la aliada más valiosa,

porque el poderoso reino de Francia no tenía que temer que la República se convirtiera en su rival y cuestionara su supremacía. En cambio, si apoyaban a Estados más poderosos, los franceses estarían sembrando el germen de su propia destrucción. Este ingenioso giro le hizo ganar el acuerdo: la República seguiría financiando las aventuras francesas en Italia a cambio de la protección de Francia contra sus enemigos.

En el verano de aquel año, de regreso a su ciudad, el ya experimentado mandatario Nicolás Maquiavelo desposó a Marietta di Luigi Corsini, que le daría cinco hijos: Primerana, Bernardo, Ludovico, Guido, Piero, Baccina y Totto. No obstante, su pasión siguió siendo su trabajo.

La fuerza y la sensatez

La inestabilidad interna y el progresivo aumento de las amenazas impulsaron un cambio de enorme relevancia en las instituciones florentinas. Hasta entonces, el gonfaloniero de justicia era el cargo de mayor poder ejecutivo, aunque compartía su soberanía con los restantes estamentos del gobierno y su poder estaba determinado por la rotación bimensual del cargo. Todas estas limitaciones, junto con las amenazas externas y las presiones de la oligarquía, hacían urgente la búsqueda de una mayor estabilidad y continuidad en la política exterior y, sobre todo, la reducción del poder del Gran Consejo, que actuaba como muro de contención para las aspiraciones oligárquicas. Por esos motivos, se propuso la creación de un gonfaloniero vitalicio, según el modelo del dux veneciano.

Fue elegido Piero Soderini, hermano de Francesco Soderini, un embajador con el que Maquiavelo había traba-

jado a menudo y que en breve se convertiría en cardenal. Por su amistad con Francesco, Maquiavelo pasó a ser rápidamente el hombre de confianza del gonfaloniero. Resulta difícil precisar hasta qué punto los hermanos Soderini lo utilizaron para objetivos partidistas o si fue Maquiavelo el inspirador de su política, pero lo cierto es que muchos percibieron un vínculo personal e ideológico demasiado estrecho entre ellos. Aunque la institución del gonfaloniero a perpetuidad se ajustaba a las necesidades de la oligarquía, que buscaba un diseño constitucional semejante al veneciano, resultó que, una vez en el poder, Soderini no avanzó en esa dirección. De hecho, se fue distanciando de la aristocracia y apoyándose en personas de origen modesto, como el secretario Nicolás Maquiavelo.

El primer gran problema al que tuvo que enfrentarse Piero Soderini fue solucionar la crisis financiera de la ciudad. Las campañas todavía en curso y las amenazas exteriores hacían necesario un ejército eficaz y operativo y, en consecuencia, un aumento de los ingresos. La única solución era una subida de impuestos, a la que se resistían muchos florentinos con derecho a voto que poblaban las altas magistraturas. En defensa de la idea del ejército propio, que quizás incluso puede atribuírsele, Nicolás Maquiavelo redactó un texto breve pero intenso, en el que se hallan algunas constantes de su obra: el *Discurso sobre la provisión de dinero*. En su opinión, los florentinos habían demostrado sensatez creando un gonfaloniero perpetuo. Ahora hacía falta proporcionarle armas. El proyecto de la milicia ciudadana se abrió camino, pero desencadenó las suspicacias del partido oligárquico, que empezaba a preguntarse si el gonfaloniero perpetuo no sería en realidad el primer paso para la instauración de un régimen principesco o popular.

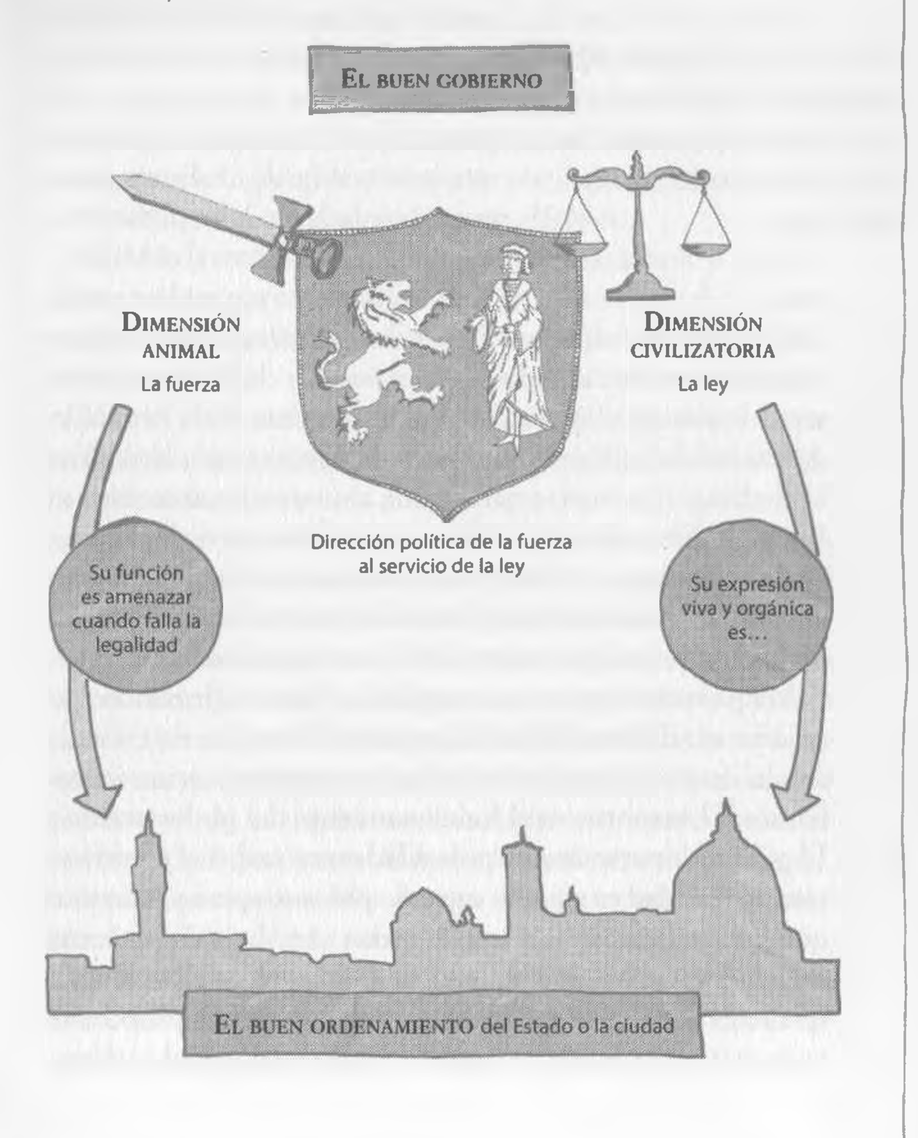
EL BUEN ORDENAMIENTO Y EL BUEN GOBIERNO

La importancia del *Discurso sobre la provisión de dinero* radica en que Maquiavelo procede a la defensa de una acción concreta y real empleando una formulación teórica universal en la que los acontecimientos políticos sugieren una teoría rica y estructurada. Su propósito es convencer con la inapelabilidad de su razonamiento, y para ello presenta un principio fundamental de la política: la vida y la seguridad del Estado dependen de la conjunción de «prudencia» y «fuerzas» o armas. Por prudencia entiende la sabiduría política, pero también su expresión viva y orgánica, es decir, el ordenamiento institucional. En cuanto a armas, se refiere particularmente a armas propias, imprescindibles para la supervivencia del Estado, porque los amigos y enemigos exteriores se definen en virtud de la incapacidad o capacidad de ocupar el propio Estado y porque la fidelidad de los súbditos solo es justificable cuando el Estado está en condiciones, por sus armas, de garantizar su seguridad.

Dosificar la violencia

Es erróneo y suicida pensar que la seguridad está garantizada por la protección armada de otro Estado, pues todos los Estados son enemigos potenciales y solo las propias armas pueden dar garantías de respeto. Maquiavelo no solo exige la presencia de prudencia y armas, sino que asume la unidad indisoluble de ambas y por tanto la dirección política y estatal de la fuerza. Cuando la autoridad, el prestigio y cualquier poder amparado por la legalidad o la tradición fallan debido a su debilidad, la fuerza armada del Estado es el elemento privilegiado encargado de imponerlos, recomponerlos o destruirlos. Ahora bien, aunque la violencia está en la base de la fundación del Estado, la sensatez indica que es un recurso tan efectivo —o incluso más— por su carácter de amenaza que por su uso real, ya que este implica un enorme desgaste para quien lo utiliza. Conviene una economía en su uso que tienda a su conservación, más que a su consumo. El florentino recomienda dosificar la violencia, utilizarla solo en casos extraordinarios en los que la legalidad no tiene efecto alguno. En caso de tener que

desencadenar una respuesta violenta, esta debe ser siempre de la máxima intensidad, pero de la mayor brevedad posible. En cualquier caso, Maquiavelo no anula el aspecto legal y normativo, sino al contrario. Sostiene claramente que el hombre tiene dos formas de afirmarse: por la ley, lo que es propio de la civilización, o por la fuerza, lo que cae dentro de la dimensión animal.



La verdad efectiva

El *Discurso sobre la provisión de dinero* conduce a otra de las líneas maestras del pensamiento maquiaveliano. El texto renuncia a refugiarse detrás de instancias morales o jurídicas que permitan la redención última de los elementos poco amables de la política. Las reflexiones que contiene quieren ante todo ser aplicables o útiles, y para ello pretenden ser realistas. Y aunque esta pretensión de realismo no es una novedad, ya que puede rastrearse en Herodoto, Tucídides o Polibio, presenta sin embargo una diferencia crucial: lo que entre los historiadores griegos y latinos se mantenía todavía en el ámbito de la descripción, con Maquiavelo logra infiltrarse en la esfera de la propia legitimidad del discurso. Después de Maquiavelo, la política será eficaz o no será, estará ligada sin remedio al ámbito de lo viable. Sin apelar a la eficacia, la política no es legítima, y no lo es porque, a diferencia de la ética o la religión, se trata de una actividad pública por esencia, sin valor en el ámbito de las intenciones, la voluntad o la subjetividad.

> Muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente.
>
> *El príncipe*

Maquiavelo expresa su apego a la eficacia afirmando que se debe «ir directamente a la verdad efectiva [*verità effettuale*] del asunto, dejando de un lado su representación imaginaria». El «asunto» es el funcionamiento del poder político. El pensador parte de una polaridad entre realidad y apariencias: la realidad es aquello captado por unos pocos, mientras que las apariencias son lo que todos ven. La quiebra entre realidad y apariencia instaura una desconfianza generalizada que se extiende a la interpretación de los hechos proporcionada por la tradición, porque la visión tradicional está me-

diatizada, entre otros elementos, por la adulación o el miedo a los vencedores de cada momento histórico. Con esta separación, Maquiavelo establece una ruptura en la identificación entre poder y legitimidad, entre comportamiento político y opinión pública. El gobernante poderoso no es automáticamente bueno y justo, sino que en todo caso está en posición de forzar su legitimidad. Ni aquel que practique la bondad y la justicia obtendrá necesariamente el poder. Pero el pensador precisa que esta ruptura no se da porque los dirigentes políticos sean usurpadores o manipuladores, sino porque la propia naturaleza vertical del Estado y las necesidades del poder instauran esa escisión.

Se suele presentar a Maquiavelo como el maestro del realismo político, pero hay que tener en cuenta que el realismo es inherente a todo discurso político, puesto que no hay pensamiento político que renuncie a ser útil. Así, a menudo se califica el realismo maquiaveliano con más precisión como pesimismo, un pesimismo antropológico. Para el florentino, la naturaleza humana es ambiciosa y tiende al egoísmo. El que quiere proporcionar leyes al Estado, dice, «debe suponer a todos los hombres malos». Por esos motivos, el Estado es una entidad abocada al conflicto externo e interno. El conflicto externo es inevitable porque todo Estado percibe como enemigo suyo a cualquier otro con fuerza suficiente para actuar contra él con impunidad. El conflicto interno es un elemento intrínseco a la vida en sociedad, un elemento estructural de cualquier sociedad históricamente dada. El pueblo desea que los notables no le dominen ni le opriman, mientras que los notables desean dominar y oprimir al pueblo. Las relaciones de poder tienen por definición un carácter jerárquico, y este implica desigualdad política y asimetría entre gobernantes y gobernados. He ahí la distancia entre poder y opinión pública.

En suma, el pensador está convencido de la necesidad de aceptar que es imposible hallar propuestas perfectas o soluciones sin inconvenientes. Toda opción que se adopte implica sacrificar otras opciones. Hay que aceptar el mal menor. La política no puede instalarse en un mundo maravilloso e ideal. Es necesario conocer lo que el filósofo denomina «la vía del infierno», aunque sea para evitarla. Pero nunca debe olvidarse que elegir el mal menor es en el fondo «asumir el mal» como la carga obligada de la política.

Mísera Italia

Todo el pensamiento maquiaveliano está impregnado del momento histórico que vivían los Estados italianos de la época: la profunda crisis que convertía Italia en el teatro de operaciones de la lucha por la hegemonía europea entre España y Francia. Maquiavelo anhelaba liberar Italia del «dominio bárbaro». No era un buen momento para nacer en Italia, decía, pues «en los tiempos actuales nada compensa de tan gran miseria, infamia y vituperio; porque ni se practica la religión, ni se cumplen las leyes, ni se observa la ordenanza militar; manchando todas las conciencias de los vicios más repugnantes».

La idea de la «mísera Italia» y la exhortación a liberarse de los bárbaros era un tópico que los políticos italianos usaban de modo recurrente desde los tiempos de Petrarca para justificar cualquier guerra, alianza o infidelidad. No obstante, en el caso de Maquiavelo, el dominio extranjero era el problema por excelencia sobre el que había que reflexionar y al que había que encontrar remedio. La obra del florentino en su conjunto puede entenderse como un completo cuadro clínico de la decadencia italiana con el propósito de la curación.

En su opinión, la causa inmediata del declive se situaba en los sesenta años de la Paz del Lodi (1434-1494). Este período predispuso a los italianos a la comodidad y les hizo olvidar la necesidad de la acción y la comprensión de la guerra, cuestiones que dejaron en manos de ejércitos mercenarios y de potencias extranjeras. En aquellos años de paz se había ahogado el amor a la patria de los capitanes y los ciudadanos. Con su cultura sofisticada y autocomplaciente, la élite política e intelectual había favorecido el ocio, que era la condición primera para la ruina, porque debilitaba las virtudes militares y cívicas, y por extensión, los sacrificios que estas requerían. Las consecuencias habían sido la ineptitud y la miopía de los líderes políticos, la acción de freno por parte del papado en la creación de un Estado italiano fuerte, la excesiva riqueza de los ciudadanos privados y la pobreza de lo público.

En su reflexión, el pensador usaba ya la comparación histórica, con la antigua Roma a modo de espejo. Observó que se repetían los motivos de la decadencia de aquella. Para él, la destrucción de la República tuvo dos causas particulares: en primer lugar, la promulgación de las leyes agrarias, que propiciaron un desequilibrio social y la consiguiente lucha de clases y de facciones que nutrió a personajes como Julio César. El conflicto había sido un elemento positivo en los primeros tiempos de Roma, pero la lucha de facciones hizo que la legislación, los honores y los cargos públicos se redujeran a un elemento estratégico de esta lucha. En segundo lugar, la excesiva y rápida expansión territorial imposibilitó un gobierno apropiado de colonias y provincias y significó la prolongación de los cargos militares, que aumentaron su poder granjeándose la lealtad personal de sus ejércitos. En opinión de Maquiavelo, hubo más causas de la ruina romana que ahora tenían su correlato, como la corrupción de la mo-

ralidad por influencia de las culturas conquistadas y sobre todo la corrupción de la religión.

Maquiavelo no se limitaba a analizar la coyuntura política desde una explicación simple, sino desde una pluralidad de causas inmediatas que se combinaban con causas más genéricas y no específicamente políticas. La excepcionalidad del momento que vivía le permitía pensar lo político en su condición más radical, como el problema mismo de la realidad existencial del Estado. De ese modo, la reflexión sobre la crisis de Italia le permitiría pensar, con el modelo constante de la República romana y el Imperio, sobre la fundación, la crisis y la destrucción de los Estados en general.

Para el florentino, en Italia no existía ningún Estado digno de ser admirado por completo, sin reservas. Aunque escudriñaba en sus viajes impaciente por descubrir la forma de gobierno ideal, no lograba encontrarla a su alrededor. Comprendía con claridad que el principal problema era la división del territorio en una multitud de Estados, ninguno de los cuales funcionaba por entero. Italia era un caos. Ahora bien, del caos se creó el universo. Por lo tanto, parecía posible sustituir aquella desorganización profunda, aquella confusión íntima de los pueblos y los individuos, por un orden.

EN BUSCA DE UN PRÍNCIPE

Al principio de la crisis de Pisa, cuando el primer condotiero contratado por Florencia, Paolo Vitelli, fracasó a la hora de tomar la ciudad, la Señoría envió a Maquiavelo al campo de batalla para saber por qué la guerra no avanzaba. Aquella fue la primera vez que Maquiavelo abandonaba su despacho para vivir de cerca el tumulto de la guerra. Estudió las fortificaciones y las maniobras de los regimientos

y se instruyó en un arte del que hasta entonces solo conocía lo que decían los libros. Pero lo que más le interesaba era conocer a los hermanos Vitelli, Paolo y Vitelozzo. Pretendía analizar sin prisas el curioso mecanismo psicológico de la mente de un condotiero italiano de su tiempo. Andaba buscando un líder cuyos pasos pudieran ser guiados mediante el consejo adecuado.

Se sintió decepcionado desde su primer contacto con Paolo Vitelli, un aventurero como los demás que no jugaba limpio. El condotiero solo pensaba en sacar a Florencia la mayor cantidad de dinero posible y dirigía con negligencia una guerra que no le interesaba particulamente. El secretario reunió pruebas de su comportamiento e informó a la Señoría, que ordenó detenerlo. Vitelli fue condenado a muerte y ejecutado por un tribunal florentino bajo la acusación de traición sin que ninguno de sus hombres se opusiera. Este suceso da buena muestra de las extrañas y peligrosas relaciones de los condotieros con las ciudades que les pagaban.

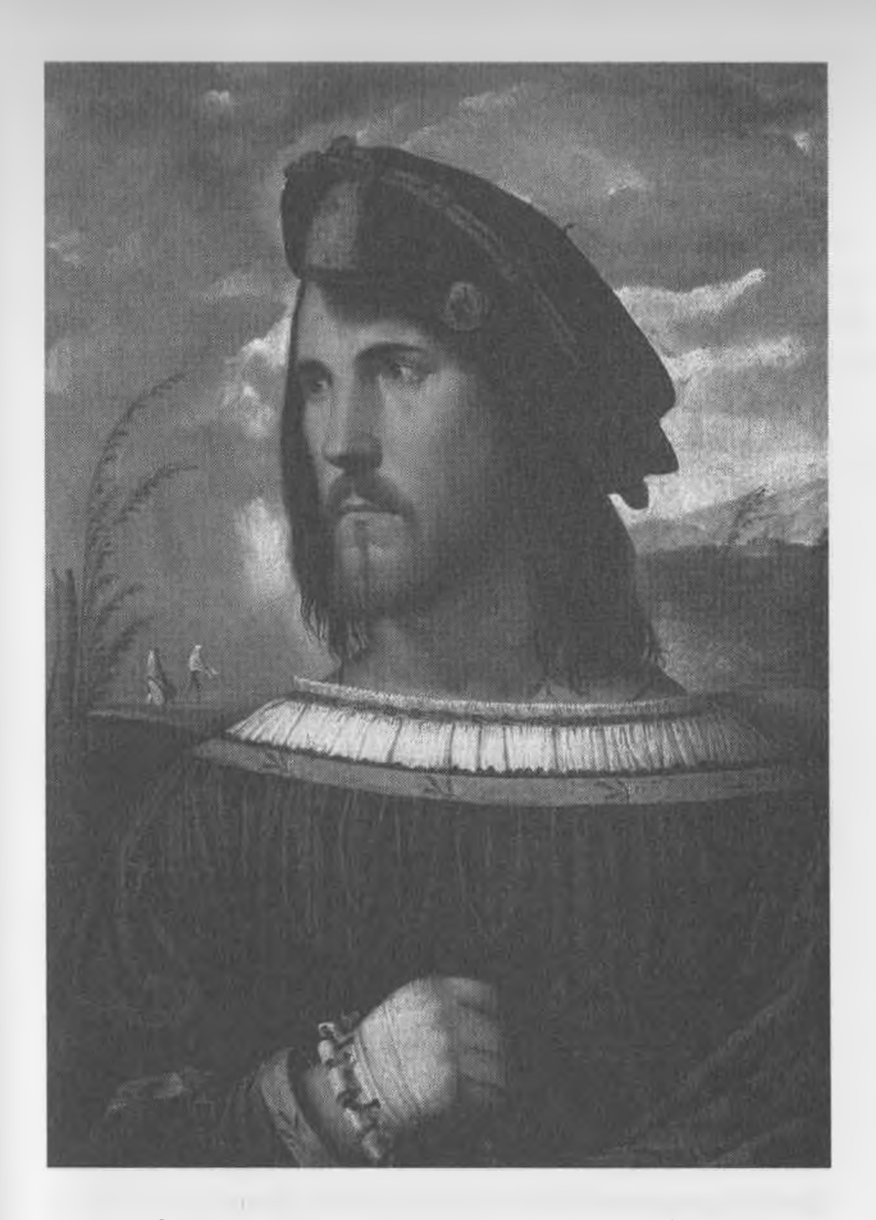
En el verano de 1501, después de la ejecución de Paolo Vitelli, una grave y creciente amenaza se cernió sobre Florencia: era César Borgia, capitán general de los Estados Pontificios, duque de Valentinois (de ahí su apodo «el Valentino») e hijo del papa Alejandro VI, es decir, de Rodrigo Borgia. César era el ejecutor del proyecto paterno de forjar un Estado familiar bajo la apariencia de recuperar para la Iglesia los territorios pontificios ocupados por señores locales. Contaba con el apoyo político y militar de Luis XII de Francia, que tenía obligaciones hacia el papa porque este le había anulado un matrimonio. En un tiempo récord, César había limpiado el Adriático de señores más o menos legítimos y había ocupado sucesivamente importantes ciudades de la región italiana de la Romaña. Bajo la batuta de su padre, pretendía crear un fuerte Estado en el centro de Italia,

lo que suponía una muy seria amenaza para Florencia. Su fuerza militar resultaba apabullante frente a la debilidad militar florentina. Los Borgia contaban con las tropas de los señores feudales de la Iglesia, los Orsini y los Vitelli, que tenían todos los motivos para odiar a Florencia. El peligro se agravaba por la desunión política de la ciudad del Arno, que favorecía la posibilidad de un acuerdo entre los Borgia, los Medici y los sectores descontentos de la nobleza florentina.

La fugaz estrella del primer príncipe

Cuando César Borgia saqueó el territorio florentino y Vitelozzo Vitelli se alió con Piero de Medici para sublevar territorios bajo dominio de Florencia, la ciudad entró bajo los efectos de la «*grande paura*». En sus calles solo se hablaba del conquistador. Los florentinos tenían dos posiciones al respecto: quienes opinaban que se trataba de un fenómeno pasajero que desaparecería con la muerte del papa y quienes veían en él una figura política ascendente, capaz y hábil. Maquiavelo se encontraba entre estos últimos. Venía siguiendo con tanta preocupación como interés su trayectoria por el peligro que representaba, pero también por su atención teórica hacia personajes cuya práctica estuviera de acuerdo con su idea de la acción política. Se esforzaba por entender al personaje por cierta simpatía intelectual y, a la vez, porque la debilidad de Florencia como Estado convertía en urgente la necesidad de definir la política más correcta para su supervivencia.

En esta situación, César y Alejandro VI solicitaron que Florencia enviara mandatarios para debatir la situación de la ciudad. En junio de 1502, los florentinos encargaron la delicada misión al cardenal Francesco Soderini y a Nicolás Maquiavelo. El Valentino exigía a la ciudad una mutación de



Hijo de una famosa cortesana romana, Vanozza Cattanei, y de Alejandro VI, César Borgia (1475-1507) se convirtió en el instrumento tanto de las ambiciones políticas de su familia como de la suya propia. Este personaje magnífico, atrevido, inteligente, apasionado, y de aspecto noble y seductor, cuya personalidad supo capturar el pintor Altobello Melone en el cuadro que puede verse en la Accademia Carrara de Bérgamo, fue el que sedujo a Maquiavelo cuando andaba en busca de su príncipe.

carácter oligárquico, pero la presión de Francia, con la llegada de sus tropas, rebajó sus exigencias. Fue justamente Maquiavelo el encargado de supervisar la recuperación de los territorios arrebatados, un proceso durante el cual plasmó en despachos e informes sus consideraciones sobre el personaje.

Maquiavelo expresaba admiración y reconocimiento ante las dotes políticas de César. Su audacia le llevaba a ejecutar rápidamente sus decisiones, pero también era astuto y tenía una conciencia clara de la situación y de la necesidad de «armarse», con lo que Maquiavelo quería decir que buscaba continuamente una posición de fuerza. Sobre todo, el mandatario no podía estar más de acuerdo con rasgos del duque que eran contrarios a la actitud política florentina y que él creía muy importantes, como la animadversión ante las vacilaciones, la indecisión y la neutralidad. A estas cualidades, observó el pensador, les aparecía ligado un elemento imponderable aunque esencial: el favor de la fortuna.

Tras la toma de Urbino, que César acometió despojando de su Estado al que hasta entonces había sido un aliado suyo, sus lugartenientes empezaron a desconfiar de él y a temer que les esperara la misma suerte. Conscientes de que el ascenso del Borgia representaba su propia ruina, conspiraron en su contra «para no ser devorados uno a uno por el dragón». Entonces César cambió las amenazas a Florencia por la cordialidad. Soderini volvió a enviarle a Maquiavelo, quien permaneció varios meses junto al duque, acompañándole por diversas ciudades, para negociar una posible alianza. La posición de Florencia consistió, como siempre, en contemporizar sin comprometerse de modo demasiado claro.

En esa ocasión, el florentino se encontró con un César Borgia en una situación muy distinta, «ante una guerra inminente y desarmado», pero dispuesto a hacerle frente. Ambos estaban de acuerdo en que, con el papa y Francia de su lado,

no tenía nada que temer. No se equivocaban. En invierno César convenció a los rebeldes de que quería reconciliarse con ellos y los invitó a una reunión para negociar un arreglo satisfactorio para todos. Acudieron los Orsini, Oliverotto da Fermo y Vitelozzo Vitelli. Era una trampa mortal. Los apresó y los hizo ejecutar. El episodio conmocionó a todas las cortes italianas.

Es una ingenuidad creer que las promesas hechas por otros han de ser más sólidas de lo que han sido las nuestras.

LEGACIÓN 13, MISIÓN OFICIAL A LA CORTE DE ROMA, 4-11-1503

Maquiavelo narró los hechos en un texto que por momentos parece realzar el crimen y que contribuiría por ello a su mala fama: *Modo que tuvo el duque Valentino para matar a Vitellozzo VItelli, Oliverotto da Fermo, el señor Paolo y al duque de Gravina Orsini.* En él parece maravillarse ante la astucia y el recurso al engaño de César, ante su capacidad de aprendizaje de los propios errores, su sentido de la oportunidad y su hábil uso del momento preciso. Destaca también, sin juzgarle, su voluntad decidida de ejecutar la perfidia, la traición necesaria políticamente. Ese César Borgia aparece ante sus ojos como un tipo diferente de príncipe, consciente de los riesgos de su posición y decidido a hacer todo lo necesario para mantenerse en ella.

En su análisis, el florentino se detiene a reflexionar sobre aquel nuevo elemento que había identificado al conocer al personaje: la fortuna. Constata que el ejercicio de la política se desarrolla en el marco de una realidad peligrosa en perpetuo cambio, marcada por el riesgo: el mundo de la «fortuna». La buena fortuna de César Borgia se evidencia como el resultado de su acción sabia y decidida, de su competencia y decisión. El Valentino no había retrocedido ante lo necesario, sino que había aprovechado toda oportunidad, y eso le había valido para aprovechar la ocasión brindada por la fortuna. Por tanto,

su habilidad se había manifestado por su capacidad para domar la fortuna, que así dejaba de ser una voluntad inexorable y ajena al hombre, para convertirse simplemente en la realidad cambiante y llena de riesgos que es la política.

Al mismo tiempo, el proceder de César suponía un ejemplo problemático de lo que ya había intuido Maquiavelo: la necesidad inevitable del mal en la política, la aguda percepción de que la traición y el crimen pueden ser, y de hecho son, inevitables. La integración del mal necesario en la vida es un componente fundamental de la virtud y la sabiduría políticas. El florentino lo constataba con tanto reconocimiento intelectual como estupor moral, es decir, con el sentimiento de una escisión de lo humano. La virtud de César Borgia, el «príncipe nuevo», como domador de la fortuna dejaba por resolver el doloroso problema de la fractura entre política y ética.

Aún se encontraría Maquiavelo una vez más con César Borgia. En agosto de 1503 murió Alejandro VI y César, él mismo enfermo, comenzó su caída en desgracia. La elección del nuevo papa sería decisiva para la política italiana, con España y Francia enfrentadas en Nápoles y el Estado de los Borgia en plena descomposición. La situación del duque era aún más difícil que en la anterior ocasión y sus posibilidades dependían de que el nuevo papa le fuera favorable. El gobierno florentino envió a Maquiavelo a Roma para tratar de evitar que los acontecimientos perjudicaran a Florencia.

Esta legación fue dramática para el mandatario. César era un hombre muy distinto, incapaz de hacer frente a lo sucedido. Ya no reaccionaba con el cálculo, la previsión y el trazado de un plan de acción, sino con la ira de la impotencia y el desbordamiento ante los hechos. Maquiavelo tuvo claro que, a sus breves veintiocho años, el duque estaba definitivamente perdido.

Del cónclave salió elegido Julio II (1443-1513), enemigo declarado de los Borgia, con el apoyo del propio César, a quien el pretendiente había prometido un ducado y la capitanía de las tropas papales. Maquiavelo fue testigo presencial de los acontecimientos y de la ingenuidad de César, a quien le costó la posición, ya que, a los pocos días, fue arrestado y enviado a prisión. Florencia se libraba así de un poderoso y peligroso enemigo y Maquiavelo perdía su «príncipe nuevo», porque ahora le parecía que César no estaba a la altura de la imagen que se había hecho de él. Si la experiencia anterior le había mostrado una virtud poderosa, capaz de someter la marejada de la política, es decir, el mundo de la fortuna, ahora, a la luz del triste hundimiento del Valentino, se planteaba el problema de nuevo: ¿puede la virtud imponerse permanentemente a la fortuna, ese océano mudable y arriesgado?

El buen ordenamiento

Después de expulsar de Italia a César Borgia, a quien devolvió a los españoles, Julio II emprendió la empresa de recuperar los territorios que el papado había perdido durante los últimos conflictos. Como mandatario, Maquiavelo recibió el encargo de ir siguiendo a sus huestes para intentar mantener a Florencia al margen de las hostilidades. En esta misión descubriría que el papa parecía más un príncipe que el representante de Dios en la Tierra. Por su carácter guerrero, político, estratega, maquinador y de tendencias absolutistas sería conocido como «el gladiador de la Iglesia».

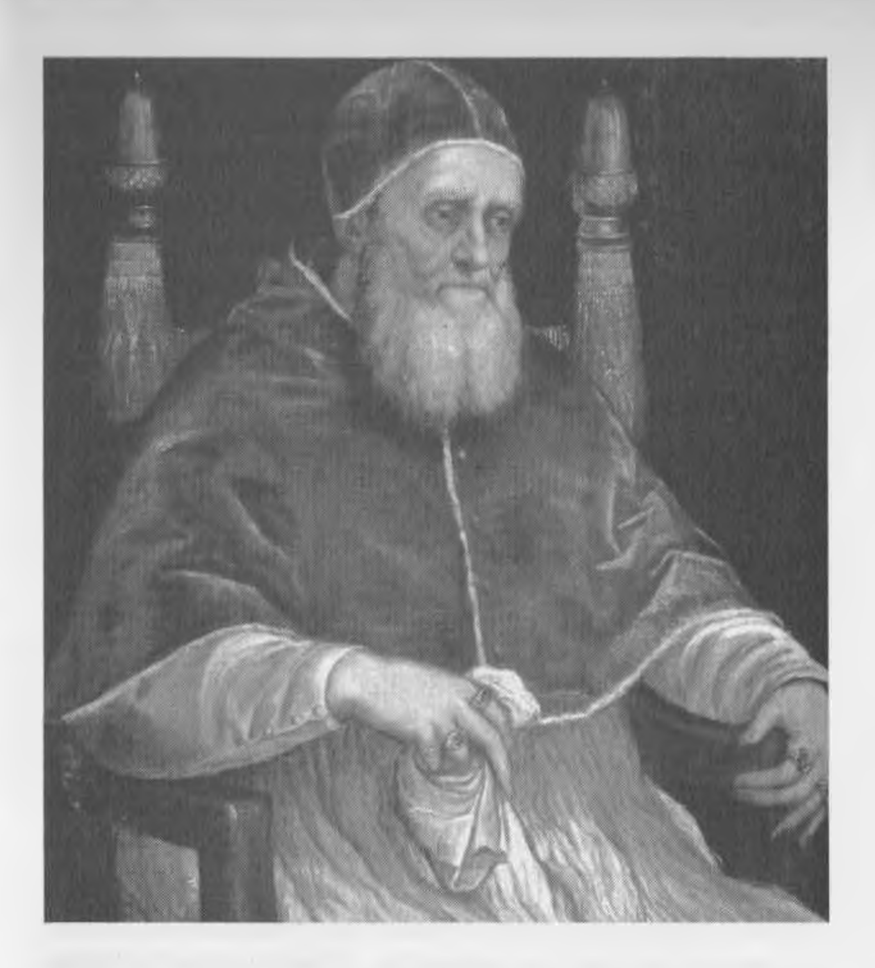
En Perusa, Julio II decidió entrar de manera temeraria sin apenas tropas. El señor de la ciudad mostró una sorprendente cobardía y no ejerció fuerza alguna contra quien había acudido a privarle de su ciudad. Este episodio dejó perplejo

a Maquiavelo. Era el triunfo, contra todo pronóstico razonable, de un hombre impetuoso y decidido, desarmado ante un enemigo que era extremadamente peligroso porque se enfrentaba a una necesidad extrema. Suponía una victoria de la decisión y la audacia inconcebible desde el punto de vista de la prudencia y el cálculo meticuloso.

A su regreso, Maquiavelo fue enviado en diferentes legaciones ante el emperador Maximiliano I de Austria, que quería recuperar sus derechos en Italia, y ante Luis XII de Francia, en pugna constante con el papa. Estas misiones le proporcionaron la oportunidad de examinar de cerca el funcionamiento interno de los grandes centros de poder europeos.

En Alemania comprendió que la impotencia de la política exterior de Maximiliano tenía dos motivos. En primer lugar la naturaleza misma del emperador, lastrada por su liberalidad con el dinero y su gran influenciabilidad. En segundo lugar, por una cuestión estructural básica: la desunión alemana. El imperio estaba desintegrado en múltiples centros de fuerza (los suizos, la nobleza, las ciudades) enfrentadas con el emperador y entre sí. La enorme energía imperial se disipaba por la falta de confluencia en un centro unitario del poder.

En Francia sucedía exactamente lo contrario. La raíz de la fuerza de la monarquía francesa era un vastísimo dominio territorial unificado en la persona del soberano, con un ordenamiento económico y político que concentraba en el monarca toda la energía del reino hacia una política exterior expansiva y de fuerza. Toda la historia francesa mostraba una decidida orientación hacia la unidad frente a la dispersión, como manifestaba no solo la normativa de sucesión a la Corona, sino en general el sistema de herencia que entregaba los bienes al primogénito evitando la fragmentación. El monarca era reconocido como el más poderoso señor de Francia por todos los estamentos, y especialmente por los



LOS PAPAS, JEFES DE ESTADO DECISIVOS

El Renacimiento fue un período de auge del poder temporal del papa, cuyo origen se encontraba en la supuesta donación de Constantino I (272-337) y la de Pipino el Breve (751-768), de las cuales había resultado la creación de los Estados Pontificios. Algunos papas, como Alejandro VI y Julio II (que aparece en la ilustración), actuaron más como jefes de Estado preocupados principalmente por el poder político que como cabezas de la Iglesia, de modo que su actitud guerrera y vida inmoral fue despojando al papado de su autoridad espiritual. Para Maquiavelo, el poder papal era uno de los frenos principales para la unificación de Italia.

grandes señores feudales, que pasaban a convertirse en factor de unidad y multiplicador del poder real.

El estudio de estas dos grandes potencias mostró a Maquiavelo la realidad del Estado moderno en formación, frente a la atomización de los Estados tradicionales italianos. Y esta realidad era que existe una línea indisociable que une la política exterior de un Estado con su ordenamiento político interno. Es decir, que su capacidad de acción exterior está directamente relacionada con la eficacia de su orden político-militar interno. Este *ordine*, según la expresión maquiaveliana, lo establece la figura del legislador y emana de él de modo natural.

A la hora de formular su veredicto sobre los caudillos y hombres de gobierno con los que se encontraba, Maquiavelo llegó a la conclusión de que había una simple lección fundamental que habían aprendido mal, y como resultado, o bien habían fracasado en sus empresas o habían tenido éxito más por suerte que por un análisis político correcto. La debilidad básica de todos ellos era una inflexibilidad fatal ante las circunstancias cambiantes. César Borgia confiaba excesivamente en sí mismo; Maximiliano era demasiado dubitativo y prudente; Julio II, impetuoso y sobrexcitado. Todos ellos habrían tenido más éxito si hubieran intentado acomodar sus personalidades a las exigencias de los tiempos, en lugar de querer reformar su tiempo según sus personalidades. Sin embargo, ¿cómo culparles? El hombre no puede ir contra su naturaleza, y a menudo la naturaleza del hombre lo empuja a mantenerse inquebrantable en su modo de proceder.

La *virtù* maquiavélica

En los textos denominados *ghiribizzi* (fantasías o divagaciones), Maquiavelo da forma definitiva a su concepto de for-

tuna redefiniéndola como la condición de los tiempos. La relación entre virtud y fortuna depende del *riscontro*, esto es, de la armonía, la adecuación del comportamiento de los hombres a la condición de los tiempos en movimiento. Para producirse la buena fortuna, es decir, para que el hombre domine la estructura y situación objetiva de las cosas en su devenir, es necesaria una determinada forma de actuación que debe emanar de la naturaleza particular del sujeto. La respuesta favorable del individuo ante la disposición cambiante de la realidad no depende únicamente de su sensatez y de su «visión», sino también, y sobre todo, de su naturaleza peculiar y del modo de actuar que esta produce espontáneamente. Si su naturaleza está en armonía con lo que las circunstancias exigen, conseguirá el éxito. En caso contrario, se estrellará contra la realidad.

Dicho de otro modo, si la naturaleza del sujeto es flexible y está en armonía con la condición de los tiempos, al mutar la fortuna y seguir el sujeto apegado a su modo de proceder, ambos prosperan, y seguirán haciéndolo siempre y todas las veces, mientras ambos concuerden. Será así porque ambos mutan juntos en la misma dirección, aunque el sujeto cree que se mantiene firme, que es fiel a su naturaleza. He ahí el *riscontro* maquiaveliano.

Como se ve, no es un enfoque demasiado optimista. Maquiavelo no solo grava al hombre con la cortedad de su vista, sino también con la carga insoslayable de su propia naturaleza, de cuyo fracaso no puede escapar si está en desacuerdo con la condición de los tiempos; pues, incluso en caso de acuerdo, puede resultar incapaz de acomodarse a los cambios. El éxito es transitorio, fugaz, pues el hecho de que un hombre sepa reaccionar en un momento determinado no asegura que sepa hacerlo por segunda vez ante la evolución de las circunstancias. La naturaleza humana no tiene



UNA DIOSA VOLUBLE Y TRAICIONERA

En la Antigüedad, se consideraba que la fortuna era una diosa demasiado arbitraria y caprichosa como para fiarse de ella. Durante la Edad Media pasó a ser una fuerza ciega, que acabaría ligándose a la idea cristiana de la Providencia. En la *Divina comedia*, Dante la muestra desde la perspectiva teológica, como ministra general de Dios. En el Renacimiento, recuperó su condición femenina y antojadiza, favorable al hombre con *virtù*. En principio, la actitud de Maquiavelo no difiere en exceso de la de sus contemporáneos cuando considera que el hombre como sujeto libre es artífice de su propia fortuna, al menos en parte, pero como sujeto con limitaciones está subordinado a la «fuerza de las cosas». Hay una fortuna de la que el hombre es artífice y otra que continúa trascendiendo su fuerza, que podría llamarse la «fuerza de los acontecimientos». En la imagen, alegoría de la Fortuna en uno de los grabados del *Thesaurus philo-politicus* (1623-1631) de Daniel Meisner.

la versatilidad de la fortuna. Con esta idea, el florentino se opone a la tradición humanista y platónica, que insistía en la capacidad del hombre de forjarse a sí mismo y dominar el cosmos. Maquiavelo está convencido de que es imposible la acción virtuosa absoluta en que confían los idealistas.

> Por eso es preciso tomarla [la fortuna] como estrella / y, cuanto nos sea posible, en cada hora / acomodarse a las variaciones de ella.
>
> CAPÍTULO DE FORTUNA

Ahora bien, este yugo no debe conducir a una resignación pasiva. A pesar de los límites humanos, Maquiavelo afirma como postulado la voluntad de acción, el primado de la decisión y de la audacia. Contra la pasividad resignada, opone la conducta que violenta los tiempos sin descanso, el propósito de «cambiar con los tiempos», de «reconquistar con otra manera de actuar» a la fortuna que «se ha cansado». La armonía-desarmonía del sujeto con la condición de los tiempos es un proceso permanente que valida si la práctica es efectivamente virtuosa o no lo es. Hasta ser superado y vencido, no hay que renunciar jamás. Como la fortuna camina por senderos desconocidos, siempre hay un motivo para la esperanza, y en esta esperanza el hombre no debe cejar, sea cual sea su suerte o desgracia.

De modo genérico, puede decirse que la *virtù* maquiaveliana es el reverso de la virtud medieval cristiana, cultivada en el monasterio por la vida contemplativa. Es el contrapunto del ocio: acción, actividad, energía, dinamismo. Es voluntad, pero también conocimiento, suficiencia y astucia, una compleja aleación de acción y técnica en poder de un individuo. Para Maquiavelo, la única virtud es la disposición de hacer siempre y sin descanso lo que la necesidad exige para alcanzar fines más altos, sin considerar mala o virtuosa la acción resultante.

Si el medievo cristiano había elaborado el concepto de la virtud moral, de la virtud contemplativa que solo mira al cielo, que identifica toda política temporal con el temor de Dios, el Renacimiento maquiaveliano elaboró el otro concepto de la virtud técnica, de la virtud activa que identifica la bondad de cada acción con la bondad de la astucia de los medios con los que tal acción se lleva a cabo. Una acción es buena si es técnicamente exacta y coherente consigo misma. Los hombres virtuosos son los que actúan con una precisa valoración de los propios medios y con la adecuada conjunción de voluntades y esfuerzos.

La *virtù* de Maquiavelo es un conjunto de cualidades que permite al hombre virtuoso estar en cada momento a la altura de las circunstancias cambiantes. Un conjunto de dotes excepcionales pero humanas y, como tales, con limitaciones. La propia teoría política de Maquiavelo parece estar sujeta a esas limitaciones, de ahí que luche continuamente con la fortuna. El hombre virtuoso no puede llegar allí donde la fortuna no se lo permita. La fortuna, que en las sociedades laicas cubrió el vacío que había dejado la Providencia cristiana de la Edad Media, es el límite con el que todo tropieza. Este problema concitó intensamente la reflexión del florentino, porque era aquí donde se ponían de manifiesto las fuerzas y los límites de la virtud y, por tanto, también los límites de la humanidad.

Capítulo 3

CUANDO EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS: LA MONARQUÍA ABSOLUTA

En *El príncipe*, Maquiavelo presenta solo una parte de su reflexión política, destinada a librarle de la desgracia a la que le había conducido la restauración medicea. Pero no presenta su ideal político, sino que describe una solución de emergencia para rescatar a Italia del abismo de su tiempo.

La República de Florencia se obstinó en mantener la alianza con Francia, un socio fuerte con un mercado privilegiado. Sin embargo, esta alianza acentuó la hostilidad de sus rivales en Italia y de los grandes Estados europeos. A finales de 1511 se formó entre los Estados Pontificios, Venecia, Fernando el Católico y Enrique VIII de Inglaterra una alianza denominada la Liga Santa en contra de Francia. Las tropas francesas fueron expulsadas de suelo italiano y Florencia quedó sola ante sus enemigos. Los miembros de la Liga apoyaron la réstauración de los Sforza en Milán y de los Medici en Florencia.

Los Medici entraron en la ciudad escoltados por las tropas españolas. Su primera medida consistió en abolir las reformas introducidas en la etapa anterior, como la milicia ciudadana organizada por Maquiavelo. El peor golpe fue la abolición del Gran Consejo, el organismo de vocación más popular, por el cual la República libre se distinguía del gobierno aristocrático. Sus miembros se identificaban con el pueblo, de manera que en él latía la idea de que el Estado no

era otra cosa que una comunidad de ciudadanos. Los Medici recuperaron su estructura de clientelismo y su manipulación de la ley en beneficio propio, aunque no sin dificultades, porque el sistema republicano había echado raíces entre el pueblo y las aspiraciones políticas de los demás oligarcas habían despertado.

> El bien que a causa de la maldad de los tiempos tú no has podido hacer, conviene enseñarlo a otros para que estos puedan hacerlo.
>
> *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*

En medio de la convulsión, Maquiavelo adoptó medidas de emergencia y emprendió la redacción de varios textos con los que pretendía resituarse ante los nuevos patrones. En un admirable ejemplo de aplicación práctica de su propia filosofía, intentó adaptarse a las circunstancias. Como formalmente había ocupado siempre cargos de naturaleza administrativa y burocrática, ahora se presentó como un consejero político, un simple técnico que podía ser útil para hacer frente a los peligros que acechaban al Estado.

A pesar de sus intentos, los vínculos informales y personales que había establecido durante su período como secretario le marcaron con un perfil político partidista. Fue considerado sospechoso y no tardaron en destituirle. Le obligaron a permanecer en territorio florentino y a pagar una fianza de mil florines de oro, una cantidad muy elevada que solo pudo satisfacer gracias a la generosidad de los amigos. No acabaron ahí sus desgracias. A principios de 1513 se descubrió una conspiración republicana contra la familia en el poder. Su nombre figuraba en una lista entre veinte conocidos antimediceos hipotéticamente partidarios de la conjura, por lo que fue encarcelado y torturado. Solo logró salvar la vida porque no fue posible probar su participación en los hechos y porque en febrero de ese mismo año murió el papa Julio II. Un mes más

tarde Giovanni di Lorenzo de Medici (1475-1521), segundo hijo varón de Lorenzo el Magnífico, fue elegido papa con el nombre de León X. Al saberse la noticia, los Medici lanzaron monedas a la multitud desde el Palacio Rucellai, abrieron toneles de vino, repartieron comida y decretaron una amnistía general. Florencia se convirtió en una fiesta que la familia usó para ganarse definitivamente el favor de los ciudadanos, conscientes de que el nombramiento del primer papa florentino traería grandes beneficios para todos. Maquiavelo recuperó la libertad gracias a la amnistía. Comenzaba así el período que él mismo definió como *post res perditas*, expresión que puede entenderse como «después del desastre».

ENTRE SÚBDITOS Y CIUDADANOS

Maquiavelo se retiró a su villa de las afueras, a pocos kilómetros de Florencia. Nunca abandonaría su lucha por reintegrarse a la vida política al servicio de los Medici, dando prueba por escrito de sus dotes políticas y literarias. Su exilio forzoso, que duraría los quince años que le restaban en el mundo, fue la época en que emprendería sus obras mayores. En estos textos volcó su vivo intelecto y los frutos magníficos de lo aprendido. El buen ciudadano, creía, debe dejar el legado de cuanto le ha enseñado el mundo.

En una carta de diciembre de 1513, Maquiavelo da noticia de haber redactado un tratado titulado *De principatibus (Sobre los principados)*, fruto de las horas nocturnas de diálogo con los antiguos en las que buscaba alivio y compensación a las miserias de la existencia cotidiana. El objetivo de su tratado era determinar «qué es un principado, cuántos tipos hay, cómo se adquieren, cómo se mantienen y por qué se pierden». Escribió una primera dedicatoria a Giuliano de

Medici, pero la muerte prematura de este hizo que la modificara, ahora para Lorenzo (1492-1519), nieto del Magnífico e hijo de Piero, que había muerto en el exilio. El joven mediceo era el último descendiente legítimo de esta rama familiar y se puso al frente del gobierno florentino, emprendiendo desde el principio el camino autocrático.

El príncipe, como se conocería tras la muerte de su autor, tiene varias partes, pero su contenido se estructura en dos bloques: el primero, que comprende los capítulos I a XI, describe los tipos de principados, mientras que el resto, que comprende los capítulos XII a XXVI, se centra en el príncipe y sus virtudes. La obra finaliza con una exhortación a los Medici para que liberen a Italia de la crisis que la ha llevado a convertirse en el teatro de operaciones de la lucha por la hegemonía europea.

Tipos de principados

Aunque a veces puedan parecer anacrónicas, las reflexiones de Maquiavelo sobre el principado y su líder dan testimonio de la heterodoxia y el alcance de su pensamiento. Todos los Estados, expone, han sido y son repúblicas o principados. Los principados pertenecen fundamentalmente a dos tipos: los heredados y los nuevos, que se adquieren por la separación de otro Estado. Existe una variación que supone una suerte de tercer tipo: un Estado que no es completamente nuevo, sino producto de la anexión a un principado antiguo y que se poseía de antemano. A esta tercera vía el autor la denomina principado mixto.

El principado hereditario, donde el linaje del señor ha sido dominante por largo tiempo, es el más fácil de conservar. Basta con no abolir el orden establecido, cuya eficacia

está probada, y en todo caso procurar adaptarlo a las circunstancias: «En la antigüedad y continuidad de la dominación se extinguen los recuerdos y motivos de las innovaciones, ya que toda mutación deja el terreno preparado para la construcción de otra.»

Por el contrario, mil dificultades afligen al principado nuevo. En él, el gobernante tiene que corresponder a las exigencias de aquellos que lo ayudaron a llegar al poder. En caso de defraudarlos, se granjeará más enemigos, que se sumarán a los que combatió en su ascenso. Como es el producto de una disputa, el principado nuevo nace contaminado por la envidia del poder. Los hombres cambian de buen grado de señor con la esperanza de mejorar, pero luego se decepcionan al constatar que no han mejorado todo lo que esperaban.

Si no se la quiere destruir, más fácilmente se conserva una ciudad libre por medio de sus ciudadanos que de cualquier otro modo.

El príncipe

El principado mixto es una construcción nueva y diferente donde el príncipe y la organización política de los territorios que lo componen son estructuras anteriores. El análisis de sus particularidades permite a Maquiavelo acometer el tema central de su tratado: el problema del dominio.

Un principado de tipo mixto puede formarse o bien uniendo Estados del mismo ámbito geográfico e idéntica lengua o bien uniendo Estados de un territorio diverso por su lengua, costumbres e instituciones. Los Estados del mismo ámbito pueden someterse fácilmente, sobre todo si la población ocupada no tiene costumbre de vivir en libertad. Para sofocar sus ansias basta con extinguir el linaje del príncipe anterior y no alterar sus leyes. Conservar los Estados diversos exige mucha más habilidad. Maquiavelo dice que el gobernante debería vivir en ellos y establecer colonias,

trasvasando población entre territorios. También debería ponerse del lado de los ciudadanos menos poderosos para debilitar a los más fuertes y evitar que el Estado anexionado sea tan potente como el suyo.

Una dificultad titánica, aunque no imposible, tiene que afrontar el gobernante que ocupa un Estado que está acostumbrado a vivir con sus propias leyes y en libertad. Según Maquiavelo, dispone de tres recursos. El método más sencillo, que no el más efectivo, es dejar vivir a sus nuevos súbditos según sus propias leyes, aunque bajo un gobierno minoritario y el pago de un tributo que les recuerde quién está al mando. Esta opción es fácil de aplicar porque el gobierno impuesto, que solo puede mantenerse en el poder con el apoyo del príncipe que lo ha creado, le será fiel hasta el final. En segundo lugar, un método más complicado pero más efectivo consiste en ir a vivir al territorio en persona para controlarlo e intentar ganarse el afecto de la población. Ahora bien, Maquiavelo señala que el método verdaderamente eficiente es uno y solo uno: eliminar el problema. ¿Cómo? Destruyendo el Estado. Por mucho que se haga y por muchas previsiones que se tomen, si no se disgrega y dispersa a sus habitantes, estos nunca olvidan a su antiguo príncipe o a sus antiguas instituciones, y volverán a ellas a la menor oportunidad.

El problema del dominio no existe en las ciudades o países acostumbrados a vivir bajo el mando de un príncipe. Puesto que sus ciudadanos están habituados a obedecer, al príncipe ocupante le será fácil imponerse, siempre que el linaje del antiguo príncipe esté extinguido y, por tanto, no se pueda recurrir a ninguno de sus miembros. A la inversa, el panorama es extremadamente complejo en las repúblicas, porque sus ciudadanos son más activos y no les abandona nunca el recuerdo de la libertad perdida. Es imposible extinguir su



EL PRÍNCIPE ANTE DIOS

En su análisis de la realidad de los principados de su tiempo, Maquiavelo no puede dejar de discurrir sobre un tipo de principado distinto, que no es hereditario ni nuevo y que está dirigido por reglas propias: del principado eclesiástico. Este tipo de entidad política tiene Estado pero no lo defiende y tiene súbditos pero no los gobierna. Es por ello el único principado seguro y feliz. Las dificultades para gobernarlo surgen antes de poseerlo, ya que es posible conquistarlo por virtud o por fortuna, pero no mantenerlo con ellas, puesto que su sustento está en las leyes de la religión. El pensador aduce, quizá con ironía, que estos principados están regidos por una razón superior, inalcanzable para la mente humana, y tienen un protector de excepción, el propio Dios. Por eso Maquiavelo prefiere inhibirse de su análisis. El cuadro, de Horace Vernet, muestra a Julio II encargando a Bramante, Miguel Ángel y Rafael la construcción de la basílica de San Pedro del Vaticano.

odio hacia el príncipe que les ha tiranizado y su deseo de vengarse y librarse de él algún día. El procedimiento más seguro para dominar a las repúblicas es destruirlas o, si se quiere evitar este exceso, vivir en ellas.

LA VIRTUD DEL PRINCIPADO NUEVO

A la hora de analizar el principado totalmente nuevo Maquiavelo encuentra espacio para dar la máxima proyección a su capacidad de teorización política. En este tipo de principados son nuevos tanto el príncipe como la propia estructura político-administrativa. A diferencia de los otros casos, explica el filósofo, donde conservar lo conquistado «no se debe a la mucha o poca virtud del vencedor, sino a lo diverso del objeto», las dificultades de este gobierno no dependen de la diversidad de elementos, sino de la virtud (o falta de ella) de su caudillo.

El elemento decisivo es la *virtù*, porque es gracias a ella que el príncipe tiene que haber logrado pasar de ser un individuo particular a convertirse en un líder. La *virtù* le ha dado la capacidad de identificar y aprovechar lo que Maquiavelo llama la ocasión (*occasione*). En esta idea, el pensador encuentra el puente entre virtud y fortuna, el elemento que le sirve para salvar la aparente inexorabilidad de la condición de los tiempos. A grandes rasgos, es una suerte de ofrecimiento —quizá de desliz— de la fortuna que facilita el éxito de la acción. Se caracteriza por su dificultad a la hora de identificarla en el marasmo de los acontecimientos y por su fugacidad. Aprovechar la ocasión exige saber identificar la materia apropiada y el tiempo adecuado para la acción, y una voluntad decidida para actuar con determinación y sin dilaciones.

Ya se ha dicho que la virtud no garantiza el éxito. Este surge de la coincidencia (*riscontro*) entre el tipo de comportamiento del hombre y aquello que exigen las circunstancias. Estos elementos se encuentran en la ocasión: la ventana que el hombre debe identificar y puede aprovechar para introducir su voluntad en el devenir. Aunque la fortuna siempre tendrá superioridad sobre la virtud, esta puede entenderse como la capacidad de hacer lo que la ocasión y la fortuna dejan en manos del hombre. Cuando la ocasión surge de una situación ardua o desesperada que convierte la acción en muy arriesgada o difícil, ya no se demuestra solo virtud, sino excelencia en la virtud.

A pesar de la habilidad que ha mostrado hasta ahora, el líder que ha alcanzado un principado nuevo por la vía de la virtud va a encontrarse con varios problemas iniciales. Su primer paso lógico será implantar nuevas instituciones y procedimientos para fundamentar su poder. Ahora bien, esa tarea va a provocar inevitablemente la resistencia de quienes sacaban provecho del viejo orden, mientras que la defensa de quienes pueden beneficiarse del nuevo orden será tímida, porque los innovadores saben que sus vecinos tienen de su parte la ley del lugar. Además, sostiene el pensador, los hombres se muestran incrédulos ante lo nuevo hasta que lo experimentan. Por tanto, para salvar la situación es necesario examinar si los innovadores pueden recurrir a la fuerza. El ejemplo de Savonarola se lo había demostrado claramente a Maquiavelo: los que carecen del recurso de la fuerza siempre acaban mal.

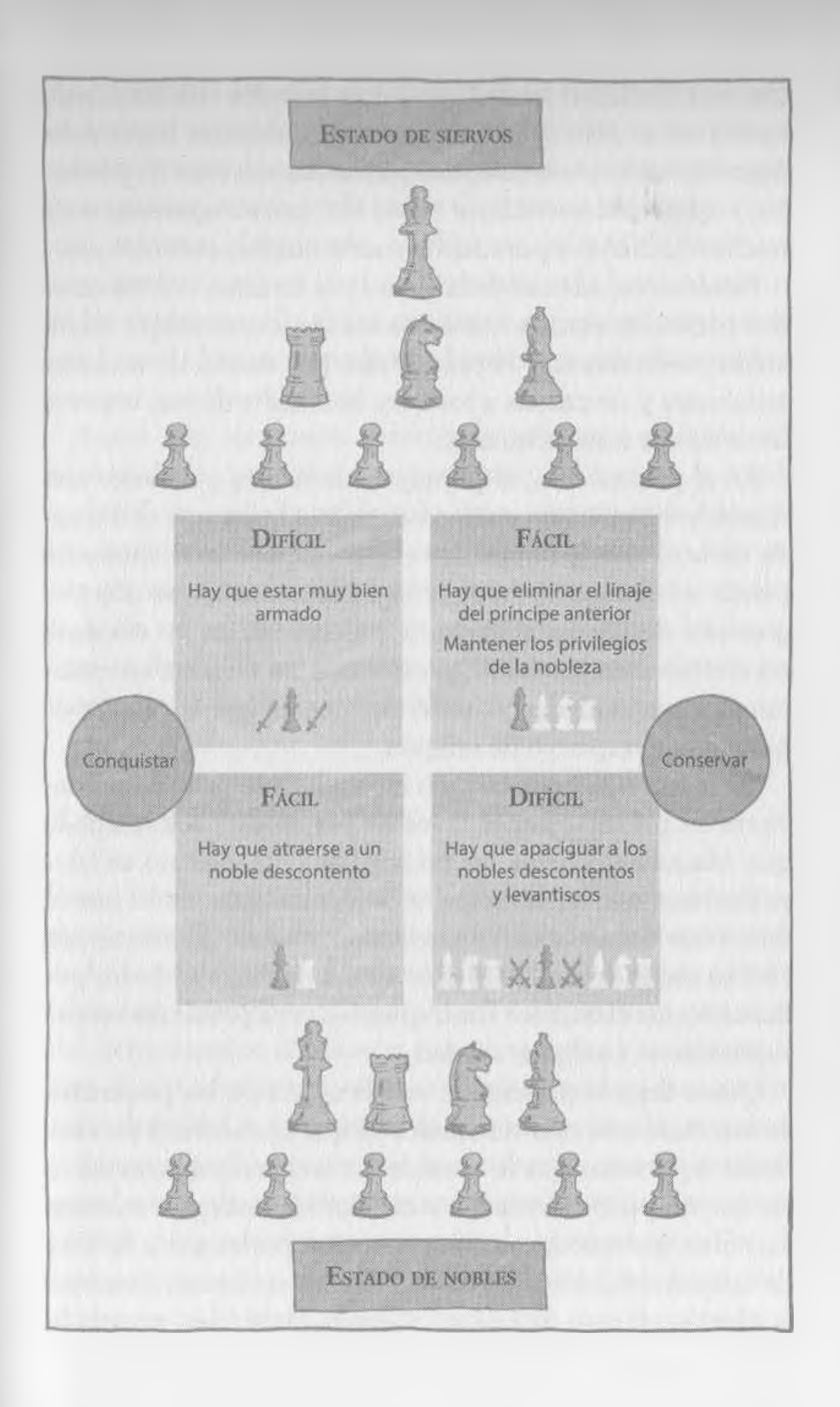
Frente al príncipe virtuoso, el caudillo que haya adquirido un principado gracias a la fortuna, es decir, el dinero o la voluntad de otras personas, lleva mal camino. Abandonarse a la fortuna, opina el pensador, solo puede inducir a engaño, porque quien alcanza el poder por concesión de otros dependerá siempre de ellos. El que ha sido convertido en prín-

ESTRUCTURAS DE PODER

Una vez expuestas las diferentes tipologías de principado en función de su origen, el autor se pregunta sobre las formas básicas de distribución del poder, de las cuales identifica dos. En primer lugar, hay Estados regidos por un príncipe que se alza sobre siervos que se han convertido en señores por gracia y concesión suya. Maquiavelo ve este modelo en monarquías como la turca. En segundo lugar, hay Estados regidos por un príncipe rodeado de nobles que son señores por derecho propio, poseen territorios antiguos y tienen súbditos que les reconocen como señores y son afectos a su linaje. Es el caso de la monarquía de Francia.

Entre siervos y nobles

En el Estado de siervos, el príncipe tiene más autoridad que los demás, que se sienten ligados a él por lazos de amistad o reconocimiento. La unión interna hace muy difícil desestabilizar al gobernante o conquistar el territorio, porque los siervos entienden que su destino está ligado al de su líder. Para penetrar en él, se debe estar muy bien armado, porque no se puede confiar en ningún momento en la descomposición del contrario. Ahora bien, del mismo modo que es difícil entrar, en el caso de conseguirlo se puede conservar con suma facilidad. El conquistador deberá mantener los privilegios de los siervos y asegurarse de eliminar el linaje del príncipe derrotado. El Estado de nobles supone el caso contrario. Se puede entrar en él con facilidad siempre que se gane a alguno de los nobles del reino. Eso no tiene por qué ser complicado, ya que entre la aristocracia nunca faltan descontentos con su parcela de poder que serán partidarios de cambios extremos y creerán cualquier promesa. De todos modos, a la inversa que sucedía en el caso anterior, conservarlo trae consigo dificultades innumerables. No bastará con extinguir a la familia del príncipe, porque siempre aparecerán nobles que se considerarán perjudicados por el cambio. Y aún peor: aquellos nobles ambiciosos que conspiraron contra el gobierno anterior siempre estarán ahí y será imposible contentarlos o exterminarlos a todos. En este Estado habrá que esperar continuas insurrecciones.


Estado de siervos
Difícil
Hay que estar muy bien armado
Fácil
Hay que eliminar el linaje del príncipe anterior
Mantener los privilegios de la nobleza
Conquistar
Conservar
Fácil
Hay que atraerse a un noble descontento
Difícil
Hay que apaciguar a los nobles descontentos y levantiscos
Estado de nobles

cipe con facilidad tendrá que hacer grandes esfuerzos para conservar su principado. Además, para mandar hacen falta ingenio y virtud, y estas aptitudes, incluso en caso de poseerlas, requieren desarrollarse con el tiempo, no aparecen de la noche a la mañana por mucha suerte que haya tenido uno.

Finalmente, además de la virtud y la fortuna, existen otros dos procedimientos a través de los cuales un simple particular puede alcanzar el principado: por medio de acciones criminales y contrarias a toda ley humana y divina, o por el favor de sus conciudadanos.

En el primer caso, el príncipe que se alza y sostiene mediante la violencia no está recurriendo a la fortuna ni depende de otro que le haya dado el poder, pero su dominio no puede ser duradero. Aunque logre inicialmente su objetivo gracias a decisiones animosas y arriesgadas, en sus acciones no está presente la virtud, porque esta no consiste en exterminar a sus ciudadanos, traicionar los amigos o carecer de palabra, de respeto o de religión.

En el segundo caso, cuando un ciudadano privado se convierte en príncipe por el favor de sus ciudadanos, surge lo que Maquiavelo llama un principado civil, que no se basa exclusivamente en la virtud o la fortuna sino en lo que el florentino define como «astucia afortunada». Al principado civil se asciende mediante el favor del pueblo o el de los poderosos, dos elementos contrapuestos cuya presencia resulta inevitable en cualquier ciudad.

Quien llega al principado con la ayuda de los poderosos se mantiene con más dificultad, ya que encuentra a su alrededor a personas que lo consideran un igual y a otras sobre las que no puede ejercer su autoridad de cualquier manera. Los fines que persiguen estas personas poderosas a la hora de colocar un gobernante a su gusto no suelen ser honestos y, además, en caso de que no consigan estos fines, no solo lo

abandonarán, sino que se volverán en su contra. Por su parte, quienes ascienden con la ayuda del pueblo se mantienen más fácilmente, ya que el príncipe elegido se encuentra solo en su puesto, rodeado de gente dispuesta a obedecer. Además, sostiene Maquiavelo, el objetivo del pueblo suele ser simplemente vivir en paz, un propósito más honesto que el de los poderosos. Lo peor que puede esperar el príncipe es que la gente lo abandone, pero el pueblo es menos vengativo y astuto que los oligarcas.

Aquel que alcanza el principado mediante el favor del pueblo debe conservarlo como amigo, lo que no le resulta difícil, ya que el pueblo solo desea que no se le oprima. Igualmente, quien asciende en contra del pueblo debería, por encima de todo, intentar ganárselo por el mismo medio, es decir, convirtiéndose en su protector. Cuando los hombres reciben el bien de quien esperaban el mal, sienten un mayor afecto hacia su benefactor.

EL PRÍNCIPE MAQUIAVELIANO

Para los clásicos de la Antigüedad, las cualidades genuinamente principescas habían sido la honestidad, la magnanimidad y la generosidad, a las que la influencia cristiana añadió la piedad y la fidelidad. Los libros de consejos para príncipes del Renacimiento adoptaron esta perspectiva y ampliaron la lista de virtudes principescas con tantos matices que quedaron subdivididas en decenas de pequeñas virtudes morales.

Aunque nadie era ajeno a la dicotomía entre cuestiones moralmente rectas pero inconvenientes y cuestiones convenientes pero moralmente torcidas, la rectitud moral se situaba siempre por encima de todo. La ortodoxia humanista propugnaba lo ideal, el «deber ser» más que el «ser» en sí,

en una mezcolanza de neoplatonismo con la ética tradicional basada en la idea de que el hombre, como hijo de Dios, había sido creado desde lo alto. Maquiavelo, sin embargo, participaba de una visión nueva que estaba reemplazando a la primera mirada del humanismo: el hombre era aquel que había cumplido una ascensión gradual desde lo hondo. Para el florentino, ningún gobernante podía tener todas las cualidades que pretendían los libros. Peor todavía, en caso de tenerlas, no sería sensato utilizarlas.

El filósofo entendía que, en la conservación del Estado, lo bueno o malo adquiere un rol secundario respecto a lo útil y necesario. El poder no es un regalo de la divinidad, sino una conquista de la voluntad individual. En el mantenimiento del poder se confirma también la *virtù*. Un individuo que es verdaderamente capaz y libre no se resigna al lugar que le ha asignado la Providencia, la suerte o como se la quiera llamar, y combate empleando la virtud como herramienta, no adornado por ella como una aureola beatífica.

Ahora bien, Maquiavelo jamás defendió la toma del poder por el poder ni el ejercicio de la *virtù* por sí misma. La utilidad de la *virtù* consistía en que, al tiempo que otorgaba la gloria al príncipe, obtenía la estabilidad y seguridad del Estado, que era el objetivo mayor. El último capítulo de *El príncipe* declara explícitamente que la obra presenta la descripción del gran personaje que tiene que salvar a una Italia desgarrada. En todo momento, el florentino conservaba de la ética cristiana los conceptos formales acerca de la distinción entre el bien y el mal. Nunca, al aconsejar la comisión de acciones moralmente malas, trató de despojarlas de este predicado. Siguió empleando las palabras «injusticia», «violencia» y «crueldad», y no intentó esconderlas. Pero lo más importante es que nunca incluyó en su ideal rasgos de un obrar moralmente condenable.

En su reflexión sobre los tipos de gobierno, Maquiavelo no puso un poder abstracto en manos de un caudillo o un consejo ciudadano sin más, sino que les dio un objetivo final superior, al cual seguía la responsabilidad de culminarlo. El gobernante representaba una voluntad colectiva: no era un fin, sino un medio. Su cometido no era nada fácil en un ámbito carente de piedad como el de la política. Para Maquiavelo, la razón de Estado era el fruto más ingrato de la necesidad política. Precisamente por ello no había que darle la espalda, pretenderse ciego, sino al contrario, estar prevenido para no perder el norte.

El príncipe está bien armado

Los caudillos renacentistas ya no podían ser señores a la manera medieval. Tenían que vérselas con una realidad de guerra generalizada, de todos contra todos, en la que la verticalidad de la pirámide de poder era precaria y la legitimidad debía ganarse a pulso. Quien un día estaba arriba, al siguiente podía estar abajo. Hombres y dinero eran dos factores decisivos para la conservación de la supremacía.

Entre quien está armado y quien está desarmado, dice Maquiavelo, no hay proporción alguna. No es razonable que quien está armado obedezca a quien está desarmado, ni que el desarmado se encuentre seguro entre servidores armados. Por lo tanto, por mucha que sea la *virtù* de que hace gala un príncipe, lo primero que debe tener de su lado es un buen ejército. No puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes. Así pues, el príncipe debe disponer de sus propias tropas, formadas exclusivamente por súbditos, ciudadanos o siervos suyos. Pero no basta con ello. Solo es posible conducirse

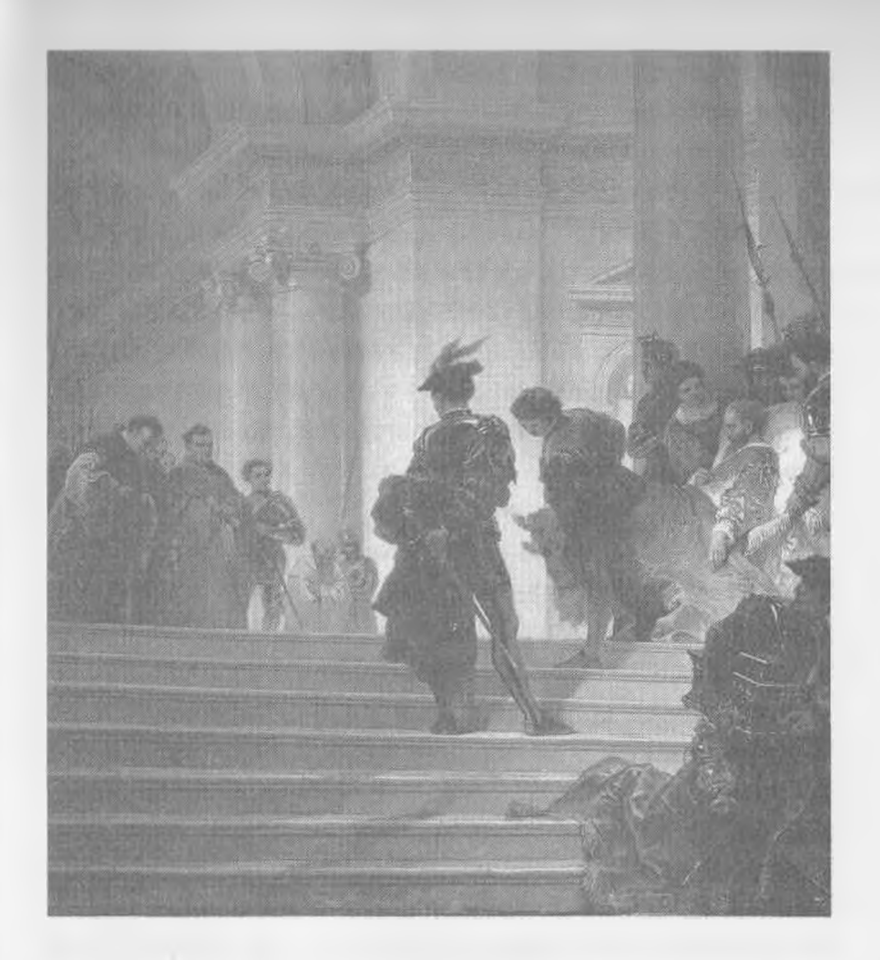
en el arte de la guerra con prudencia y gloria si se ejerce en persona el oficio de caudillo. El uso de tropas mercenarias o de otros caudillos logra únicamente conquistas lentas, tardías y débiles, y, aún peor, derrotas súbitas y sorprendentes.

> Los cimientos de todos los Estados, nuevos, viejos o mixtos, son buenas leyes y buenas armas.
>
> *El príncipe*

Maquiavelo recuerda su propia experiencia con los condotieros al afirmar que las tropas mercenarias son peligrosas e inútiles porque carecen de unidad. A estas tropas desleales e indisciplinadas les interesa únicamente el dinero, que aceptan gustosas en tiempo de paz mientras que se vuelven cobardes en cuanto empieza la guerra. El talento de sus jefes es un arma de doble filo: si un jefe mercenario es un hombre eminente, no puede uno fiarse de él, ya que aspira a su propia cuota de poder y, si no lo es porque carece de cualidades, lo normal es que cause el hundimiento del príncipe.

Aunque el príncipe puede usar también tropas auxiliares, de apoyo, de otro caudillo o de un barón, Maquiavelo las desaconseja encarecidamente por ser aún más peligrosas que las tropas mercenarias. Con ellas está garantizado el perjuicio. Si se pierde, quien las ha llamado queda a su merced y, si se gana, queda en deuda con ellas para siempre. Los príncipes prudentes siempre han evitado las tropas auxiliares y han recurrido a las propias, ya que prefieren perder con las suyas que vencer con las de otros.

Maquiavelo estaba convencido de que la ruina de la Italia de su época tenía su origen en haber dejado los asuntos militares en manos de tropas mercenarias y auxiliares. Por eso afirmaba que el único arte que verdaderamente concierne a quien manda es el arte de la guerra. Un príncipe sabio jamás aparta la mente de esta disciplina, y menos aún en tiempos de paz, pues se prepara de continuo para valerse



LA ABSOLUCIÓN DEL VALENTINO

Para Maquiavelo, César Borgia fue un príncipe nuevo dotado de virtud pero fatalmente maltratado por las circunstancias. Su actuación fue siempre la de un príncipe virtuoso, pero no estaba en armonía con la fortuna, que le abandonó cuando Alejandro VI hubo desaparecido. Maquiavelo confiesa que no se siente capaz de censurarlo, pues solo ahogaron su virtud la muerte de su padre y su enfermedad. Y entonces cometió el error político definitivo: no debería haber permitido que llegaran al poder personas a las que había hecho daño. Arriba, *César Borgia abandonando el Vaticano* (1877), óleo de Giuseppe Lorenzo Gatteri.

por sí mismo en la adversidad, de forma que cuando cambie la fortuna lo encuentre en condiciones de hacer a las nuevas circunstancias. Cuando los príncipes piensan más en las exquisiteces que en las armas, pierden su Estado.

En suma, para el secretario, sin armas propias ningún príncipe se encuentra seguro, sino a merced de la fortuna, ya que no tiene defensa posible ante la adversidad. La milicia propia no solo es señal de fuerza, sino también síntoma de gobierno saludable, símbolo de virtud y proveedor de fortuna, porque el recurso a la fuerza resulta inevitable en el terreno político.

El príncipe es amado y temido

El caudillo propuesto por Maquiavelo era una figura enrevesada, muy en consonancia con los contrastes sociales de la época: conciliaba el cálculo y la irreflexión, el gusto por la cultura y el miedo supersticioso; era una persona tan sofisticada como brutal, iluminada por tantas luces como oscurecido por innumerables sombras. A la hora de hablar de sus cualidades, el filósofo lanzaba sobre su reflexión el jarro de agua fría de su realismo: una cosa es como se vive y otra, como se debería vivir.

Según el florentino, el que siempre quiere ser considerado como un hombre bueno labrará necesariamente su ruina al hallarse entre tantos que no lo son. Para mantenerse en el poder, un líder debe aprender a no ser siempre bueno, y a hacer uso de esta cualidad en función de la necesidad. No se trata de renunciar de entrada y sin más a las cualidades que son consideradas buenas, sino de ser consciente de que, como es imposible reunirlas todas, lo mínimo que se debe hacer es evitar incurrir en los vicios que lo privarían a uno del Estado.

Es beneficioso que un caudillo sea considerado generoso, pero debe ser prudente en su prodigalidad. Si llega a consumir toda su riqueza, puede verse obligado a gravar a su pueblo con impuestos y acabará adquiriendo fama de codicioso, un reproche que va unido al odio. Lo mejor es no preocuparse de ser tachado de tacaño, que es un reproche sin odio, porque lo único que preocupa a sus súbditos es poder soportar con facilidad la carga de unos impuestos modestos que a la vez sean suficientes para que su príncipe los proteja.

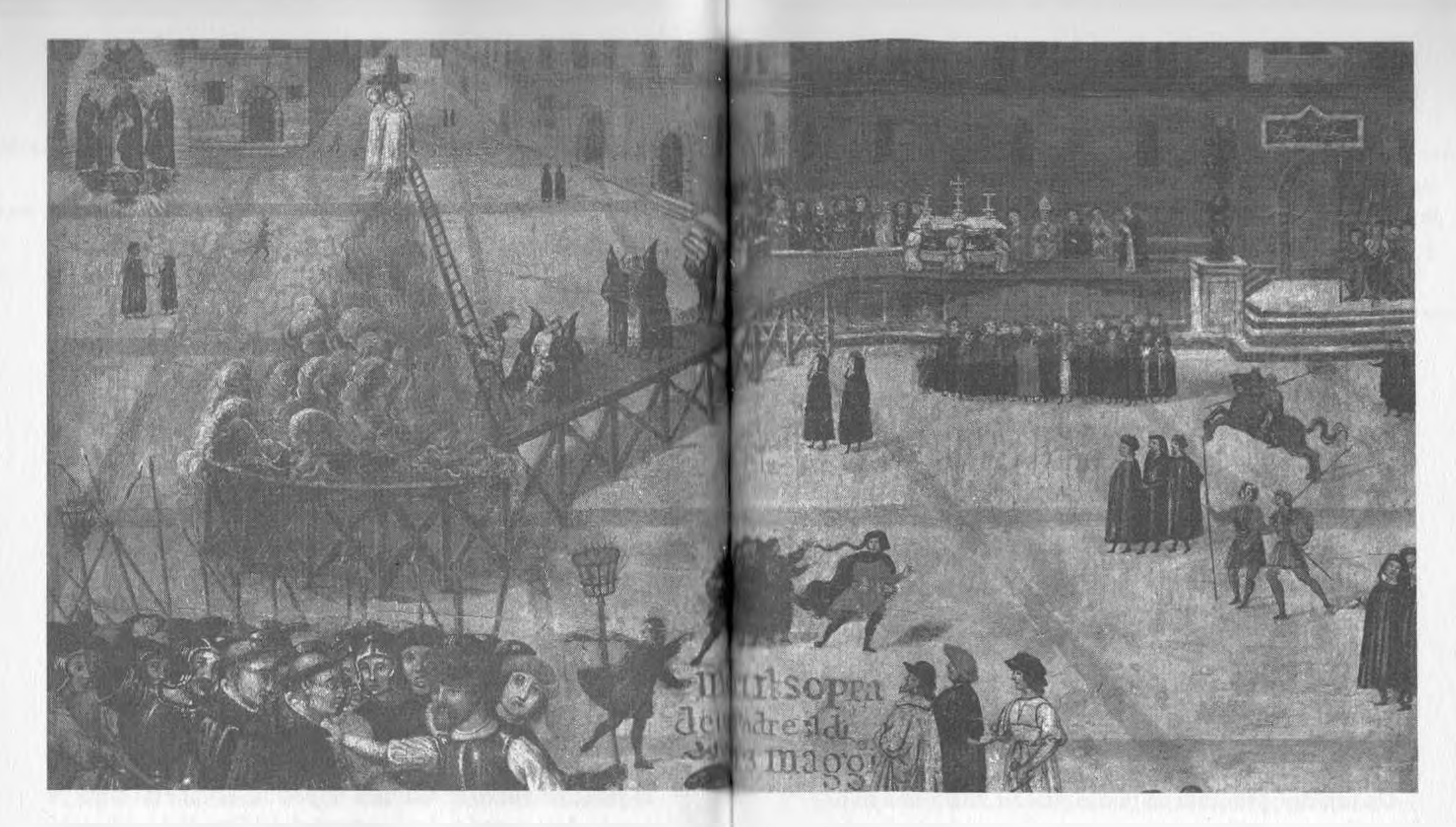
A los hombres se les ha de mimar o aplastar.

El príncipe

El problema de la gestión del odio lleva a Maquiavelo a considerar uno de los temas que se convertiría en un punto central en todas las reflexiones de autores posteriores sobre el significado del buen gobierno. ¿Qué es mejor: ser amado o ser temido?

Un príncipe debe desear ser tenido por clemente y no por cruel, como César Borgia. Ahora bien, debe estar muy atento a no hacer un mal uso de la clemencia, porque esta puede llevar a la larga a desordenes públicos, mientras que la crueldad bien utilizada solo afecta a unos cuantos particulares. En todo caso, no debe preocuparle la fama de cruel si le ayuda a mantener a sus súbditos unidos y leales. De hecho, al príncipe nuevo le resultará imposible evitar esta fama ya que la dura necesidad y la novedad del Estado lo obligarán a adoptar medidas brutales.

En suma, según Maquiavelo, si no se puede ser amado y temido al mismo tiempo, es mucho mejor ser temido. En pleno despliegue de su pesimismo, el pensador sentencia que los hombres son por naturaleza ingratos, volubles y ávidos de ganancias, y por tanto no se debe confiarse en ellos. Se pueden comprar, pero nunca se puede contar con su leal-



LA VIOLENCIA DEL PODER

Maquiavelo sitúa su discurso sobre el recurso a la violencia en un orden de cosas ambiguo y complejo. No hay que engañarse, dice: el príncipe no tiene la fuerza de su lado para no utilizarla. Pero aunque este uso es inevitable, requiere sabiduría para no desatar la espiral que acabe trayendo su ruina. Por buen uso de la violencia se entiende cometer las crueldades de una sola vez y de golpe, por la pura necesidad de llegar al poder, y luego no insistir más en ellas. Si la violencia aumenta en lugar de disminuir, es imposible que quien la ejerce se mantenga en lo alto. Para gobernar en paz, el príncipe debe tranquilizar a sus súbditos y ganárselos con favores, incluso aunque se hayan alzado de modo injusto. Debe infligir las penas rápidamente para que hagan su efecto pero se olviden pronto y luego entretenerse en prodigar favores poco a poco, para que se saboreen bien. En la imagen, *La tortura de Savonarola*, anónimo italiano del siglo XV.

tad, de tal forma que vacilan menos en hacer daño a quien se hace amar que a quien se hace temer. Aun así, aunque el príncipe debe hacerse temer, debe hacerlo de tal forma que evite el odio de sus súbditos, para lo cual debe abstenerse de tocar sus bienes. «Los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio».

El príncipe aparenta

Una vez abierta la puerta de la cruda realidad, Maquiavelo se zambulle en las cloacas del Estado absoluto. Tal y como indican la experiencia y la historia, sostiene, existen dos caminos para debatirse en el mundo: a través de las leyes, lo propio del hombre, y a través de la fuerza, lo propio de las bestias. Es necesario que un caudillo sepa ser bestia y hombre para desencadenar cada naturaleza en el momento adecuado, ya que una no perdura sin la otra. Cuando desata su naturaleza bestial, debe saber elegir si su comportamiento tiene que seguir el ejemplo de la zorra o el del león. La astucia de la zorra le permitirá conocer las trampas, y la fiereza del león le ayudará a amedrentar a los demás. Pero es su combinación la que le aporta el éxito, ya que la zorra no asusta a nadie y el león no sabe lo que se lleva entre manos.

Un príncipe prudente no puede guardar fidelidad a su palabra si esta se vuelve en contra suya. Como ningún hombre suele guardar nunca la fidelidad a la palabra dada, ser fiel con ellos es una temeridad. Lo importante no es solo que el líder tenga cualidades, sino más bien, y sobre todo, que parezca que las tiene. Es bueno ser clemente, leal, humano, íntegro y devoto, pero todavía mejor es parecerlo mientras se está dispuesto a adoptar la cualidad contraria cuando haga falta. Hay que poder moverse según exigen los cambios de la fortuna.

Es en este punto de su obra capital donde Maquiavelo expresa la máxima por la que tanto se le recuerda. Al hablar de las apariencias y de cómo estas engañan al pueblo, el florentino se justifica afirmando: «En las acciones de los hombres, y más aún en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que recurrir, lo que cuenta es el fin». Sin embargo, como se ha ido exponiendo, esta máxima no se puede entender sin prestar atención al resto del discurso. Maquiavelo es solo el notario de una triste verdad universal: siempre que el gobernante conserve su Estado, los medios que emplee para ello serán juzgados honrosos y encomiables por todos, pues su pueblo se deja llevar por el resultado final de las cosas. Si esta descripción pura y fría puede producir escándalo, es porque no solo atañe al gobernante sino también al conjunto de la sociedad.

> **No hay cosa más necesaria que el aparentar, ya que los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos.**
>
> *El príncipe*

El estricto cuidado de su imagen es extremadamente útil para que el príncipe evite el mayor peligro que acecha a su gobierno: el odio y el desprecio del pueblo, que debilita su posición y acabará trayendo su ruina. Por eso, debe guardarse de aquellos reproches que producen esos sentimientos e ingeniárselas para que sus acciones reflejen grandeza de ánimo, valor, firmeza y fortaleza. Estas cualidades dan buena reputación y a la vez hacen que se le tema. Si goza del favor y el respeto del pueblo, no debe temer a las conjuras, puesto que no habrá nadie tan temerario que se atreva a conspirar. Los conjurados confían siempre en dar satisfacción al pueblo con la muerte del odiado líder.

Ahora bien, esto no quiere decir que los príncipes deban renunciar a aquellas medidas que puedan despertar odio. Hacerse odioso en alguna medida es consustancial a cual-

quier obra que emprendan, ya que toda acción tiene beneficiados y perjudicados. Conquistará el odio tanto mediante las buenas obras como mediante las malas. La recomendación de Maquiavelo es que los príncipes ejecuten a través de otros las medidas que pueden acarrear odio y lleven a cabo por sí mismos aquellas que reportan el favor de los súbditos. Resulta interesante constatar que, cuando plantea estas relaciones, el pensador entiende que el príncipe no es totalmente autónomo frente a su pueblo, lo que refleja una visión de la sociedad como conjunto de «sujetos libres».

El príncipe es prudente

Si la *virtù* principesca de Maquiavelo está flanqueada a un lado por las armas, al otro lado se le sitúa la prudencia. El príncipe que actúa de modo perfectamente medido, paso a paso, tiene a sus súbditos en vilo, atentos al resultado de sus acciones. Cuando este se produzca, los dejará asombrados y aumentará su fama de hombre de ingenio. Esto no significa que deba mostrarse indeciso o mantener una posición dudosa, sino al contrario: debe ser valiente y alejarse de la neutralidad. Pero —advierte Maquiavelo— no debe creer que va a poder tomar decisiones seguras, sino al contrario: todas las que tome serán dudosas. La prudencia consiste en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y adoptar por bueno el menos malo.

Los ministros que elige un gobernante proporcionan una buena medida para evaluar su prudencia. Un príncipe debe mostrar siempre su aprecio por el talento, honrar a los que sobresalen y rodearse de ellos. El primer juicio que se formará sobre él llegará cuando examine a la gente que lo rodea. Si se trata de personas competentes, se le tendrá por sabio

y prudente. En caso contrario, su juicio será puesto en duda. ¿Cómo reconocer a un buen ministro? Es difícil. Lo más fácil es reconocer al ministro malo. Hay que desconfiar del secretario que piensa más en sí mismo que en su tarea, es decir, que busca su propio beneficio en cada acción.

En el otro extremo está el rechazo de los aduladores, personajes que infestan la corte y son muy peligrosos, porque alejan al gobernante de la realidad y lo hacen cambiar de rumbo continuamente. Hay que hacer comprender a los hombres que no ofenderán al príncipe si le dicen la verdad, pero esta verdad no se la puede decir cualquiera, porque entonces acabaría perdiendo el respeto de los demás. El caudillo prudente debe elegir a un grupo reducido de hombres sensatos a los que otorga la libertad de decirle la verdad por dura que sea, pero que solo la expresarán a petición de su líder y no cuando les parezca oportuno a ellos. Igualmente, aunque el príncipe debe consultarles y escuchar sus opiniones, tiene que decidir por sí mismo y a su manera.

A pesar de la importancia de las opiniones autorizadas, los mejores consejeros son la prudencia y la intuición. Un príncipe que no sea sabio por sí mismo tampoco puede recibir buenos consejos, porque no será capaz ni de apreciarlos ni de distinguirlos de los malos. Los buenos consejos han de nacer de la prudencia y no la prudencia de los buenos consejos.

EL ÚLTIMO INTENTO

Maquiavelo cerró *El príncipe* con la exhortación final a los Medici a liberar Italia de españoles, franceses y alemanes, los «bárbaros invasores». Si Florencia estaba destinada a vivir bajo los Medici, razonaba, quizá la mejor manera de acabar con el caos fuera concentrar el poder en un caudillo de esta

casa educado en la nueva realidad. La alianza que acababa de establecerse entre la Iglesia y los Medici era una *occasione* inmejorable, una de aquellas oportunidades que un gobernante sabio debería aprovechar.

> Asuma, pues, la ilustre casa esta tarea con el ánimo y con la esperanza con la que se asumen las empresas justas.
>
> *El príncipe*

De principatibus no consiguió ninguno de sus propósitos: ni su autor fue llamado para reincorporarse a la vida activa ni los Medici asumieron la tarea propuesta. La obra fue ignorada y solo circularon copias manuscritas realizadas por un amigo. Fueron otros los textos que hicieron relativamente célebre a Maquiavelo entre sus contemporáneos, mientras que la importancia de *El príncipe*, título que no existió hasta la decisión de su primer editor en 1532, solo empezó a percibirse años después de su publicación.

A partir de 1514 Maquiavelo pudo regresar a Florencia. Aunque fue objeto de consultas puntuales, el veto expreso del papa hacía imposible la reconciliación con los Medici. El florentino empezó a frecuentar el célebre círculo de los Orti Oricellari, que se reunían en los jardines de los Rucellai en la Via della Scala. El círculo acogía a personajes de tendencias políticas distintas y permitió a Maquiavelo consolidar relaciones con sus miembros. Allí se llevaban a cabo debates políticos y lecturas de textos propios, que comenzaron a suscitar la admiración de los más jóvenes por el antiguo secretario, hasta el punto de que algunos, al parecer, lo ayudaban económicamente.

La inesperada muerte de Lorenzo II de Medici en 1519 cambió las cosas. El puesto a la cabeza de la familia lo ocupó el cardenal y arzobispo de Florencia, Julio (1478-1535), una persona más moderada, menos polémica, que llegaría a ser papa con el nombre de Clemente VII. En un primer

momento, se mostró dispuesto a oír la opinión de los demás y recabó la ayuda de los intelectuales del círculo de los Oricellari. Aunque Maquiavelo jamás volvería a su tan añorada acción, poco a poco el brillo innegable de su talento le sirvió para labrarse un lugar en la abigarrada vida política de Florencia, un espacio propio señalado por su capacidad para la reflexión sobre las cosas del buen y el mal gobierno.

Capítulo 4

FRENOS Y EQUILIBRIOS: LA REPÚBLICA

Maquiavelo completa su discurso teórico en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el segundo pilar del edificio de su pensamiento, donde al fin expresa claramente su preferencia por la forma de gobierno republicana como estructura de frenos y equilibrios, y se pone con contundencia del lado de la libertad y del pueblo.

Aunque *El príncipe* sigue reinando de modo indiscutible en la percepción mayoritaria que se tiene de Maquiavelo, es imposible comprender el cuerpo teórico del filósofo sin atender a su otra obra mayor, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Es este texto el que verdaderamente expresa el conjunto de su pensamiento en su dimensión más elaborada, desde su realismo político a su antropología, desde su concepción de la historia a su republicanismo.

Es difícil de precisar la fecha de composición de los *Discursos*. Todo hace pensar que entre 1517 y 1518, mientras consolidaba su posición en el ambiente de los Orti Oricellari, llevó a cabo un intenso proceso de redacción o reelaboración de un texto que quizás iniciara años atrás. Tiene gran fuerza la teoría de que empezó a escribir los *Discursos* en los primeros meses de 1513, antes de *El príncipe*, como parece indicar en el capítulo II del mismo cuando dice: «No me detendré en razonar de las repúblicas, al haberlo hecho ya en otro lugar por extenso». Algunos expertos creen que la frase alude a los primeros dieciocho capítulos de los *Discursos*,

cuyo contenido está muy relacionado con algunas partes de *El príncipe*, en especial aquella dedicada al principado civil.

Quien considera las cosas presentes y las antiguas sabe cómo en todos los pueblos hay los mismos humores y siempre los ha habido.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio

El antiguo secretario compuso su nuevo tratado estimulado por los miembros del círculo de los Oricellari, a quienes presentaba fragmentos de su texto y a cuyos mecenas dirigió la dedicatoria. Como la obra también quedó inédita en vida del autor, fueron aquellos hombres, entre los que se contaban filomediceos y antimediceos, partidarios de todos los sistemas políticos italianos conocidos, los primeros que tuvieron conciencia de la amplitud de la concepción maquiaveliana de la política y de la historia, lo cual explica el respeto y la admiración que logró labrarse en ese círculo intelectual.

En apariencia, con los *Discursos* Maquiavelo se sumaba a una tradición humanista de gran prestigio, la del comentario de un texto clásico. En este caso el objeto eran los diez primeros libros, esto es, la primera década, de la obra de Tito Livio titulada originalmente *Ab urbe condita libri* («Desde la fundación de la ciudad»), normalmente conocida como las *Décadas*. La obra del historiador romano constaba de 142 libros, divididos en décadas o grupos de 10 libros, de los cuales solo 35 han llegado hasta nosotros. Sin embargo, Maquiavelo no respetó el género, sino que lo usó como vehículo para presentar su propio proyecto de pensamiento. El antiguo político reconvertido en escritor seguía haciendo gala de su habilidad al aprovechar sus lecturas y sus nuevas amistades intelectuales para absorber ávidamente una cultura vasta que le permitiera dar sustancia a sus propias ideas y le armara con un repertorio de recursos literarios eficaces. El desorden y desequilibrio estructural

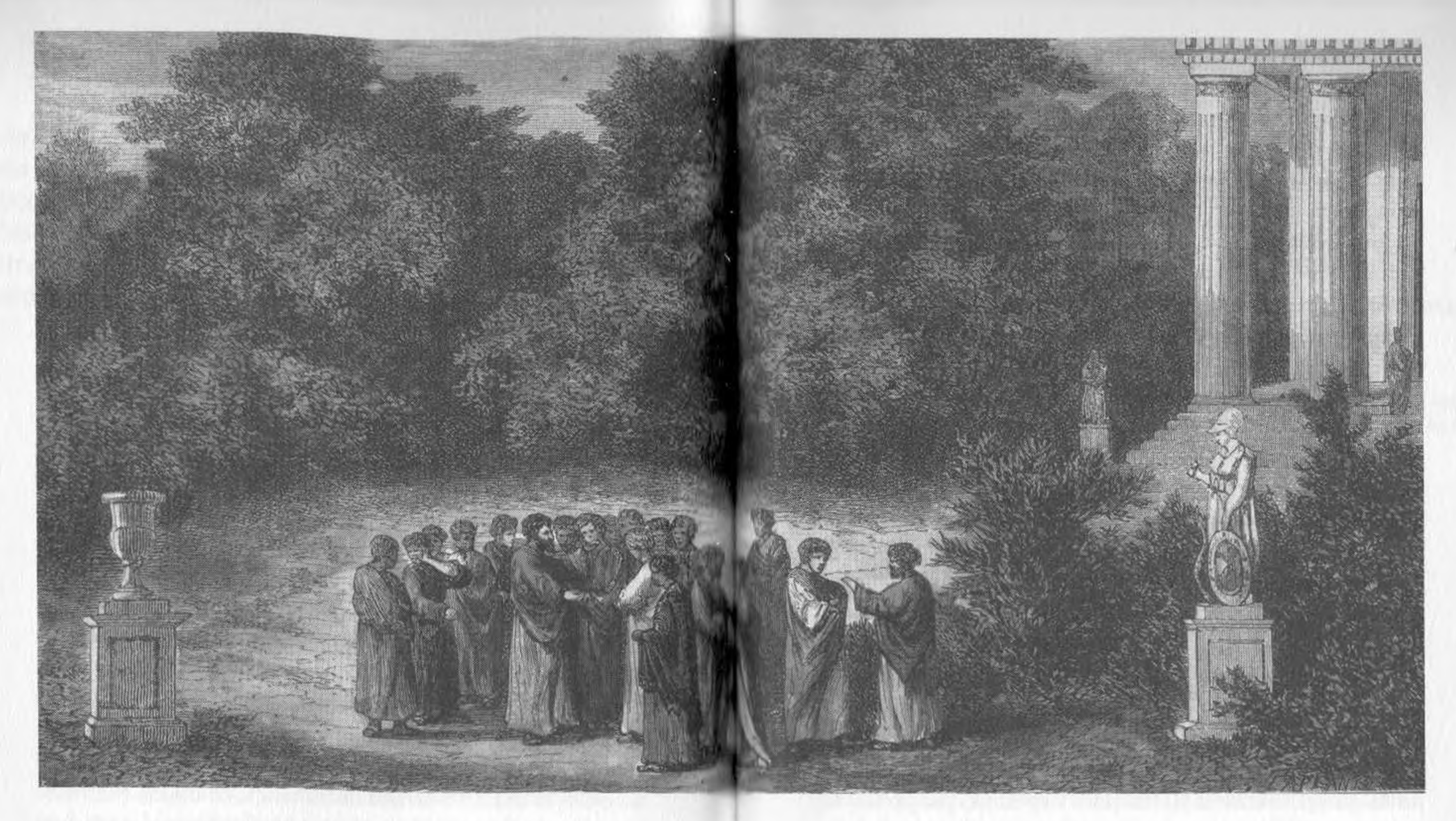
del texto le valió tanto la apreciación de novedoso y «nunca ensayado» como de incoherente. No se publicaría hasta 1531, cuatro años después de su muerte.

¿REPÚBLICA O MONARQUÍA?

En las dedicatorias de sus dos grandes obras, el florentino expuso la argamasa con que las había construido. Se había aproximado al conocimiento a través de una doble vía: de un lado, la experiencia de las cosas modernas, y del otro, la lección de las cosas antiguas. El empirismo renacentista lo estimulaba a buscar el saber en las experiencias vividas durante el periplo al servicio de la República de Florencia. Pero este conocimiento tenía que compararse con las acciones de los grandes hombres de la Antigüedad a través del estudio profundo de las cosas antiguas.

La concepción de la historia como maestra de vida era un tópico característico del humanismo, que propugnaba una idea general de imitación de lo clásico. Ahora bien, con su foco sobre la acción, Maquiavelo añadió un matiz sutil, pensado para que el conocimiento de cosas que quedaban muy lejanas pudiera aplicarse al presente y sus acuciantes problemas. El filósofo concebía el acontecer humano como un ciclo, es decir, como una curva temporal donde cada momento acababa por volver. No proponía solo una emulación de lo clásico, sino realizar el recorrido completo a través de la curva para volver al espíritu de la Antigüedad. Frente al tiempo inmóvil del medievo, el florentino proponía un tiempo siempre en marcha, aunque moviéndose en círculo.

Esta idea conllevaba la utilísima posibilidad de la repetición. Ciertos deseos o afanes de ayer se dan hoy y se darán mañana, por lo que es fácil, para quien examina con dili-



LA ACADEMIA PLATÓNICA DE LOS ORTI ORICELLARI

La Academia platónica de Florencia comenzó su andadura bajo la protección de Cosme de Medici, que quería representar simbólicamente la reapertura de la antigua Academia ateniense. Consistía en un círculo de filósofos y escritores, los más destacados de la época, reunidos en torno a Marsilio Ficino, y se convirtió pronto en uno de los centros fundamentales del neoplatonismo cristiano. Después de la segunda expulsión de los Medici, en 1498, sus reuniones se trasladaron a los jardines que habían construido junto a su nuevo palacio el humanista Bernardo Rucellai y su esposa Lucrecia de Medici (1448-1493), hermana de Lorenzo el Magnífico. Allí se hablaba mucho de política y algunos de sus miembros se vieron mezclados en las conjuras que continuamente pretendían sacudir el poder florentino. Fueran culpables o no, muchos de ellos acabaron ajusticiados. Arriba, *Platón y sus discípulos en los jardines de la Academia*, grabado anónimo del siglo XIX.

gencia lo sucedido, prever los hechos futuros y disponer de remedios ya usados, y si no los encuentra, pensar en otros nuevos por la semejanza de los síntomas. De ese modo legitimaba el pensador la búsqueda de ejemplos pasados que le permitían elaborar enunciados de largo alcance y sus propuestas que hallaban una aplicación inmediata.

Pero esta noción contenía también la oportunidad de la ruptura. El autor hablaba de la posibilidad de salirse de la espiral. A la Historia en mayúsculas le oponía la realidad de los hechos, ya que el campo de acción de la teoría política es el presente. Si se podía determinar la causa del éxito de Roma, se podía acabar con la decadencia de la península itálica y recuperar el esplendor romano.

El gran árbitro

Más allá de sus simpatías personales, Maquiavelo identificaba dos tendencias en la política europea del momento: el progresivo deterioro de las instituciones republicanas y el fortalecimiento del absolutismo.

Con patente decepción, advertía que incluso aquellas ciudades que habían tenido un nacimiento libre y se habían regido por sí mismas tenían dificultades para encontrar leyes justas que garantizaran su libertad. Florencia, que pretendía ser una república sin serlo, era un ejemplo de inconstancia política que suscitaba a Maquiavelo una pregunta esencial: ¿cómo se puede proporcionar estabilidad a la república?

La respuesta era que había que abandonar especulaciones o proyectos ideales y hallar soluciones. La prioridad del buen gobierno debía ser alumbrar un Estado firme, aglutinador y duradero, como lo fue Roma en su día, capaz de sobreponerse a todo conflicto interno o externo. El Estado era un

todo complejo que debía desarrollar un modo de armonizar sus partes, de hallar el equilibrio. En esa dirección, a pesar de sus simpatías republicanas, Maquiavelo era capaz de reconocer que los gobiernos de concentración al modo de Inglaterra o de Francia tenían notables ventajas sociopolíticas. En su opinión, la renovación no partiría de una ciudadanía con una participación limitada y que delegaba en unos pocos las decisiones políticas, sino de la mano de un solo hombre con poderes políticos extraordinarios.

Rara vez sucede que una república o reino sea bien ordenada en sus comienzos o completamente reformada si no lo hace así un hombre.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio

En una sociedad corrompida y decadente, en la que el egoísmo y la maldad natural del hombre tenían abundantes oportunidades, mientras que la devoción por el bien común se hallaba ausente, solo un gobernante absoluto podía crear una sociedad fuerte y unificada. Y, claro está, en su calidad de absoluto, ese gobernante tenía derecho a valerse de cualquier medio para lograr el fin de superar la anarquía política. En los *Discursos*, Maquiavelo dejaba claro que para él era legítimo en la esfera de la política utilizar un medio inmoral para alcanzar el fin superior de la seguridad y bienestar del Estado. Inmoral aunque «prudente», apostillaba el autor. No estaba aconsejando la difusión de la inmoralidad, porque era consciente de que una nación moralmente degradada estaba condenada a la destrucción, sino una pequeña dosis de cinismo moral para salvar la situación.

Ahora bien, el líder al que convocaba Maquiavelo en su escrito no era un príncipe, sino una gran figura de la Antigüedad: el legislador todopoderoso, cuya acción es la única capaz de reformar una sociedad corrupta, como Solón en Atenas o Licurgo en Esparta. El autor admiraba sinceramen-

te las virtudes cívicas del mundo clásico y estaba de acuerdo con sus teóricos políticos en que estas virtudes dependen de la ley. Como es la ley la que da nacimiento a la virtud o moralidad cívica, el gobernante-legislador, el gran árbitro maquiaveliano, promulgaría las leyes que requiere un Estado fuerte y unificado. Quedaba autorizado para utilizar todos los medios «prudentes» para asegurarse el fin, porque él mismo era la causa de la ley y de la moralidad cívica.

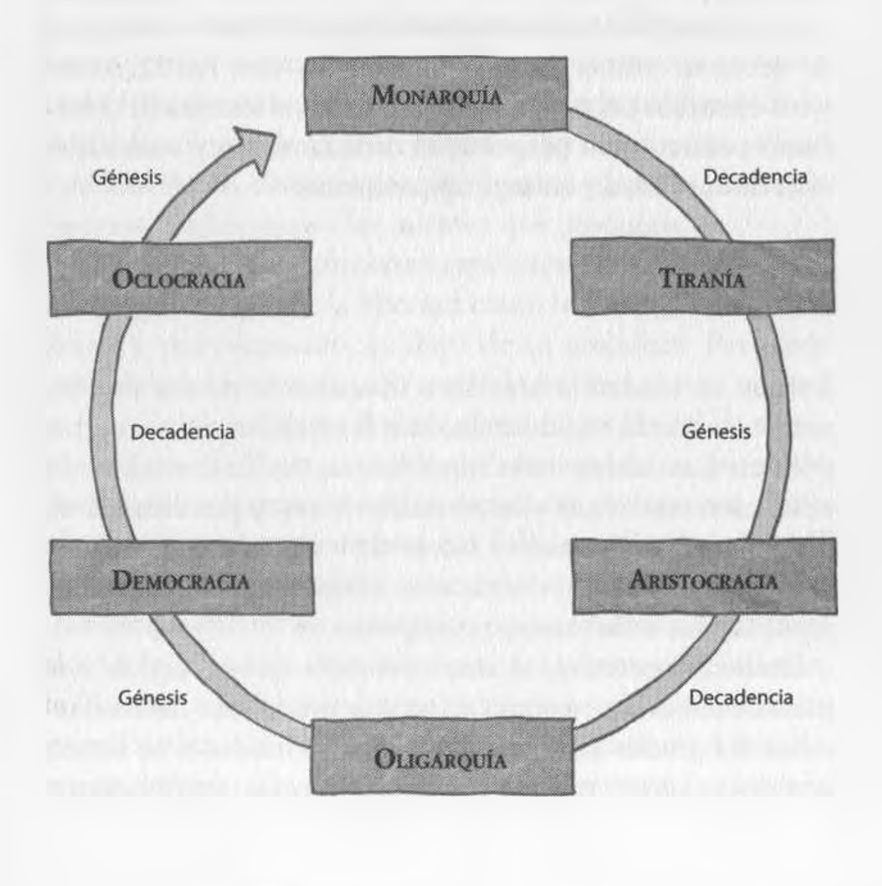
Aunque unificar Italia exigiera pagar el precio del peaje absolutista, no era ese el ideal de gobierno de Maquiavelo. En cuanto a prudencia y constancia, sostenía, el pueblo lleva ventaja, porque los hombres del pueblo son «más prudentes, más firmes y de mejor juicio que los príncipes». Tampoco tenía el florentino buena opinión de los nobles, a quienes consideraba haraganes corrompidos, siempre enemigos del orden y del gobierno civil, contra el que lanzaban bandas de mercenarios que depredaban el país. El poder de los nobles debía ser sometido; esa era una de las funciones de su legislador monárquico.

Los *Discursos* afirman que la república libre, según el modelo de la República romana, es superior a la monarquía absoluta y hereditaria. Si la ley constitucional se mantiene y el pueblo tiene participación en el gobierno, este modelo es más estable, puesto que solo en las repúblicas se procura el bien general, que consiste, según Maquiavelo, en el aumento del poder y en el mantenimiento de las libertades del pueblo. Por otra parte, un Estado que ya se encuentra bien ordenado solo se mantendrá sano y estable si es una república, porque al monarca absoluto solo le preocupan sus intereses privados.

Lo que Maquiavelo comprendía era que había pasado la hora de las repúblicas puras como motor de la construcción de órdenes civiles. La excepcionalidad de los tiempos, en los cuales el viejo orden ya no era útil y no se vislumbraba con

LA ETERNIDAD DEL MUNDO

Para Maquiavelo el acontecer histórico no era una línea de permanente variación donde cada caso se distingue de los demás por su singularidad, sino una permanente repetición de casos pasados. El tiempo era una máscara que oculta una realidad siempre igual a sí misma y la verdad histórica consistía en arrancarle a la realidad esa máscara. Dentro del ciclo temporal maquiaveliano, el punto inicial era la Edad Antigua, mientras que los siglos siguientes suponían una decadencia hacia el desorden. La Edad Media era una etapa de tránsito hacia el desorden absoluto, la corrupción total: los tiempos de Maquiavelo. Tan bajo había llegado el hombre, que la primera parte del ciclo estaba a punto de consumarse, de manera que el movimiento de rotación de la historia le conducía necesaria e inexorablemente a reiniciar el ascenso.



claridad cuál sería el nuevo orden, imponía la concentración de poder. Por encima de todo corsé ético, el objetivo era la construcción de un Estado fuerte y duradero capaz de mantener una sociedad justa y habitable. Ese Estado estaba por encima de la ciudadanía y de los partidos políticos, por encima del príncipe nuevo o del gran árbitro, por encima de la forma de gobierno que se adoptara, monarquía o república. En el pasado se encontraba el magnífico precedente de Roma, una ciudad no más privilegiada que otras que llegó a convertirse en la civilización más esplendorosa de su momento, con ocho siglos de vida.

Desde este punto de vista, *El príncipe* y sus ejemplos del presente pueden entenderse como un ejercicio de realismo político que habla sobre la fundación del Estado moderno, es decir, su primer momento, mientras que los *Discursos* y sus ejemplos del pasado se adentran en el terreno del idealismo político para proponer el ordenamiento y consolidación de ese Estado, su segundo momento.

El bien común

Lo que en verdad interesaba a Maquiavelo no era simplemente la cultura republicana, sino la vitalidad de su cuerpo político. Las instituciones republicanas tenían como base la educación ciudadana y las virtudes cívicas, y presentaban el ordenamiento adecuado a través de buenas leyes y una sólida constitución. Lo demás eran meras formas: las formas republicanas o las formas principescas.

Desde esa premisa, el autor defendía que las repúblicas promueven el bien común en mayor grado que las monarquías. Es gracias al bien común que las ciudades se hacen grandes y prosperan las provincias. En las repúblicas se

expresa la vida en libertad (*vivere libero*) y pueden hallarse prioritariamente la vida cívica (*vivere civile*) y la vida civilizada (*vivere politico*), los opuestos de la servidumbre (*vivere servo*) de las monarquías. De todos modos, cuando el monarca no ejerce un poder tiránico, es decir, cuando su Estado está bien ordenado por las leyes, la monarquía puede incluir también la vida civil y la vida civilizada.

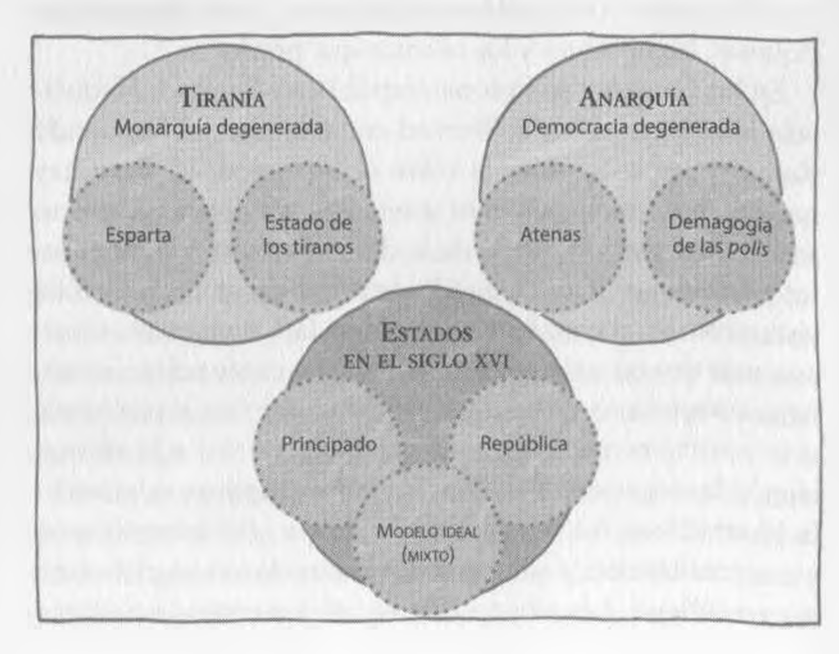
Entonces, ¿cuál era el modelo de Estado que proponía Maquiavelo? La fórmula pretendía alejarse por igual de la inestabilidad de la Atenas democrática como del inmovilismo de la aristocrática Esparta. Presentaba un modelo equidistante en el que los tres elementos, el monárquico, el aristocrático y el democrático, participaran del poder. Para Maquiavelo, la República romana era la combinación paradigmática de libertad, poder y duración, porque en sus instituciones había estado presente un pueblo «amante del bien público y de la gloria de su patria». Si las repúblicas son más fuertes militar y políticamente, decía, es porque reparten y valoran mejor las riquezas, los hombres y los talentos que producen.

En los *Discursos* se fusionan república y libertad. Maquiavelo llega a proponer la libertad como la clave del poder de Roma y, por extensión, la clave de su grandeza. Pero hay que entender bien cuál es su uso del término, puesto que no se trata del sentido que le da la democracia liberal de nuestro tiempo. La libertad puede definirse desde un punto de vista positivo, como derecho o capacidad, o negativo, como ausencia de coacción externa. No deben confundirse los adjetivos negativo o positivo en sentido optimista o pesimista, sino estrictamente en el sentido lógico relativo a la afirmación o la negación. Las concepciones positivas relacionan la libertad con los ideales participativos, de autogobierno y autorrealización, y son las que predominaron en el mundo griego antiguo. Las negativas la entienden como la ausencia

de algún elemento que impide la libertad, como la ausencia de interferencia, que es la noción liberal.

Maquiavelo tendría pues una concepción negativa de la libertad al entenderla básicamente como ausencia de dominación, es decir, de poder arbitrario. En esta idea lo que está ausente no es la interferencia, sino la interferencia arbitraria. Es un matiz importante. En la tradición republicana, a diferencia de la liberal, cabe la interferencia sin dominación, ya que las leyes, puesto que no son arbitrarias ni injustas, no suponen una restricción de la libertad. Y por otro lado también es posible la dominación sin interferencia, ya que cualquier dependencia de la voluntad arbitraria de otro, aunque este decida no ejercerla o lo haga con benevolencia, es una restricción de libertad. Esta manera de entender la libertad fue la que predominó en el republicanismo romano.

Para Maquiavelo la libertad de dominación es el corazón de la República, pero su modelo político y social se aleja de



Al analizar la república, Maquiavelo retoma la tripartición clásica, que la divide en oligárquica (Esparta, monarquía que degenera en tiranía), democrática (Atenas, democracia que degenera en demagogia) y mixta (la Roma antigua, modelo a seguir).

la tradición humanística y cristiana. El autor no concibe el cuerpo político como una entidad armónica que persigue limpiamente el ideal puro de la concordia ciudadana, sino al contrario. No es posible pensar un orden político eterno ni libre de conflictos, porque lo propio de la condición humana es el cambio.

La vía de la disensión

Ya se ha dicho que Maquiavelo señalaba los graves y naturales antagonismos que existían entre los «hombres populares» y los «hombres nobles» de todos los Estados. Este antagonismo nacía de la ambición de los poderosos y del deseo del pueblo de no ser dominado. En los *Discursos*, el autor se pone del lado del pueblo al indicar que su motivación cuando se rebela es irreprochable, puesto que solo busca recuperar la libertad, de modo que su crueldad, a diferencia de la de los príncipes, se usa contra quienes quieren usurpar el bien común. El autor llega a recomendar que las repúblicas pongan al pueblo como «guardián de la libertad», lo que parece una especie de soberanía basada en una vigilancia efectiva de la clase dominante por parte del pueblo armado.

El momento controvertido llega cuando el florentino defiende que la libertad y la potencia de Roma fueron fruto en mayor medida de la desunión que de la unidad armónica. Estudiando con atención los tumultos populares de la República romana, el filósofo observa que no perjudicaron el bien común, sino que produjeron leyes y reglamentos en beneficio de la libertad pública. Como la ley puede ser tanto fundamento de la libertad como fuente de dominación, la vía del tumulto es perfectamente aceptable para cambiarla. Ahora bien, esta vía no consiste en exterminar a los que

se beneficiaban del estado de cosas anterior, ni tampoco en sustituir la antigua dominación por una nueva, sino que actúa como límite, reduciendo la arbitrariedad en el sistema.

Las aspiraciones de los pueblos libres no son nocivas a la libertad, porque nacen de la opresión o de la sospecha de ser oprimido.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio

El filósofo se cuida mucho de diferenciar entre tumultos beneficiosos para el desarrollo político y conflictos que solo debilitan o fragmentan el Estado. El ejemplo constructivo sería Roma, donde la desunión se canalizaba a través de la discusión, el recurso del pueblo para participar en el Estado con el fin de promover la innovación o la reforma jurídica. El ejemplo destructivo era Florencia, donde el conflicto se expresaba como combate físico y tenía como resultado el exilio o la muerte de muchos ciudadanos.

La importancia de Maquiavelo como teórico de la tradición republicana radica en que es el primer pensador que acepta como punto de partida la división social sin limitar el problema de la dominación a los individuos, sino extendiéndolo a las relaciones entre ricos y pobres, gobernantes y gobernados. A su parecer, estas relaciones, que normalmente conducen a la corrupción, la destrucción o la tiranía, pueden encauzarse como motor de libertad y prosperidad mediante una legislación adecuada.

En suma, la república y la libertad de dominación se conectan a la seguridad y a las garantías de los ciudadanos frente al poder arbitrario, y con ello posibilitan la prosperidad general del Estado. A este círculo virtuoso hay que añadir cierto nivel de igualdad política y material, elementos que permiten la implantación de la meritocracia, en la que los puestos de poder están abiertos a los más capaces, no a los más pudientes o mejor conectados. La libertad no es posible de otro modo.

La libertad como condición de posibilidad

Argumenta Maquiavelo con toda la razón que los países libres hacen grandísimos progresos. La población aumenta porque, al haber menos obstáculos para llevar adelante una vida feliz, los hombres son más propensos a casarse y procrear los hijos que saben que podrán alimentar, en la seguridad de que no serán privados arbitrariamente de su patrimonio. También están seguros de que nacen ciudadanos libres y no esclavos, y sus méritos pueden llevarles a convertirse incluso en jefes del Estado. La producción agrícola e industrial se multiplica porque cada cual se preocupa de aumentar su riqueza para gozar de ella libremente. A medida que crece la riqueza de los particulares, aumenta la del Estado. En los países donde impera la servidumbre sucede lo contrario: cuanto más rigurosa es la falta de libertad, más miserable es la situación de los ciudadanos y peor es también la del Estado.

Por tanto, la noción maquiaveliana de la libertad de dominación tiene una dimensión constructiva: el ideal de vida burgués basado en la apertura de las magistraturas a los ciudadanos, junto con la seguridad y el disfrute de la propiedad privada. El filósofo está convencido de que no existe Estado más fuerte y eficaz que la república de carácter popular, esto es, aquella en que impera el binomio de la ley y la libertad, y donde la multitud tiene una participación activa en la estructura y la defensa del Estado. Las repúblicas populares tienen mayor fuerza competitiva que las monarquías y las repúblicas oligárquicas.

Sin embargo, el filósofo no abandona su crudeza realista. En su opinión, la libertad y el progreso no pueden asegurarse de modo estable con ningún orden constitucional ni ley, ya que mientras que los cuerpos políticos están sometidos

al tiempo y al cambio incesante, la ambición y el deseo de dominación jamás disminuyen o cambian entre los hombres. Las repúblicas deben estar siempre atentas a esa tendencia incontenible a la corrupción que es inherente al sistema. Los mecanismos que antes salvaguardaban la libertad pueden acabar promoviendo la dominación. Hay que defender la libertad, y sus paladines deben saber utilizar la vía de la reforma o el tumulto cuando sea necesario para regenerar y vivificar la república libre.

Con su realismo y exigencia de eficacia, el republicanismo de Maquiavelo no es un proyecto político o una ideología, sino una defensa de la superioridad material y normativa de las repúblicas frente a otros órdenes políticos. Esa frialdad de análisis la mantuvo de modo ejemplar cuando intentaba aproximarse a los Medici. Presentándose como un mero técnico, no un ideólogo, ni siquiera ante ellos renunció a sus convicciones republicanas como modelo para Florencia. Descartó claramente la transición hacia el principado absoluto para su ciudad e insistió en su idea de una Florencia que no podía ser otra cosa que una república. Justificaba su posición presentándola como una desapasionada convicción teórica: allí donde existiera una igualdad social del grado que se daba en Florencia, el principado resultaba moralmente costosísimo y políticamente imprudente.

EL MANANTIAL DE LA FORTUNA

Maquiavelo se ve obligado a admitir una consecuencia trágica: la libertad se expande siempre a costa de los demás y de sí misma. Si una república no molesta a sus vecinos, dice, será molestada por ellos, y esta molestia le producirá el deseo y la necesidad de conquistarlos. Los cuerpos políticos

tienen como valores naturales la seguridad, la estabilidad y la duración, es decir, la voluntad de supervivencia, pero con el tiempo el ejercicio de esos valores tiende a convertirse en expansión, siempre en busca de la mayor seguridad, y a su vez la expansión va adoptando la forma de deseo de dominio y conquista. Es decir, que la seguridad implica expansión y la expansión supone dominación.

Los beneficios comunes que la libertad lleva consigo son el goce tranquilo de los bienes propios [...] y la garantía de la independencia personal.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio

En virtud de este proceso, incluso la pulsión más irreprochable, la voluntad de supervivencia, se acaba convirtiendo en voluntad de dominio. En este caso, los motores de la actividad política han sido dos grandes pasiones del hombre: el temor (al dominio, a la pérdida del patrimonio) y la esperanza (de paz, de libertad). Y mucho más será así cuando entre en juego la pasión decisiva para Maquiavelo, aquella que se plasma socialmente en la persecución de dos fines que todo hombre tiene en mente: el poder y la riqueza. Esa pasión es la ambición.

La ambición es muy importante para el florentino porque le permite explicar el origen de la fortuna y a la vez limitar de algún modo su implacabilidad. Maquiavelo entiende la ambición de poder y riqueza como la fuerza que imprime inestabilidad y movimiento continuo a todos los asuntos humanos, a los que da una configuración particular. No importa el número de personas que se mueva por acciones egoístas, porque, por pocas que sean, imponen unas reglas de juego que obligan al resto a una actitud recíproca. Por lo tanto, la ambición es el elemento que produce el orden de las cosas, que impone el dominio de la fortuna en la realidad política y social.

En este punto se abre una ventana a la esperanza. El campo de lo político es justamente el lugar donde se intentan ordenar los efectos de la naturaleza humana. La política debe establecer mecanismos que obliguen a los hombres a ser social y políticamente virtuosos aunque no lo deseen, o al menos debe conseguir que sus vicios sean poco nocivos. Controlando la presión que ejercen sobre el hombre las pasiones destructivas y egoístas, se determina, aunque sea lejanamente, la variabilidad de la fortuna. Además, la ambición misma es una herramienta para determinar la fortuna. Cuando la *virtù* no muestra una ocasión favorable al hombre, la ambición puede inclinar a la fortuna a su favor si sabe manipular la ambición ajena para crear dinámicas propicias. Pero, como todos los instrumentos políticos, su uso debe ir de la mano de la prudencia para no contribuir a la propia ruina.

A los hombres primero les basta con poder defenderse a sí mismos y no ser dominados por otros, de donde pasan después a ofender y querer dominar a otros.

CARTA A FRANCESCO VETTORI, 10-8-1513

Ahora bien, la posibilidad de acción tiene una fuerza contrapuesta, un freno. Este elemento es el último vértice de la fórmula maquiaveliana, con el cual se completa el esquema: se trata de la necesidad. Si la ocasión era una coyuntura singular en la que la fortuna podía dejar paso al éxito, Maquiavelo descubre también la existencia de la ocasión ineludible, un momento en el que la acumulación de circunstancias adversas es tan grande que no deja alternativa. Esta ocasión imposible de evitar es lo que el pensador denomina la «necesidad». La necesidad «obliga» y es imposible escapar de su maldición. En ella se pone a prueba la capacidad del líder para saltar por encima de todo lo aceptado o razonable.

A priori, la necesidad no es ni positiva ni negativa. Todo depende de la meta a la que conduce. Si las acciones no

siempre pueden realizarse según los dictados de la moral, es porque a menudo siguen los de la necesidad. Si se quiere alcanzar la meta, habrá que saber reconocer y aceptar las exigencias del momento con todas sus consecuencias. Lo importante entonces no es actuar bien, sino hacerlo a tiempo, corriendo el riesgo de causar algún mal, pero siempre con la idea de evitar males mayores. La necesidad política, que es la dimensión de la necesidad donde la sociedad se juega su supervivencia, está por encima de sus ciudadanos. Aunque en la atribulada y violenta Italia de principios del siglo XVI cualquier persona comprendía perfectamente los imperativos de la necesidad, el concepto de la necesidad política ha acabado representando lo que en la actualidad se entiende de modo general como «maquiavelismo».

CELEBRIDAD TARDÍA

El tercer pilar del tríptico político maquiaveliano recibiría el título *Del arte de la guerra*. Este texto, escrito entre 1519 y 1520, se concibió como un diálogo ambientado en los Orti Oricellari, un formato de raíz puramente humanista. La obra se ocupa de la teoría y práctica militar tomando como modelo ideal los ejércitos imperiales de la Roma antigua, pero, como siempre, el autor aprovecha para presentar sus reflexiones al respecto. A la superioridad del arte militar romano, basado en ejércitos no profesionales, batallas en campo abierto y el predominio de la infantería, el autor enfrentaba las tendencias modernas, con sus mercenarios, la caballería y la guerra de fortalezas y artillería.

La importancia de *Del arte de la guerra*, que añade poco a los *Discursos*, estriba en que fue la única de las obras teóricas importantes que el pensador vio publicada en vida. Al fin

Maquiavelo se decidió a hacer público el ingente material que circulaba en forma manuscrita entre amigos y especialistas. En su salida a la luz, abandonó los ambiciosos ropajes de teórico del Estado para colgarse el mono de trabajo del humilde conocedor de un arte específico: el arte militar. Los Medici habían reconstituido la milicia florentina sin contar con él y tenía la esperanza de que lo llamaran para emplearle en ella, ya que su labor había sido decisiva en su creación.

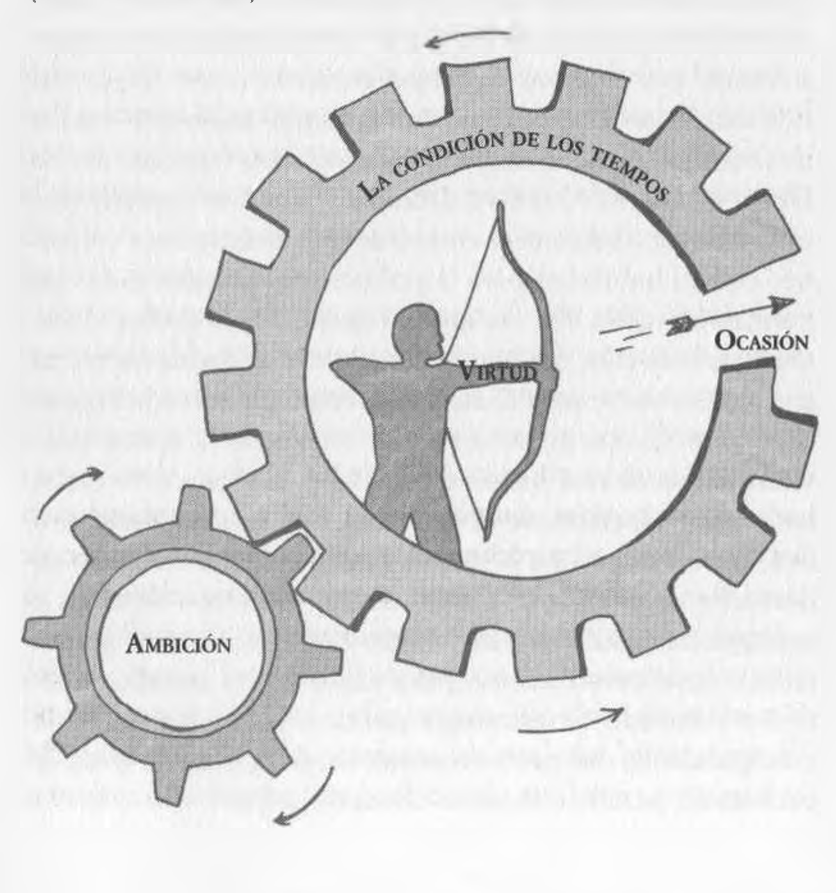
De hecho, la publicación de este texto le procuró una fama de experto en cuestiones militares. En los siguientes años pareció levantarse el veto mediceo contra él y empezó a ser llamado de nuevo para desempeñar algunas misiones de naturaleza privada, pero que lo aproximaban a la esfera pública, ya que las instituciones florentinas estaban interesadas en que llegaran a buen puerto. En 1520 sus amigos de los Orti propiciaron que se reuniera con el cardenal Julio de Medici, encuentro del que surgió el encargo de escribir los anales de Florencia a cambio de cien florines anuales.

Durante varios años, Maquiavelo se enfrascó en la redacción de la *Historia de Florencia*, que narra el devenir de la ciudad desde sus orígenes hasta 1494, el año de la expulsión de los Medici. Se compuso de ocho libros, que de nuevo le daban excusa para sus teorizaciones en forma de reglas generales de naturaleza histórico-política. Su experiencia como dramaturgo contribuyó con el añadido de descripciones dramáticas de acontecimientos clave. La originalidad de la obra consistía en reconocer a los conflictos internos su justo peso a la hora de explicar la evolución de la ciudad.

Junto a estas tareas, Maquiavelo recibió otros encargos cada vez más relevantes, como la redacción de una propuesta de reforma constitucional para dar la mejor forma de gobierno a la ciudad, que realizó junto a otros miembros de los Orti Oricellari. En este texto, conocido como *Discursos*

INVITACIÓN A LA ACCIÓN

La acción humana se ve impulsada a seguir su naturaleza pasional y conflictiva (ambición) y con ello produce una determinada configuración de las cosas (la condición de los tiempos). A la hora de actuar sobre estas circunstancias, el hombre tiene que buscar la ocasión, que es un ofrecimiento de la fortuna para el éxito de la acción humana, muy difícil de identificar y fugaz. Su reverso negativo es un tipo de ocasión ineludible, una acumulación de circunstancias contrarias que no dejan alternativa (necesidad). La *virtù* es la potencialidad de hacer valer los fines humanos, es decir, de identificar y aprovechar la ocasión. No significa el éxito asegurado, ya que este se da cuando hay coincidencia entre el tipo de comportamiento del hombre y aquello que requieren las circunstancias en cambio constante (teoría del *riscontro*).



sobre la situación de Florencia tras la muerte del joven Lorenzo de Medici, el secretario defendió la propuesta de gobierno mezcla de república y principado que había expuesto en sus *Discursos*. Con toda osadía abogaba ante los Medici por una transición hacia la república popular que pasaba por la restauración del Gran Consejo y la alianza entre el gobierno mediceo y el pueblo en contra de la oligarquía.

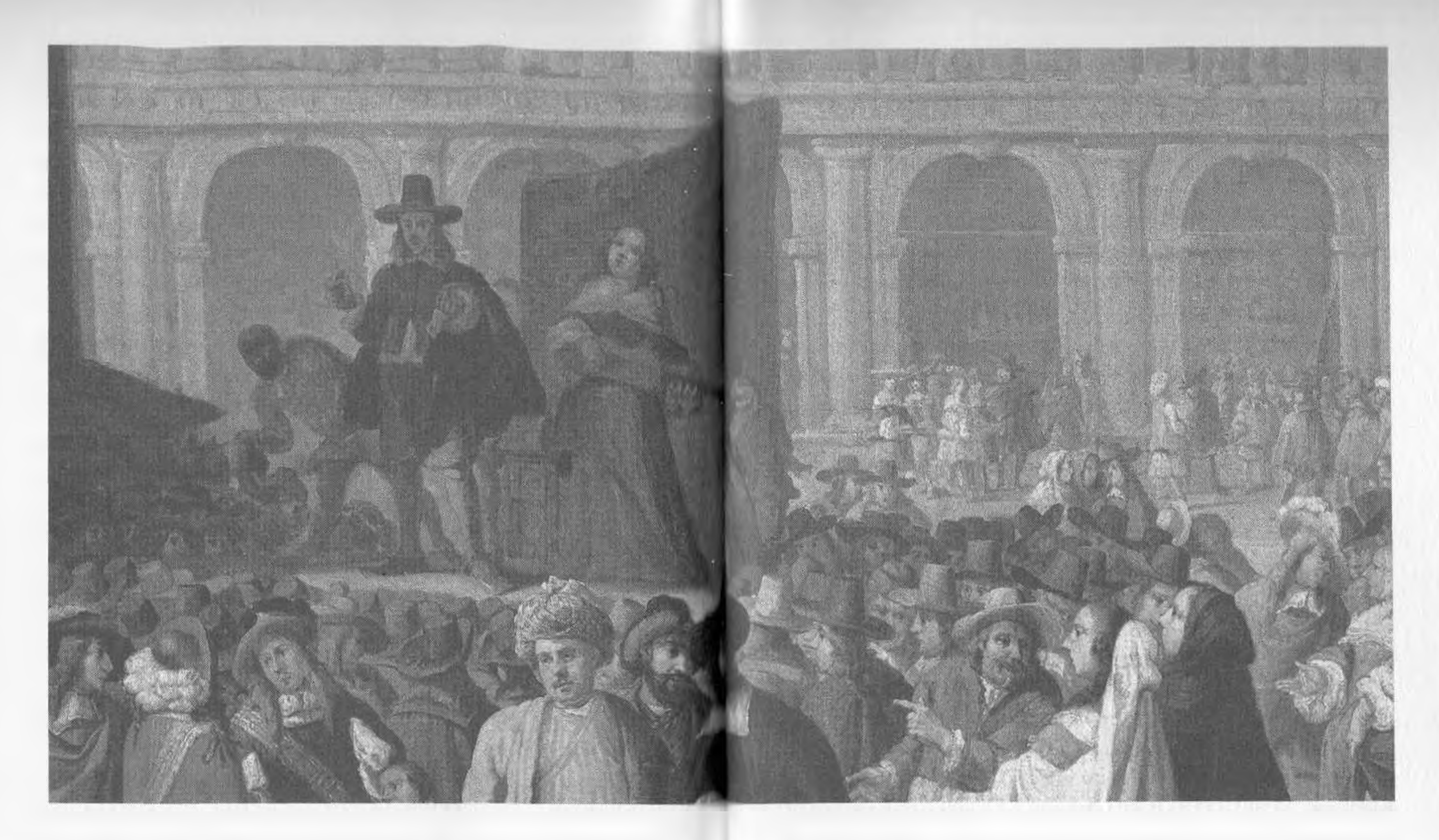
EL PODER DEL TEATRO

Maquiavelo escribió *La mandrágora* en 1518, aunque algunos estudiosos sitúan su redacción en 1514-1515. Esta comedia en prosa en cinco actos de tema picaresco es considerada por muchos expertos como la mejor pieza del Renacimiento italiano. Aunque en aquel momento estaba intentando también finalizar una primera versión de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* guiado por el anhelo de dedicarse a empresas más prestigiosas y acordes con su habilidad para la política, encontraba todas las puertas cerradas. Por ese motivo decidió aprovechar el formato de la ficción dramática para volcar de forma indirecta sus teorías sobre las relaciones y tensiones entre principados y repúblicas, e insistir en su crítica de la época convirtiéndolas en una historia de alcoba, al alcance de todos los estratos sociales de la época. Así, Maquiavelo elaboró una ficción teatral en la que la conquista amorosa, con su derroche de energía en medio de una situación de crisis y emergencia (trasladada al terreno de las relaciones personales), sirve como excusa para elaborar un tratado práctico y divertido de estrategia política, sobre el arte de la manipulación, del aprovechamiento de la ocasión y de la persuasión para la conquista de un objetivo.

La obra —que toma su título del nombre de la planta homónima, a cuya raíz se atribuían propiedades afrodisíacas y fecundativas— se estrenó en Florencia, posiblemente en 1520, y tuvo una gran aceptación: de manera inesperada, la voluble fortuna, combinada con la ocasión propicia, la convirtió en un éxito rotundo. A la primera edición florentina le siguieron nuevas impresiones y representaciones en lugares como Roma, solicitada en dos ocasiones por sendos papas (algunos autores afirman que divirtió mucho a León X), o en el carnaval de Venecia en 1522, donde la primera representación tuvo que ser suspendida por exceso de público. En vida del autor llegó a tener hasta cuatro ediciones.

La trama —que se desarrolla en Florencia en 1504— no presentaba grandes novedades, pero en el personaje del joven Calímaco, enamorado de la virtuosa dama florentina Lucrecia, Maquiavelo muestra una especie de príncipe nuevo, un hombre virtuoso en el sentido que el filósofo da al término, capaz de plantar cara e imponerse a la fortuna, decidido a crear y aprovechar la ocasión y dispuesto a satisfacer la necesidad.

Sin embargo, tras las peripecias de los personajes protagonistas, Maquiavelo emplea un humor corrosivo que le permite mostrar sin ningún tipo de remilgo un universo social que se revela profundamente corrompido. Como buen renacentista, sitúa al hombre en un primer plano, pero no destacando por los ideales de belleza o perfección clásicos, sino mostrándolo totalmente inmerso en la realidad social de la época, marcada por la miseria, la debilidad y la maldad. El florentino hace emerger, despojada de toda idealización, la verdad humana de los personajes, la *verità effettuale* de un mundo violento y depravado. No cabe duda de que Maquiavelo intentaba producir, al igual que hiciera con *El príncipe*, una ruptura radical con la tradición y propiciar



UN HITO EN EL TEATRO OCCIDENTAL

La mandrágora se considera una obra maestra del teatro del Cinquecento. Aunque se trata de una comedia de trama sencilla, permite hacer una revisión del mundo de Maquiavelo, que la escribió en uno de los períodos más difíciles de su vida. El tema sobre cómo el engaño prevalece sobre la moral es frecuente en su ficción. De ello trata su obra dramática *Clizia*, una interpretación de una obra del dramaturgo romano Plauto (250-184 a.C.), en la que un padre y un hijo se enamoran de la misma mujer, lo que desata una cadena de manipulaciones y mentiras en la familia. También es el asunto de la única novela del autor, *Belfegor archidiablo*, una sagaz sátira donde un hombre engaña a un demonio venido a la Tierra para descubrir si las esposas son realmente la causa de la ruina de los hombres que llegan al infierno. En la imagen, representación teatral durante los carnavales en la plaza de San Marcos de Venecia, anónimo del siglo XVII.

la aparición de nuevos valores que, para bien o para mal, debían renovar y construir una ética de las relaciones humanas totalmente distinta.

En *La mandrágora*, Maquiavelo aprovechó intencionadamente, sin ninguna duda, el potencial discursivo e ideológico del género teatral y con ello manifestó una conciencia muy clara de lo cerca que está el teatro de la política, una cercanía que llevó a muchos escritores políticos posteriores a interesarse por esta forma literaria. Además sugirió ideas radicalmente modernas: que junto a la teoría, existe una poesía de la práctica política, y que la política no es solo la «gran política», sino que se hace cada día en cada elección individual de las personas. Por desgracia, su legado teatral es muy escaso.

TIEMPOS DE GUERRA

Las relaciones cada vez mejores de Maquiavelo con la familia en el poder siguieron dando sus frutos y el antiguo secretario volvió a recibir misiones públicas, aunque no de primera línea. A todo esto la situación política general se enrarecía una vez más. Desde 1520, la concentración de títulos en manos del jovencísimo Carlos I de España y V de Alemania (1500-1558) había dejado a Francia en una situación geopolítica muy complicada. El conflicto internacional volvía a hurgar en la llaga de la fragmentación italiana y se reproducía en el seno de la sociedad florentina, donde volvía a extenderse el malestar.

Con el apoyo de Francia y de Piero Soderini desde el exilio, la oposición antimedicea maquinó en 1522 una conjura para asesinar a Julio de Medici. La conspiración se frustró y lamentablemente salpicó a Maquiavelo, ya que varios de

los conjurados eran habituales de los Orti Oricellari. A pesar del susto, el antiguo secretario salió indemne porque no se pudo probar su participación. Aun así, Julio de Medici encontró una excusa perfecta para frenar las reformas que había iniciado y aplicó más mano dura. Cuando al año siguiente fue elegido papa con el nombre de Clemente VII, el mando en Florencia pasó a los siguientes miembros del clan, Alejandro e Hipólito, pero como eran menores de edad, él siguió dictando el destino de la ciudad desde Roma.

Su ausencia de la ciudad fue un error fatal. Dio la oportunidad a la oposición antimedicea de organizarse y cerrar filas. A los florentinos les disgustaba tener que obedecer órdenes dictadas desde la Ciudad Eterna, convertida su patria en un satélite. Desde los tiempos de Lorenzo el Magnífico, un buen número de ciudadanos de las clases altas se había visto apartado del gobierno, de manera que la importante masa de descontentos comprendía incluso a los más acomodados.

Los últimos años de la vida de Maquiavelo transcurrieron en el frenesí de una misión tras otra y de algunos éxitos teatrales. Recibió el encargo de elaborar más escritos de naturaleza histórica y otros trabajos que quedarían sin acabar, porque sobre todo dedicaba su tiempo a actividades urgentes. La guerra entre Francia y el imperio hispano-alemán parecía inminente. El error definitivo del papa fue propiciar la formación de una alianza anti-imperial, la Liga de Cognac, en 1526.

Las vacilaciones del pontífice perjudicaron a la Liga desde el principio. Los imperiales llegaron a entrar en Roma hasta en dos ocasiones, atrapando al papa «como a un niño», en palabras de Maquiavelo. El 6 de mayo de 1527, 18.000 soldados del ejército imperial mal pagados y mal equipados, imposibles de controlar por parte de sus superiores, atacaron y saquearon Roma durante semanas, manteniendo cautivo al pontífice. Fue el famoso saco de Roma.

En Florencia, la oposición antimedicea aprovechó para contraatacar. Los Medici tuvieron que abandonar la ciudad y se restauró el gobierno republicano popular, basado en el Gran Consejo. En aquel mismo mes de mayo, Maquiavelo regresó a su ciudad de sus viajes y se reencontró con muchos de sus antiguos amigos republicanos que habían vivido en el exilio. Intentó desesperadamente que la Señoría le volviera a designar como segundo canciller, para lo que recibió todo el apoyo de sus viejos camaradas. Desafortunadamente, muchos de los hombres fuertes de la nueva administración eran de inspiración savonaroliana y, por tanto, profundamente religiosos y rigoristas. La visión política que expresaba *El príncipe*, que se había divulgado en copias manuscritas, perjudicaba a Maquiavelo. Un contemporáneo observó que los ricos pensaban que la obra estaba escrita para enseñar al príncipe a apoderarse de sus propiedades y que los pobres creían que servía para arrebatarles sus libertades. Los religiosos consideraban que el autor de tales ideas era un hereje y los malvados lo creían aún más malvado que ellos.

En junio de 1527 Maquiavelo se enteró de que el puesto de segundo canciller había sido adjudicado a un funcionario mediocre que había desempeñado antiguamente un cargo de secretario. Aunque la constatación de que lo marginaban no le sorprendió, fue el golpe final para él. Había resistido durante años los durísimos reveses de aquella fortuna cruel, y la edad y las frustraciones acumuladas habían agotado sus reservas. Cayó enfermo con un agudo dolor abdominal, que algunos investigadores modernos han identificado como una peritonitis. La crisis fue súbita y severa.

El 21 de ese mismo mes, pocas semanas después de la restauración de la república, Nicolás Maquiavelo fallecía en la casa de sus antepasados, cerca del Ponte Vecchio, en la ciudad que más amaba del mundo. Fue sepultado en la pe-

queña capilla familiar de la basílica franciscana de la Santa Cruz, situada en la otra orilla del Arno, frente a su casa de la ciudad. La ceremonia fue íntima, y solo asistieron familiares y amigos. De manera acorde con su vida, la de un hombre de pocos medios y modestos logros, descansó en una tumba sencilla y sin pretensiones.

La única forma de inmortalidad en la que creía el filósofo era la que confiere un nombre famoso. Esa era la única manera definitiva de burlar a la voluble fortuna. Aunque nunca pudo estar seguro de que el mundo recordaría su nombre, quizás halló consuelo en los éxitos de los que pudo disfrutar durante su vida. Lo que seguramente no preveía cuando cerró los ojos por última vez era que su nombre no solo sería recordado sino que daría lugar a una forma de pensamiento y que la historia lo acabaría proclamando como una de las figuras más notables de una época de por sí excepcional, de la que se le consideraría tanto un perfecto ejemplo como una forma de superación.

Glosario

Arte del estado (*arte dello Stato*): saber que se funda en la lectura de la historia y en la práctica efectiva de la política contemporánea. De esta noción maquiaveliana parte el concepto posterior de «razón de Estado». Maquiavelo lo desposee del carácter puramente técnico para darle cualidad de artístico, porque no solo se preocupa de la conservación y el fortalecimiento del orden político constituido, sino de la innovación de este orden.

Coincidencia (*riscontro*): confrontación entre los hombres y la fortuna, en la cual el éxito se debe a la coincidencia entre el tipo de comportamiento del hombre y aquello que requieren las circunstancias una y otra vez. Frente a la aparente inevitabilidad del mundo sacudido por la fortuna que él mismo ha identificado, Maquiavelo no se resigna sino que invita a la resistencia y a la acción. El *riscontro* es la adecuación del hombre a las circunstancias en su variabilidad.

Fortuna (*fortuna*): la configuración imprevista e incontrolable de las cosas en el tiempo que determina la acción de los hombres y las sociedades humanas. Maquiavelo se refiere a ella a menudo como «la condición de los tiempos» en el sentido de circunstancias o de coyuntura.

Fuerza (*forza*): el universo político maquiaveliano está marcado por el conflicto y la inestabilidad, donde la fuerza, que en último término es la fuerza militar, se convierte en el factor fundamental y decisivo. El pensador, sin embargo, plantea como imprescindible una sabia economía de la fuerza, o de la violencia, aunque lo hace basándose en criterios políticos, no morales.

Libertad (*libertà*): en su sentido más amplio, Maquiavelo entiende la libertad como la autonomía o independencia de un Estado o cuerpo político. Pero el significado más completo para él es el individual, de tradición republicana. En este sentido, la libertad es aquel estado de cosas que se da bajo cierto tipo de gobierno opuesto al principesco que permite una relativa igualdad material y jurídica, así como la participación de los ciudadanos en las instituciones y el ejército.

Necesidad (*necessità*): para Maquiavelo, la necesidad es una situación que obliga a determinado comportamiento. A veces es un fenómeno natural y otras una imposición de las leyes, las costumbres o las instituciones. Mientras que la fortuna esconde el camino, la necesidad muestra claramente el curso de la acción que se debe emprender. El hombre virtuoso sabrá adaptarse a las circunstancias para salir triunfante de la situación.

Ocasión (*occasione*): ofrecimiento de la fortuna que propicia el éxito de la acción. Se caracteriza por lo difícil que resulta identificarla y por su fugacidad. Aprovechar la ocasión exige saber ver la materia apropiada y el tiempo adecuado para la acción, y tener una voluntad decidida para actuar con determinación y sin demora.

Principado nuevo: el tema central de *El príncipe* es el análisis de la creación y el mantenimiento de los principados nuevos (y mixtos) en contraposición a los hereditarios y eclesiásticos. La legitimidad del principado nuevo se fundamenta en los supuestos buenos efectos que es capaz de generar a posteriori.

Principado civil: el poder también se concentra en las manos de un solo hombre, pero este ha sido encumbrado por el pueblo para defender el bien común, y su ascenso y su acción política posterior excluyen la violencia y la corrupción. Es una suerte de principado republicano, una fórmula mixta de las que tanto agradan al autor.

Realismo político (*verità effettuale*): los rasgos típicos del realismo político de Maquiavelo son cuatro: pesimismo antropológico por el cual las pasiones destructivas del hombre se convierten en constantes que todo acto político debe tener presente; caracterización del Estado y la sociedad como entidades abocadas al conflicto externo e interno; aceptación de la naturaleza jerárquica de las relaciones de poder; y, por último, la imposibilidad en el mundo político de hallar decisiones sin inconvenientes, es decir, la aceptación del «mal menor».

República (*reppublica*): régimen político que se opone a la monarquía. En opinión de Maquiavelo, es el orden político que mejor defiende el bien común y la libertad. Sin embargo, su republicanismo no es sistemático ni ideal. La república más eficiente sería un régimen mixto en el que se combinaran y contrapusieran el elemento popular y el aristocrático, y en el que el ordenamiento jurídico permitiera un reparto del poder, así como un sistema de frenos y equilibrios.

Virtud (*virtù*): la potencialidad de hacer valer los fines humanos por encima de las circunstancias, es decir, la capacidad de hacer lo que la ocasión y la fortuna dejan en manos del hombre. A diferencia del concepto clásico y del cristiano, la virtud maquiaveliana no es una forma de autodominio, de buena voluntad o de integridad moral, sino una suerte de destreza técnica. Se trata de una combinación de prudencia y audacia, incluso de impetuosidad.

Lecturas recomendadas

Althusser, L., *La soledad de Maquiavelo. Marx, Maquiavelo, Spinoza, Lenin*, Madrid, Akal, 2008. Colección de ensayos en los que el filósofo marxista francés actualiza el pensamiento de Maquiavelo al explorar la posibilidad de una política revolucionaria partiendo de su pensamiento.

Del Águila, R. y Chaparro, S., *La república de Maquiavelo*, Madrid, Tecnos, 2008. Una reivindicación de la política como actividad irrenunciable del hombre mediante la revisión desde distintas perspectivas del sueño maquiaveliano de un gobierno libre de corrupción y soberano.

Forte Monge, J. M. (Ed.), *Maquiavelo*, Madrid, Gredos, 2011. Selección de las mejores traducciones anotadas, con un excelente estudio introductorio, de las tres obras fundamentales de Maquiavelo: *El príncipe*, *Del arte de la guerra* y los *Discursos*, obra de la que existen pocas traducciones accesibles.

Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión Argentina, 2003. Análisis que el filósofo marxista italiano realizó durante su encarcelamiento de 1932-1934 sobre *El príncipe* como herramienta de plena vigencia para interpretar la realidad presente.

Granada, M. Á. (Ed.), *Antología*, Barcelona, Península, 1987. Recopilación y estudio de los textos maquiavelianos anteriores a *El príncipe*,

incluyendo escritos políticos y cartas personales, con el propósito de enriquecer y completar el cuadro biográfico y teórico del personaje.

LEFORT, C., *Maquiavelo: lecturas de lo político*, Madrid, Trotta, 2010. Reflexión sobre el lugar del poder en la institución social para comprender las sociedades políticas democráticas partiendo de una lectura contemporánea de la obra de Maquiavelo.

SKINNER, Q., *Maquiavelo*, Barcelona, Alianza, 2008. Biografía intelectual escrita por uno de los mayores expertos en el republicanismo clásico que observa la heterodoxia de Maquiavelo como humanista y republicano, y cómo, pretendiendo seguir estos idearios, los acaba superando.

STRAUSS, L., *Meditación sobre Maquiavelo*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964. Relectura de Maquiavelo por parte del filósofo político germano-estadounidense, que interpreta *El príncipe* y los *Discursos* de modo no historicista, rechazando todas las calificaciones que se le han atribuido anacrónicamente.

VIROLI, M., *La sonrisa de Maquiavelo*, Barcelona, Tusquets, 2002. Una recuperación intelectual y humana de Maquiavelo que propone deshacerse de las confusiones y manipulaciones más extendidas sobre su obra para obtener un cuadro más complejo de su persona.

VIVANTI, C., *Maquiavelo: el tiempo de la política*, Barcelona, Paidós, 2013. Estudio biográfico en el que uno de los más respetados estudiosos del personaje presenta la obra de Maquiavelo como esquema de interpretación invariable de la sociedad humana.

ÍNDICE

Maquiavelo es considerado el fundador de la filosofía política moderna. Su revolucionaria concepción de esta disciplina, cuya práctica es independiente de la moral o la religión, tiene como objetivo lograr la supervivencia del Estado. Y ello solo puede conseguirlo un gobierno fuerte y decidido que mediante el ejercicio del poder sepa garantizar la estabilidad de la sociedad. La originalidad de su pensamiento ha escandalizado al mundo durante siglos, pero su aporte supuso el desarrollo y secularización de la reflexión política.

APRENDER A PENSAR